



UNIVERSIDAD NACIONAL
AUTÓNOMA DE
MÉXICO

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS
COLEGIO DE ESTUDIOS LATINOAMERICANOS

LAS IDEAS DE AMERICA EN ALFONSO REYES. UN
ITINERARIO INTELECTUAL A SU OBRA (1924 - 1944)

TESIS

PARA OBTENER EL GRADO DE:

LICENCIADO EN ESTUDIOS LATINOAMERICANOS

P R E S E N T A :

FELIPE ÁNGEL HERNÁNDEZ HERNÁNDEZ

ASESOR: CARLOS HAM JUÁREZ



MÉXICO, D. F.

FEBRERO, 2014.



Universidad Nacional
Autónoma de México



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

Para mi madre y padre quienes me han dado tanto. A mis hermanos Fernando y Francisco, a quienes deseo sigan con sus estudios, pues capacidades les sobran. A la "canelita" por no haberse muerto cuando la atropellaron.

Quiero agradecer al doctor Juan Tubert Oklander y a mi tía la doctora Reyna Hernández de Tubert por su incondicionada generosidad y humanidad.

También quiero reconocer a mis maestros Andrés Kozel y a Gustavo Cruz por sus inolvidables enseñanzas. Y por su ejemplar entusiasmo por revitalizar eso que algunos todavía osamos llamar latinoamericanismo.

CONTENIDO

I. Introducción general	1
II. De la Depuración de América a “Discurso por Virgilio”: rastros textuales de una polémica	
1.1. Introducción	10
1.2. América en el Diario: 1929	14
1.3. América en el Diario: 1924	17
1.4. Un ensayo de 1930: “Discurso por Virgilio”	21
1.5. Estrategia interpretativa en “Discurso por Virgilio”	23
1.6. Modernidad en el “Discurso por Virgilio”	27
1.7. Dos concepciones del espacio moderno: “Virgilio” y “Anáhuac”	30
1.8. Un trasfondo polémico: la experiencia de la temporalidad moderna	34
1.9. “Ciencias” de lo antimoderno	37
1.10. Latinoamérica ahora	45
1.11. Dos modelos del ser autóctono en América	51
1.12. ¿Dónde encontrar el ser de América?	55
1.13. Consideraciones finales	64
III. La América hispana: la heterogeneidad como herida y la cura como homogeneidad	
1.1. Introducción	70
1.2. La pertinencia de <i>La inmigración en Francia</i>	73
1.3. La problemática francesa: la nación bajo amenaza	75
1.4. El problema mexicano: heterogeneidad étnica	83
1.5. ¿Qué hacemos con <i>La inmigración en Francia</i> ?	93
1.6. América en la paradoja	96
1.7. Heterogeneidad espiritual	103
1.8. Balance	107
Conclusiones	110
Bibliografía	115

Felipe Ángel Hernández Hernández

**LAS IDEAS DE AMÉRICA EN ALFONSO REYES. UN ITINERARIO
INTELLECTUAL A SU OBRA (1924-1944)**

I. Introducción general

No hay documento de cultura que no sea a la vez un documento de barbarie.
Walter Benjamin

*Lo más ajeno a Benjamin es lo que se parezca a la
ingenuidad: <<El ojo no velado, inocente, se ha
vuelto mentira>>.*

Susan Sontag

En un inicio, la tesis que se presenta a continuación, estaba planeada para componerse en tres partes. Cada una de ellas iba a tratar un periodo específico del americanismo de Alfonso Reyes —ya que parto de la hipótesis de que su obra americanista se compone de tres cortes cronológicos. Sin embargo, cuando tuve la oportunidad de elaborar un artículo¹, el cual se interrogaba acerca de los orígenes de la idea de América en la obra alfonsina; en ese momento caí en cuenta del enorme y complejo problema de abordarla en su totalidad. A veces, uno no toma en cuenta que la escritura no es sólo un verter ideas sobre un papel o sobre la pantalla del ordenador, sino que en sí mismo el acto de la escritura produce nuevos problemas, planteos o, inclusive alcanza un grado de revelación insospechada. Muchas veces escribir una tesis se retrasa debido a que rumiamos demasiado los datos, las ideas en nuestra mente (la eternizamos en un plan); pero no nos damos cuenta de que no es sino en la escritura cuando ellas se hacen concretas, pues adquieren una dimensión práctica, ya que éstas disponen de un trabajo.

Enfrentarme, durante la investigación con la etapa de la escritura, me obligó a delimitar la temática del presente estudio. Y de aquellas hipotéticas tres etapas, tuve que optar por una,

¹ Hernández Felipe Ángel, "Depuración de América: notas sobre un libro nunca escrito de Alfonso Reyes", *Pacarina del Sur* (publicación digital), Número 17, Octubre-Diciembre, Año 2013. Enlace: <http://www.pacarinadelsur.com/home/figuras-e-ideas/838-depuracion-de-america-notas-sobre-un-libro-nunca-escrito-de-alfonso-reyes>. Este artículo es una versión abreviada de la presente tesis o, también podría decirse, que esta tesis es una versión extensa de aquel artículo.

la primera de ellas. En parte, esta elección se debía a que ya había publicado algo al respecto, lo cual me hacía tener una investigación más consistente y pensada. Otro tanto se debe a un tema de convención cronológica, “empezar por el principio”. Pero tengo el convencimiento de que la elección, de esta etapa, se debe a que ésta me posibilitaba fundamentar una interpretación más arriesgada, pues gran parte de los textos que utilizo, además de no ser comúnmente agrupados en torno al conjunto americanista, tienen una cualidad arisca y anómala, ya que nos dan una imagen inédita del pensamiento de Reyes.

Aun cuando, he de decantarme por esta etapa —que intentaré sustentar textualmente—, la cual se extiende desde el año de 1924 hasta un poco más de 1933, esto no significa que se anule a las otras dos como ejes orientadores de mi propuesta. En gran medida, los temas que he seleccionado para interpretar, están intencionados a postreros conjuntos de discursividad, en cuanto que presentan desfases, con las periodicidades que les suceden. He procurado que sea la diferencia el sendero por el cual se guíe la presente investigación; aunque tampoco renuncio a la significación de las continuidades o similitudes discursivas (en esto consideramos la línea hermenéutica del filósofo mexicano Mauricio Beuchot, donde su modelo analógico privilegia la diferencia, sin por ello renunciar los planos de semejanza entre los textos²). Pero esta opción por la discontinuidad, es más que un procedimiento, pues, como señala la hermenéutica foucaultiana,

La de discontinuidad es una noción paradójica, ya que es a la vez instrumento y objeto de investigación; ya que delimita el campo cuyo efecto es; ya que permite individualizar los dominios, pero que no se la puede establecer sino por la comparación de éstos. (...) en el que no desempeña ya el papel de una fatalidad exterior que hay que reducir, sino de un concepto operatorio que se utiliza; y por ello, la inversión de signos, gracias a la cual deja de ser el negativo de la lectura histórica (su envés, su fracaso, el límite de su poder), para convertirse en el elemento positivo que determina su objeto y la validez a su análisis³.

Con el fin de dar una idea de las dos etapas, que no indagaré en esta tesis (pero que están siempre presentes), voy a presentar una exposición, por breve que sea, del esquema

² Beuchot Mauricio, *Tratado de hermenéutica analógica. Hacia un nuevo modelo de interpretación*, Editorial Itaca/Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM, México, 2000.

³ Foucault Michel, *La arqueología del saber*, Editorial Siglo XXI, México, 1979. Ver “Introducción”, p.14-15.

diacrónico al cual estaré haciendo referencia (aunque sea tácita o implícitamente) en mis planteamientos; ya que estará latente en casi toda la argumentación de la tesis. Serían tres los cortes del americanismo de Alfonso Reyes:

- a) Americanismo inicial: La principal característica del periodo, sería el papel que ocupa América respecto a Europa. Como en las demás etapas, habría una lectura jerarquizada sobre los procesos históricos de ambos continentes. Donde la circunstancia europea saldría mejor librada que la americana, tanto que aquélla funge como instancia modélica. El criterio a seguir es el del binomio heterogeneidad/homogeneidad; mientras las identidades diversas son nocivas para la comunidad política, la uniformidad es una condición de su viabilidad. Todo ello estaría comprendido en la perspectiva de una modernidad de consistencia, predominantemente, realista y occidentalizante (donde los aspectos nocivos de la modernización serían presentados sin problematización aparente, pues serían tanto accidentales, como transitorios).
- b) Americanismo clásico: Aquí habría una discontinuidad en la situación de la jerarquía civilizatoria, sostenida en la obra de Alfonso Reyes. A través de lo que, en esta serie textual, se denomina como la *inteligencia americana* —término que también es utilizado en la anterior etapa, pero con un sentido distinto— la vida espiritual del Continente, dejará de subsumirse en los procesos culturales actuales de Europa (aunque no del orbe occidental), los cuales serán tratados con inusitada severidad crítica. Pero con ello, no sólo se invierte la estructuración, sino también las condiciones discursivas que posibilitaban el periodo anterior: la heterogeneidad se replantea en sus claroscuros, como un hecho dual (el cual quita a la vez que da).
- c) Americanismo tardío: En esta etapa hay una importante continuidad al ordenamiento anterior: la superioridad de América frente a una Europa que decae. Sin embargo, hay un agregado interesante, un tipo de discursividad bastante cercana a lo que más tarde se calificará como “tercermundismo” (inclusive, pareciera una prefiguración a los planteos de Leopoldo Zea). Al mismo tiempo, hay un esfuerzo en la argumentación por integrar un esquema antiimperialista con la perspectiva estética alfonsina; parte de ello es la pretensión (quizá no alcanzada) en descentrar

al Occidente, como unívoco foco de civilización, para darle cabida a la sabiduría Oriental, hasta antes desdeñada.

Por supuesto que, este dibujo cronológico de la obra americanista de Alfonso Reyes, es sólo aproximativo, y no está exento de sus fisuras ni porosidades. Un claro ejemplo de esto es que, hay textos de la primera época que, por iniciativa del mismo autor, continuaron difundiéndose o publicándose en las posteriores etapas. Sería el caso de textos que vamos a tratar, como “Palabras sobre la nación argentina” que, si bien la he agrupado en el primer conjunto (1924 a 1933, aprox.), tuvo una posterior lectura, como conferencia, en 1938 en Buenos Aires⁴. Lo mismo podría decirse del importante escrito diplomático, *La inmigración en Francia*, que a pesar de haber sido escrito en la fecha temprana de 1927, fue mandada, por el mismo Reyes, a publicar como libro, veinte años después, aunque en un tiraje bastante reducido.

Este tipo de problemas quedarían irresueltos si la principal pauta de esta interpretación la llevara la figura del autor. Pero no es así, nuestra indagación no estriba en develar lo que Alfonso Reyes pensaba en tal o cual momento, si seguía sosteniendo tales o cuales postulados, o si era o no plenamente consciente de las contradicciones a que le conducía persistir en ellos. Lo que atrapa nuestro interés está en dar cuenta de la estructuración de los textos que se han agrupado en torno a ese nombre propio. En ese sentido, el hecho de que ciertas contradicciones o discontinuidades no hayan sido conscientes a la mentalidad del autor, no representa un problema mayor para nuestros planteamientos; ya que son los textos y las condiciones discursivas que les posibilitan su existir lo que nos atañe y afana. Si, dentro de esta tesis vamos a acudir al autor (pues lo vamos a hacer), lo haremos cuando resulte pertinente para enriquecer la comprensión del texto —es decir, no se acudirá al texto en función del autor, sino a la inversa.

Pero cabe interrogarse acerca de la figura que describiría la presente propuesta de periodización en la obra americanista de Alfonso Reyes. Como queda al descubierto, en el esquema anteriormente presentado, este americanismo está lejos de dibujar una línea

⁴ Reyes Alfonso, *Diario (1936-1939)*, Tomo IV, Fondo de Cultura Económica, México, 2012. Ver la anotación del 9 de marzo de 1938, p. 188.

ascendente y de una enunciación acumulativa, sino que nos traza una complejidad mayor. Ya que, al ir hacia la genealogía, lo que descubriremos son sentidos no tan sólo distintos, sino que en la mayoría de las veces divergentes. Esto se hace más evidente en el transcurso de la primera hacia la segunda época de su propuesta; sin embargo, hay que admitir, que en el paso de la segunda a la tercera hay mayores aspectos de continuidad (inclusive podríamos hablar de que ciertos textos del americanismo clásico son, temporalmente, contiguos al tardío). Claro que la interpretación más aceptada de esta obra, ha querido transmitir al público una imagen preponderantemente armónica, racional y coherente (“la circunferencia perfecta”, como señalaba Borges del mexicano); no obstante, los textos que vamos a analizar, van a sacarnos de las aguas tranquilas de lo apolíneo, para propiciar la oportunidad de adentrarnos en las informidades de los comienzos.

Uno de los dilemas a los que nos hemos enfrentado, ha sido el del énfasis hermenéutico que le daremos a la investigación. Ya que, por un lado, encontramos la importancia del plano sintagmático en la exégesis, el cual se trazaría horizontalmente, movido por la incorporación cuantitativa de significantes novedosos. Si bien, es cierto que, este abordaje extensivo de la obra es necesario, ya que recaba conocimientos, textos e interpretaciones nuevas; de darse unidimensionalmente, hay el riesgo de la superficialidad. Creo que, esto hubiera sucedido, si los textos sólo hubieran se hubieran tratados a partir de la conveniencia de un par de preguntas: ¿qué dice el texto sobre América? y ¿cuándo lo dice? Dentro de los estudios de la obra de Alfonso Reyes, el caso más evidente de este énfasis es el que aplica Paulette Patotut, en su libro monumental, como imprescindible, *Alfonso Reyes y Francia*⁵; en donde prolifera una impresionante cantidad de información y datos sobre Reyes y su obra, pero que muchas veces la interpretación de ellos se limita a la paráfrasis — así como en su empeño por caracterizar a Reyes como un adicto a la cultura francesa, no presta atención a otro tipo de apropiaciones, como las del romanticismo alemán o, incluso, a los aspectos hegelianos en la construcción de su obra.

Si bien necesarias, estas adiciones no agotan el sentido que un texto nos puede brindar. Es por ello que decidí privilegiar, en la medida de mis capacidades, la dimensión concreta de

⁵ Patout Paulette, *Alfonso Reyes y Francia*, El Colegio de México/Gobierno del Estado de Nuevo León, México, 2009.

esos conjuntos discursivos, dándole un espacio de aparición a aspectos (aunque no embonen completamente con las interrogaciones americanistas) que parecían haber sido invisibilizados. Este aspecto del acto hermenéutico sería el paradigmático, el cual tendría una tendencia vertical, pues su indagación, en gran parte, se compondría en la reconfiguración misma en aquellos textos que una cierta comunidad de interpretación comparte (esto es más evidente cuando estudio el ensayo “Discurso por Virgilio”). Creo que esta lectura intensiva, cuyo énfasis está en la cualidad interpretativa, debiera de ser la más importante, ya que posibilita que las fases de la comprensión interpretativa se realicen a cabalidad (Conjetura-Explicación-Comprensión⁶). Sin embargo, si se torna unívoca, puede hacer de los agrupamientos textuales, entes autorreferenciales; limitando su potencial dialógico con otros mundos textuales. Uno de los esfuerzos investigativos, que podría ejemplificar este aspecto, bien puede ser, la imprescindible obra, *Alfonso Reyes y la historia americana*⁷, en la cual Eugenia Houvenaghel realiza un análisis a detalle del entramado, sobre todo a partir de las estrategias retóricas, de varias de las piezas clave de la ensayística alfonsina; sin embargo, a pesar de la riqueza de sus comentarios, los textos estudiados quedan como mundos cerrados, sin vínculos significativos con los distintos niveles contextuales (*intra* y *trans*) del discurso. Es por ello que, en su teorización acerca del lenguaje Paul Ricoeur incorpore, además de una dimensión estructural (semiótica), otra referencial (semántica), la cual daría un margen de veracidad hermenéutica. La significación ya no sólo está en las combinaciones y relación de una cierta unidad de signos, sino que se abre a la discursividad de mundos diversos (tanto del que enuncia, pero también de la diseminación de los receptores de esos mensajes):

En el sistema del lenguaje, digamos como léxico, no hay problema de referencia; los signos sólo remiten a otros signos dentro del sistema. Sin embargo, con la oración, el lenguaje se dirige más allá de sí mismo. Mientras que el sentido es inmanente al discurso y objetivo en el sentido de ideal, la referencia expresa el movimiento en que el lenguaje se trasciende a sí mismo. En otras palabras, el sentido correlaciona la función de identificación y la función

⁶ Ver Ricoeur Paul, *Teoría de la interpretación. Discurso y excedente de sentido*, Editorial Siglo XXI/Universidad Iberoamericana, México, 2006. Tomo las anotaciones del capítulo “La explicación y la comprensión”.

⁷ Houvenaghel Eugenia, *Alfonso Reyes y la historia de América. La argumentación del ensayo histórico: un análisis retórico*, Fondo de Cultura Económica, México, 2003.

predicativa dentro de la oración, y la referencia relaciona al lenguaje con el mundo. Ésta es otra connotación en la que se funda la pretensión del discurso de ser verdadero⁸.

De forma tal, que vamos a procurar, aunque sea idealmente, un cierto diálogo entre esos dos aspectos de la interpretación, sintagmático/paradigmático, que se sumaría a otra, diacrónica y sincrónica. Como ya hemos señalado, los protagonistas de esta tesis van a ser los textos, no el autor; lo que nos conduce a otra serie de problemas, ya que la noción de texto no es uniforme, pues encontramos diversas clases. En ese sentido, como señala Beuchot, podemos encontrar textualidad tanto en el habla, la escritura o, inclusive, en los actos mismos; ya que todos ellos son portadores de una gama de significaciones. Es evidente que el tipo de texto que interpretaremos va a ser el escrito, pero aún dentro de éste encontramos diferencias importantes. La discursividad agrupada bajo la noción de texto escrito, puede ser apreciada desde ángulos distintos, puede tomar la forma de la cita de un diario, un ensayo, un libro o, en un grado más extensivo, una obra.

Estar al tanto de la no univocidad del texto, sino de su diversidad de tipos e interconexiones, es una fuente indiciaria para la localización de sentidos insospechados, cuando exploramos una obra o un determinado pensamiento. No obstante, de ello no podemos llegar a la conclusión extrema, el de renunciar al discernimiento del orden en cuestión. No podemos tratar por igual la cita de un diario, que la de un ensayo, o la de un escrito diplomático (para traer el caso concreto de la obra de Reyes). La naturaleza de cada uno de estos agrupamientos, implica una estructuración diferenciada, es decir no todo conjunto textual es arbitrario o carece de función alguna. Dentro de éstos, vamos a privilegiar el género del ensayo, pues creemos que, como parte de la expresión metafórica, su orientación primaria estriba en la construcción de un excedente de la significación, a partir del empleo productivo de la ambigüedad (literal/figurativo, connotación/denotación), la cual la lleva no sólo a ampliar la novedad de los sentidos de un texto, sino que le posibilita significar lo que otros conjuntos discursivos no podrían. En esto, nos guiamos en las profundas reflexiones hermenéuticas del filósofo francés Paul Ricoeur, en su *Teoría de*

⁸ *Ibid.*, Ricoeur, p. 33-34. Verdad interpretativa que consistiría en su ontologización, como dice el filósofo mexicano, Mauricio Beuchot: “Poner un texto en su propio contexto, evitar la incomprensión o la mala comprensión que surge del descontextuar. En eso la hermenéutica lleva ya supuestos antropológicos y, por lo menos y en la lejanía pero fundamentalmente, éticos y hasta metafísicos.” *Ibid.*, Beuchot, p.19.

la interpretación, donde nos indica que,

Si nos abstraemos por un momento del mundo de la obra revelado por esta interacción de sentidos, podemos concentrar nuestro análisis en el diseño verbal, esto es, en la obra del discurso que genera la ambigüedad semántica que caracteriza la obra literaria. Es esta obra del discurso la que se puede ver en miniatura en la metáfora⁹.

Y, en otro de los pasajes de la señalada obra añade,

¿No debemos, entonces, concluir en que una metáfora implica un empleo tensor del lenguaje, que tiene por objeto sostener una concepción tensa de la realidad? Con esto quiero decir que la tensión no es simplemente entre palabras, sino que se da dentro de la misma cópula de la expresión metafórica. “La naturaleza es un templo donde pilares vivientes...” Aquí “es” significa tanto es como no es. El “es” literal es derribado por lo absurdo y superado por un “es” metafórico equivalente a “es como...”. Así, el lenguaje poético no nos dice cómo son las cosas literalmente, sino a qué se parecen.¹⁰

Este dispositivo metafórico del ensayo, que lo hace superar su sentido más evidente, el literal, no lo cierra a la relación con ordenamientos discursivos de naturaleza distinta. Eso haremos en el primer capítulo de esta tesis; a partir de unas citas en el diario de Alfonso Reyes, vamos a hurgar en los sentidos de uno de sus ensayos más importantes “Discurso por Virgilio”. Hay que señalar que este ensayo, será el de más relevancia, por lo que nos detendremos casi todo el capítulo primero en él. Pero ¿qué nos pueden aportar esos fragmentos extraídos un diario personal?, en este caso, nos proporcionan una primera aproximación a los tintes polémicos del americanismo de Reyes en su etapa inicial, además de que nos puede mostrar, desde una perspectiva condensada, los hilos argumentativos de otro tipo de textos.

En un posterior capítulo, se va a dar seguimiento a los principales tópicos que nuestra interpretación haya desprendido del texto de “Virgilio”, sólo que desde una perspectiva distinta. A partir de la apropiación de una cierta dispersión discursiva (ensayos, conferencias e, incluso un peculiar informe/escrito de la diplomacia) vamos a proponer una

⁹ *Ibid.*, Ricoeur, p. 59-60.

¹⁰ *Ibid.*, p. 71.

de las precondiciones enunciativas de la articulación americanista que ya atisbábamos en el texto del treinta (“Virgilio”); ella será el de la heterogeneidad, entendida como un acontecimiento negativo para la cultura. Serán tres los cortes en que abordaremos lo heterogéneo en el pensamiento alfonsino; de igual forma, partiremos de tres textos distintos: a) étnico racial (*La inmigración...*); b) ser histórico (“Palabras sobre la nación Argentina”), y c) espiritual o intelectual (“En el día americano”).

La conclusión a la presente tesis no será una reiteración condensada de los postulados de cada capítulo. Sino que, expondremos una provisional colección o un rosario de citas relevantes de las etapas posteriores de la obra americana de Alfonso Reyes. Mi propósito, con ello, es mostrar la profunda serie de contrastes que existen en temas claves de esta zona temática. No vamos a pretender brindar una explicación a esas discordancias, ello requeriría de hacer otra tesis, pero no me agrada la idea de dejar al lector tan sólo con el anterior resumen de las etapas de la propuesta americanista. Se me hace más adecuado, ponerlo en la voz de los textos, dejarlos aparecer en su indomeñable estructuración.

I. De la *Depuración de América* a “Discurso por Virgilio”: rastros textuales de una polémica

1.1. Introducción

Podemos englobar, como el principal objetivo en este capítulo, la presentación de una serie de enunciados que nos proporcionen una idea o un esquema general válidos, de cómo estaba estructurado el ser América, durante la etapa temprana de la obra de Alfonso Reyes. Como en la introducción general hemos expuesto, creemos que la dimensión diacrónica de este eje temático no traza la figura de una línea enunciativa aglutinante y progresiva, sino que somos partidarios del hecho de que hay evidentes rupturas, así como nuevos arranques enunciativos, durante el periodo en que Reyes dedicó su pluma a los escritos americanistas. Precisamente, en este escrito trataremos la primera de ellas; la que, al mismo tiempo, ha sido la más ignorada.

En tal forma, nos sentimos deudores del programa teórico/metodológico con el cual sistemáticamente ha procedido Andrés Kozel —en varios de sus edificantes estudios y en los cursos, en los cuales tuve la fortuna de asistir como su alumno—, acerca de historia intelectual en América Latina. En su reciente libro, acerca del historicismo en México, en el cual se tematiza la obra americanista de Leopoldo Zea, Edmundo O’Gorman y José Gaos, Kozel demuestra su habilidad para internarse en la problematicidad y complejidad tanto de las obras y textos de los autores que selecciona para su interpretación. Nos dice,

Aproximarse a un conjunto de elaboraciones discursivas desde la clave que nos ofrecen las imágenes susodichas supone abandonar tanto la propensión a caracterizar las obras como entidades monolíticas, inmutables y auto-referencias como la tendencia a visualizar a los autores como sinónimos estrictos de una determinada posición, susceptible de ser expresada en los términos de alguna ecuación más o menos simple o despejada, para pasar a conceptualizar a ambos —obras y autores— como ecuaciones/constelaciones complejas que interrelacionadas, minadas de tensiones a la vez que proteicas, esto es, como universos no aislados, y conformados por zonas que albergan elementos distintos, cuyas modalidades de articulación distan de presentarse bajo la forma de un paisaje plácido (...). Detrás o debajo de cada ecuación así definida se halla, probablemente, la unidad de propósitos de cada

autor; supuesto orientador al que prefiero no renunciar, y que, en estos casos como en otros, parece remitir de manera irremediable al nivel de las derivaciones parenéticas de sus planteamientos¹¹.

En esta cita se guardan muchos de los *a priori*s de los que voy a partir en mi investigación de la obra de Reyes: el no ser ésta, así como la idea de América que contendría, un conjunto o un todo coherente, así como las consecuencias que se trae con ello: contravenir la concepción de que el pensamiento se da como un despliegue continuo. Eso tampoco nos lleva al caso contrario, al de anticipar en la obra de cada autor, una colección de piezas inconexas, indomeñable a la inteligencia del intérprete. Las palabras claves son las de tensión y la de complejidad. Un texto no es una entidad autorreferente, pues está vuelta a un universo. Un texto está siempre, aunque sea potencialmente, en distendido diálogo, en franca o velada pugna con otros textos, ahí reside gran parte de su vitalidad. Pero también, esa es la fuente de indicios hermenéuticos que nos permitan dar cuenta de su estructuración, de sus conflictos, etc.

Dentro de los principios kozelianos, sólo habría uno con el que guardaría una tenue, pero significativa, distancia: la de tomar la intención del autor (o unidad de propósitos) como idea reguladora de la interpretación. Sé que esta proposición no parte de la ingenuidad romántica, además de que es una manera de no caer en las aporías de una cierta posmodernidad, en donde toda interpretación es válida, al no tener en cuenta algún tipo de referencialidad. Sin embargo, creo que, en la caso específico de la exégesis del americanismo de Reyes, me parece de gran relevancia incorporar a esa búsqueda en las profundidades (“debajo”) o a ese hurgar tras los velos (“detrás”) de la unidad proposicional del autor, la iluminación de aquellos márgenes del discurso que se encuentran, excéntricos, a veces desapercibidos y, otras veces, fuera del foco de una comunidad hermenéutica determinada, inclusive, hasta del propio sujeto de enunciación.

En última instancia, lo que estaría en juego no residiría tanto en la dilemática de la verdad del discurso o su normatividad; sino desde el sitio de dónde emergen sus eventualidades. O,

¹¹ Kozel Andrés, *La idea de América en el historicismo mexicano. José Gaos, Edmundo O' Gorman y Leopoldo Zea*, El Colegio de México, México, 2012, p.29

para decirlo de otra manera, cómo se posibilita o potencia el acontecimiento interpretativo desde un “estaba junto” o “estaba ahí, pero no lo habíamos notado”. En su reconocido ensayo “Bajo el signo de Saturno”, que Susan Sontag, novelista y ensayista estadounidense, dedica a la memoria y obra del brillante filósofo y filólogo judeo-alemán, Walter Benjamin, nos da una idea acerca de la singular exégesis de éste, la cual funcionaría como una *constraintinterpretación*,

La propensión de Benjamin consiste en ir contra la interpretación habitual. <<Todos los golpes decisivos son asestados con la izquierda>>, como dice en Dirección única. Precisamente porque vio que <<todo el conocimiento humano toma la forma de interpretación>>, comprendió que la importancia de ir contra la interpretación doquier es obvia. Su estrategia más común es negar el simbolismo de algunas cosas (...) y afirmarlo en otras donde nadie sospecha su existencia¹².

Aunque con este término no se quiere decir que no hay interpretación en Benjamin, ¡vaya que la hay!, sí se destaca el hecho de esa “estrategia” de avistar las zonas poco visitadas de la obra de un autor; esas que están allí, frente a nosotros, pero que escapan, ignoradas, a nuestra mirada. Para el caso de la serie discursiva americanista de Alfonso Reyes, la interpretación habitual ha sido, como es lógico, la hegemónica. No sólo es en el terreno de los símbolos donde el automatismo ha sido la norma, sino que zonas enteras de textos desfilan, espectrales, en la palestra de lugares comunes. Si, como radicalmente sentencian los teóricos de la Escuela Crítica (Adorno y Horkheimer), de que “todo olvido se vuelve una reificación“, el corpus textual americanista de Reyes pareciera haberse erigido sobre enunciados que hacen las veces de ruinas o de fetiches.

En ese sentido, el camino que seguimos, desea tener por senda la de los caminos no andados. Es decir, textos, símbolos y metáforas que han pasado de largo para la crítica. Esto adquiere más relevancia cuando pretendemos trazar una genealogía de la idea de América en Reyes. Al emprender esta tarea de ir a los inicios, sorprendentemente hemos constatado lo poco que los escritos canónicos, del americanismo de Alfonso Reyes, nos han sido de ayuda. Hemos tenido que proceder mediante la resignificación de discursos que

¹² Sontag Susan, *Bajo el signo de Saturno*, Random House Mondadori, Barcelona, 2007, p.131.

yacían dispersos y fragmentados en torno a los libros de *Última Tule* y *Tentativas y Orientaciones* —salvo algunas excepciones: los dos primeros ensayos con los que inicia cada uno de estos libros.

La manera en que en esta primera parte procederemos, será a partir de dos indicios extraídos de los diarios personales de Reyes. Ellos no serán centrales para nuestra interpretación, pero su significación estriba en que nos permite encontrar los primeros rastros, de una idea estructurada de América, en uno de los más célebres ensayos de Alfonso Reyes, pero que se le había dado una lectura muy poco rigurosa a su despliegue argumentativo. “Discurso por Virgilio” será el texto en cuestión, cuya centralidad reside en que, si se compara con la totalidad de los materiales que componen la obra de *Última Tule*, se desprende de él una imagen muy distinta de la misión, como de la composición ontológica de América.

Por ello, nos va a ocupar el demostrar la validez del procedimiento de entreverar, del mejor modo posible, este ensayo en el mismo campo de los otros dos extractos de los diarios. Intentaremos comprobar cómo en el “Discurso de Virgilio” se da una exposición ampliada de las ideas que de América se aprecian en los diarios de Alfonso Reyes. Al mismo tiempo trazaremos algunas diferencias con otros escritos, anteriores, como “Visión de Anáhuac” —donde, si bien, el contraste no es con América, si es en la concepción del espacio—. Al igual, también será fundamental exponer estas series enunciativas correlacionada (o en intención) hacia extrínsecos agrupamientos autorales de textualidad: Waldo Frank, José Vasconcelos o José Ortega y Gasset; quienes serán parte del universo comunicativo de Reyes en ese momento.

1.2. América en el *Diario*: 1929

Hasta donde ha alcanzado nuestra investigación, se le debe a la labor de Rose Corral, en su ensayo “Alfonso Reyes y la cuestión del americanismo”, el haber llamado la atención acerca de una serie de enunciaciones polémicas, acerca de América, realizadas por Alfonso Reyes en su diario personal durante el año de 1929 en la ciudad de Buenos Aires. No creemos que sea casualidad que dichas anotaciones hayan saltado a la vista de Corral, ya que su estudio se centra en una interpretación historicista, tanto como genealógica, acerca de la concepción americanista del pensador regiomontano. Es indudable que este la presente tesis encuentra grandes dosis de afinidad con varias de las afirmaciones de Corral como,

Estos escritos de Reyes no pueden sino abordarse hoy en una perspectiva histórica que tome en cuenta los preocupantes acontecimientos del momento, que ensombrecen los años finales de la década del treinta, las discusiones entonces en curso, y los proyectos que nacen en torno a la idea de América como la importante revista argentina Sur, fundada en 1931 por Victoria Ocampo, en la que el americanismo juega, como se verá, un papel decisivo. (...). Por otra parte, importa también considerar la evolución de la postura de Reyes, un aspecto muy pocas veces considerado por sus críticos, quienes por lo general toman estos escritos como un bloque¹³.

Partir de un punto, en donde los escritos sobre América presenten cambios y discrepancias entre sí, pareciera haber sensibilizado a la investigadora para apreciar un texto de suma importancia, pero que por décadas había pasado desapercibido para los estudiosos del americanismo alfonsino¹⁴. Sin más preámbulos presentamos el contenido de este pasaje del *Diario*, cuya fecha es del 30 de noviembre,

El otro día pensé cómo podía empezar mi soñada *Depuración de América* con un capítulo

¹³ Corral Rose, “Alfonso Reyes y la cuestión del americanismo”, *Alfonso Reyes y los estudios latinoamericanos*, Universidad de Pittsburgh, Pittsburgh, 2004, p.173- 174.

¹⁴ Sabemos que el tema de la publicación del *Diario* de Alfonso Reyes ha sido un problema (algunos, hasta el momento, no han visto la luz). Pero esta cita, como la que expondremos en el próximo punto, se divulgó en una edición de 1969, que abarca los cuadernos de 1911 hasta los del año de 1930, la antigua edición estuvo a cargo de la Universidad de Guanajuato.

que sería: “Examen de profecías”. Todo esto de “la hora de América”, y las ideas de Vasconcelos y Frank que flotan en el ambiente de nuestra época, y de la decadencia de esto y el nacimiento de lo otro. Y si se puede hablar —en el estado actual de intercomunicación y de nivelación geográfica— de la posibilidad de una “cultura americana” futura diferente y específica, que siempre he creído absurdo¹⁵.

El mencionado proyecto por escribir un libro cuyo título fuera *Depuración de América* no tuvo realización, sin embargo este pequeño fragmento nos permite adentrarnos en algunos aspectos interesantes acerca de la concepción americanista en Reyes, en las postrimerías del veinte:

- a) Queda de manifiesto la discrepancia de este pensamiento con las obras de dos intelectuales a los que comúnmente, la crítica, los había situado en un mismo bloque. Por un lado, el llamado a “la integración y el abrazo místico de las dos Américas” (la del norte y la del sur) sostenido por el escritor judeo-estadounidense Waldo Frank y, por otro, las tesis que darían lugar al de “La raza cósmica” de su otrora compañero en el Ateneo de la juventud mexicano, José Vasconcelos.
- b) Aun cuando en el seno de la misma Europa se comienzan a escuchar voces de alarma acerca de su destino civilizatorio, en gran parte fundamentadas por la cruenta guerra del catorce; Reyes censura, pues le parecen exagerados, “los discursos de la hora”, los cuales profetizan el fin del ciclo vital europeo. En ese sentido, implícitamente, también se está polemizando con la filosofía de la historia de Oswald Spengler, la cual había tenido una importante difusión (mediante la legendaria *Revista de Occidente*) entre los círculos intelectuales latinoamericanos.
- c) No tan sólo sería absurdo que los destinos históricos de América y Europa se distingan en la actualidad, sino que se cierra la posibilidad de que esto pueda suceder en un hipotético futuro. Si el ser americano despliega su potencial, en esencia sería como el europeo. Es decir, el ser utópico de América, una de las notas distintivas de su propuesta, quedaría suspendido en este fragmento.

¹⁵ Reyes Alfonso, *Diario (1911-1930)*, Universidad de Guanajuato, Guanajuato, 1969, p. 294.

- d) De no menor importancia, es que si América posee un sentido histórico es el de lograr una homogeneidad con el mundo europeo, aun cuando no se detalla en cuáles serían los fundamentos de tal modelo ontológico. Lo que sabemos es que ello tendría lugar mediante lo que él llama “nivelación” e “intercomunicación”, que inmediatamente aluden a los procesos de desregionalización de un orbe formalizado a través del dispositivo totalizador modernidad como capitalista.

Si bien es cierto que el texto de Corral tiene el suficiente tino como para atender la relevancia de esta cita, creemos que deja serias fallas en el momento de la interpretación. Todavía más, cuando uno de los principios en su comentario crítico, es el de no tomar el americanismo de Reyes como si se tratara de una unidad estática. Tal pareciera que la empresa genealógica de Corral se tambalea; ya que su indagación sobre el comienzo de la idea de América en Reyes, no toma la historicidad con la finalidad de encontrar la diferencia, sino la de encontrar el germen que explique su desarrollo. Veamos lo que es lo que nos dice la investigadora,

Empieza a germinar en Reyes la idea de escribir un libro sobre América pero le importa marcar sus distancias frente al optimismo de un Frank, a su fe, no exenta de cierto candor, en el porvenir de América, o al sesgo mesiánico del Vasconcelos de *La raza cósmica*. Esta idea, la posibilidad o no de una nueva cultura americana, sólo sería desarrollada y cuestionada por Reyes mucho más tarde, en 1942 en “Posición de América”¹⁶.

Corral, aun cuando, con justicia, llama la atención a los críticos a tomar con seriedad los indicios de historicidad en la obra de Reyes, termina por contradecir su misma empresa. Pues señala que las anotaciones del *Diario* que datan de apenas 1929 se mantuvieron o, si se quiere, tuvieron un despliegue continuo hasta el año de 1942. Hay que tener en consideración que, los ensayos más tardíos tanto de *Última Tule*, como de *Tentativas y orientaciones* —libros cuya eje temático es centralmente americanista— tienen por fecha 1942 en aquél (“Presagio de América”) y, 1943 en éste (“Un mundo organizado”); de tal manera que, de ser cierto lo que dice Corral, la idea de América en Reyes tuvo un comportamiento, prácticamente, invariable a través de los años.

¹⁶ *Ibid.*, Corral, p. 175.

1.3. América en el *Diario*: 1924

El tema del mesianismo, así como el del candor y la fe en América, los cuales son tratados con desdén por Rose Corral en su escrito, en algún momento serán parte medular en la articulación de la obra americanista Alfonsina (y no exclusivos de Frank o Vasconcelos). En el estudio, “*Homonoia. La utopía cosmopolita*”, del crítico Evodio Escalante, hay una clara muestra de estas chispas mesiánicas que recorren varios de los ensayos de Reyes, inclusive detecta ciertas apropiaciones de la concepción histórica del marxismo. Algunas de las distancias que encontramos en las proposiciones críticas de Escalante, con las nuestras, es que las hace extensivas a la totalidad de la obra de Alfonso Reyes, cuando ellas sólo se adecúan a un sector de su corpus textual. Por otro lado, no hemos encontrado texto alguno de Reyes, en el cual se hiciera propia la filosofía de la historia spengleriana, ni entre los de cuño más pesimista. Veamos cómo se contrapone la lectura de Escalante a la de Corral,

Ubicado dentro de este contexto en lo esencial agonístico, de confrontación y lucha, y haciéndose eco de un mesianismo americano que ya estaba en Pedro Henríquez Ureña y en su colega y amigo del Ateneo de la juventud, José Vasconcelos, Alfonso Reyes llega a la conclusión de que ha llegado la hora de tomar en propia mano la estafeta de la universalidad que los europeos habrían dejado de enarbolar en los hechos. Lo animan, además de los antecedentes que mencionó, el severo diagnóstico de Spengler acerca de la decadencia de Occidente, vuelto ya para entonces un lugar común, quizás –creo que la hipótesis no carece del todo de fundamento como expondré más adelante- los conocidos pronósticos marxistas acerca del derrumbe del capitalismo a tiempo circulaban en los medios intelectuales latinoamericanos de izquierda durante la década de los treinta¹⁷.

En mi valoración, ambas interpretaciones tendrían algo de razón, al igual que algo de equivocación. Esto se debe a que cada una se focaliza en una etapa distinta de la obra americanista de Reyes, pero sus juicios están siendo generalizados a todo el conjunto. Pero detengámonos en un tema más inmediato, el de la *Depuración de América*. El hecho de que

¹⁷ Escalante Evodio, “Homonoia. La utopía cosmopolita”, *Alfonso Reyes y los estudios latinoamericanos*, p.155-169

no acordemos con el planteo, de Rose Corral, de que hubiese sido materializado a manera de ensayo, hasta el año de 1942 (en “Posición de América”), sólo nos deja dos opciones. La primera de ellas, consistiría en que dicha empresa jamás tuvo concreción textual, que las líneas del diario fueron motivados por la necesidad de un desahogo o descargo psicológico en Reyes, por lo que no terminaría por embonar dentro de la órbita de sus discursos americanistas. En cambio, la segunda asevera que sí hay rastros textuales suficientes que nos permitan reunir una serie conjunta que compartan una coherencia con otras estructuras enunciativas (ensayos, artículos, conferencias); en esta línea es donde se ubica Corral, pero creemos encontrar fallas en su argumentación.

La opción por la cual nos decantaremos será por la última, pero no sin antes argumentar que el escrito realizado en 1929, no se debe a una descarga emocional del autor, sino que cuenta con un respaldo textual, que lo hace todavía más significativo para nuestra interpretación. Para ello vamos primero a retomar otra referencia discursiva de su diario personal, sólo que ahora de cinco años antes, de cuando Reyes se desempeñaba como funcionario diplomático todavía en Europa. En la siguiente anotación vamos a encontrar una peculiaridad, ya que encontramos dentro de este extracto, una nota explicativa al pie de página; lo que hace evidente la voluntad de ir dando una cierta estructura a las ideas vertidas en el Diario.

La fecha de la anotación es del 11 de octubre de 1924, vamos a presentarla en dos partes; debido a que la nota al pie queremos analizarla por separado. En el primer fragmento, que es el menos sustancial, escribe Reyes:

Leídos, de Waldo Frank, Holiday y Rahab, con gran emoción. Comienzo del mismo Salvos. Creo que le escribiré una carta sobre algunas ideas de este libro: su concepto sobre la decadencia de Occidente (Europa) y del advenimiento de una cultura americana me parece demasiado simplista.

Ideas que me pueden servir para aclarar algunas pedanterías nacionalistas¹⁸.

La razón de que haya remarcado la última línea de la cita, es para indicar que, será en ésta

¹⁸ *Ibid.*, Reyes, p.75 y 76. Negritas mías.

donde se inserta la indicación de nota al pie. Ella consiste en la exposición o enumeración de las inconformidades y las críticas provocadas por el libro, *Salvos*, de Waldo Frank; se nos dice que ahí,

Traza un cuadro de las ideas fundamentales de la cultura europea, y luego expone cómo han sido rectificadas; y los rectificadores son todos europeos! (sic) ¿Qué tiene que ver América con esto? Tratase de una cultura que se desenvuelve con mayor o menor celeridad. Además, el arte y a la ciencia no les importa ser europeos o americanos, sino dar con la belleza o con la verdad. La geografía cada vez diferencia menos a los hombres que hoy se comunican tan fácilmente. Precisamente la obra del hombre ante el obstáculo geográfico es la nivelación¹⁹.

Estos apuntes varían muy poco respecto a lo que anteriormente escribió en el año de 1929, por lo cual pensamos que tenemos en ciernes una serie discursiva continua. Más que ambigüedad o contradicciones enunciativas entre los dos textos, encontramos una complementariedad:

- a) Como la cita anterior, es notoria esta voluntad de polemizar, con la diferencia de que ahora no hay alusión a la obra de José Vasconcelos, lo que podría deberse a que, para esta fecha, todavía no se ha publicado el libro de *La raza cósmica*, aunque para estos momentos existen textos de una manufactura semejante al de 1925. Aun así, los postulados Waldo Frank y Oswald Spengler permanecen como foco tensional de los comentarios de Reyes.
- b) La idea de la decadencia de Europa y el advenimiento de América como una cultura que estimule y renueve los procesos civilizatorios es confrontada por su simpleza. Sin embargo, es interesante que Europa y Occidente se presenten de una manera indiferenciada en la cita; ya que, en gran parte de los ensayos que sucederán a “Notas sobre la inteligencia americana” (1936), van a tener por base tal distinción.
- c) Hay una información que se adiciona, que consiste en el principal elemento de distinción entre América y Europa: la celeridad. Ello sólo se menciona de paso, pero sin dar más señalamientos de su significado. Nos deja sin saber si, como lo

¹⁹ *Ibíd.*, p.75 y 76.

hará en posteriores textos, América tenga una historicidad más veloz y sintética que la de Europa; debido a que esta última tiende a ser una cultura ya asentada. Aunque tampoco se descarta que pueda referirse a una América más lenta en su historia, debido a que todavía no experimenta una tipo de historicidad homogénea, la cual pareciera, por el momento, ser la que más se adecue para la producción cultural. Queda fuera de dudas que en tal exposición crítica, no es Europa quien culturalmente tiene la urgencia de nivelación, sino América.

- d) Otra vez, ante la dicotomía entre lo europeo y americano, el problema termina por ser resuelto por hipotética igualdad esencial entre ambos orbes. Esta solución de corte liberal, que apela a una evolución histórica, más que a la discontinuidad, nos señala cuál sería la característica de la nivelación. Ella consistiría en la universalidad de la producción de cultura, a saber: objetos de belleza y de verdad, el arte y la ciencia. Esto ya estaba enunciado con anterioridad, sólo que aquí se enuncian el criterio epistémico, así como sensible, que fundamenta esas dos actividades humanas: la universalidad. De tal manera que, la insistencia de nivelación con Europa, transformaría a América en una región capaz de producciones universalmente válidas.

Aunque en las ideas de 1924, vertidas en el *Diario*, no hacen expreso el deseo de convertirse en un libro o ensayo, sí parecieran proyectarse para formar parte de algún tipo textual, aunque no se entra en detalles. En “Alfonso Reyes y la cuestión del americanismo” no se toma en consideración este texto, muy probablemente, porque pareciera que está comprendido en su totalidad en el de 1929. Nosotros lo incluimos aparte en este estudio pues creemos que, a pesar de que su contenido deja importantes lagunas (propias a las de una unidad discursiva como lo es un diario), nos permite formular indicios interpretativos para cuando abordemos conjuntos discursivos más complejos.

A partir de la anteriormente expuesto, parece que estamos ya en posibilidad de señalar algunos enunciados que se mantienen estables en los cinco años que van de 1924, cuando Reyes estaba por asumir el cargo de diplomático en Francia, hasta el año 1929, momento en el cual era embajador en Argentina. Contra el optimismo de los “discursos de la hora”, Alfonso Reyes mantiene una confianza no en los entes histórico-geográficos, Europa o

América, como tales, sino en un principio inmaterial, algo así como un modo de ser en el mundo, la vía occidental²⁰. La codificación cultural, por la cual el Occidente se torna el modelo a seguir, para la humanidad en su conjunto, se constituye por la universalidad de sus creaciones, la cual tiene en la ciencia y el arte sus mejores armas para no desgastar su fundamento vital. Por otro lado, no deja de parecer cierto que la descripción de los atributos de la occidentalidad, parecieran tener su correlato con los desatados por la modernidad, si tomamos de referencia las maneras en que Bolívar Echeverría construye tal término: como una “forma ideal de totalización de la vida humana”²¹. En líneas posteriores de este texto, trataremos de indagar el constructo que Reyes hace de lo moderno.

1.4. Un ensayo de 1930: “Discurso por Virgilio”

La importancia de la cita de 1924 estriba en que nos ha servido para acumular, en conjunto al de 1929, una cadena enunciativa que nos posibilite acceder a una comprensión, por débil que aun sea, de lo que hubiera sido el enigmático e irrealizado libro; es evidente que en el plano explicativo todavía hay carencias, pero no con el peso suficiente como para evitar que establezcamos con validez algunas conjeturas. Hemos anunciado ya nuestras diferencias con la hipótesis de Rose Corral, principalmente, por situar en el ensayo de “Posición de América”, el contenido discursivo de su *Depuración de América*. Parte del error de la investigadora consiste en concebir que Reyes mantuvo casi intacta su postura americanista por una periodo tan extenso como el que va de 1929 a 1942; para nosotros es

²⁰ No hay que dejar de lado que estos postulados sobre la historia de las civilizaciones, guardan una serie de elementos muy próximos a los de la filosofía histórica hegeliana, como el de la implícita igualdad entre el orbe Occidental y el del Espíritu absoluto (“principio inmaterial”/“determinación formal”), los cuales estarían conformando una Historia Universal. En su Filosofía de la historia, dicta el filósofo prusiano que: “El principio de la evolución supone lo siguiente, a saber: se da como fundamento una determinación interna, un presupuesto existente en sí, que se pone a sí mismo en existencia. Esta determinación formal es esencialmente el Espíritu, que tiene la historia universal por su escenario, su posesión y el campo de su realización. Este Espíritu no anda precisamente vagando en el juego exterior de las eventualidades, sino que más bien es lo absolutamente determinante y fijo frente a las contingencias, a las que domina y emplea para sus fines.” Friedrich Hegel, *Filosofía de la historia*, Editorial Podium, Barcelona, 1971, p.71.

²¹ Echeverría Bolívar, *Las ilusiones de la modernidad*, UNAM/Equilibrista, México, 1997, p.140.

todavía más dramático, pues hemos señalado cómo estas ideas ya estaban planteadas desde 1924.

Creemos que se encontraría una mayor coherencia histórica, si restringimos la selección del corpus alfonsino, a textos cuya órbita temporal tenga mayor proximidad al de las anotaciones vertidas en su diario. Nos hemos dado a esa tarea y hemos encontrado que “Discurso por Virgilio”, ensayo de 1930, con el que da comienzo el libro *Tentativas y orientaciones*, brinda suficiente veracidad para haber sido el registro de los planteamientos de *Depuración de América*. No deja de parecernos interesante que, en el caso de ser cierta tal hipótesis, dichos esbozos de ideas se hubieran realizado en este escrito, ya que habitualmente, la crítica, le ha asociado con los textos agrupados bajo el rubro temático mexicanista de Alfonso Reyes. Sin embargo, hay que tener en consideración que, en una de las anotaciones de 1924, el americanismo radical sostenido por el escritor Waldo Frank es descrito como una pedantería nacionalista; es decir, en cierto nivel del discurso de Alfonso Reyes, los problemas del ser nacional llegan a confundirse al de los de la región hispana del Continente.

Antes de entrar al análisis textual, vamos hacer unas importantes precisiones. Entre los dos breves escritos que ya hemos interpretado y éste, se van a hallar diferencias sustantivas. Pues, si bien es cierto que parte de las precisiones metodológicas de Michel Foucault, apuntan hacia la legitimidad de construir conjuntos de una índole textual diversa, con base en el argumento de que las unidades discursivas no tienen una naturaleza innata, no por ello se está permitido el abandonar la actividad de discernimiento del investigador en cada caso concreto que nos presente nuestro objeto, inclusive el trazar entre las distintas instancias posibles jerarquías. Ello se debe a que nos estamos trasladando desde una instancia discursiva en cierto modo simple, como lo son las enunciaciones de un diario, a otro que implica mayor complejidad, como es el ensayo —uno de los géneros en que mayor maestría, desenvoltura y, hasta, desenfado se ocupó la pluma del pensador regiomontano. Tal empeño y dedicación en dicho género, nos hace esperar que no sólo lleguemos a probar la vinculación con la hipotética *Depuración de América*, sino que la cantidad de temas y nexos (tanto de carácter inter como de transtextualidad) se incrementen al pasar revista al “Discurso por Virgilio”. Eso, si nos ceñimos nada más a lo cuantitativo, pero en el aspecto

cualitativo debemos de tener presente que estamos ante una obra cuya adscripción genérica es ficcional, como es el ensayo; al atender la prosa de los diarios resulta evidente su claridad, en el sentido de que sus ambigüedades no son de un orden literario, ya que no se recurre al lenguaje figurado —contrariamente a lo acontecido en el género ensayístico en donde todo esto pareciera tratarse de una condición necesaria para su existencia misma, toda una *avis raris*.

1.5. Estrategia interpretativa en “Discurso por Virgilio”

En el prefacio de su colección de ensayos *Tránsito de Amado Nervo*, se hace explícita como la finalidad de la crítica, el estar normada por postulados de la vertiente romántica; debido a que, la comprensión del autor se inserta como el *leitmotiv* de todo buen ejercicio del comentarista. En esta concepción, el horizonte existencial del crítico, en buena parte, tiende a subsumirse en el pasado reverencial del autor, sin la necesaria mediación textual entre ellos. A modo de advertencia, donde no tan sólo va de por medio la gravedad del equívoco, ni la indolencia de la incomprensión al maestro, sino la acusación de culpa por desacato — término que además de significar la acción de desobediencia a las autoridades, también designa, mediante la terminología legal, una manera de transgredir la ley, de delinquir—, leemos en el texto que,

Entrar en la interpretación de un hombre es cosa que requiere delicadeza y piedad. Si se entra en tal interpretación con una filosofía hostil a la que inspiró la vida y la obra de aquel hombre, se incurre en un error crítico evidente y se comete, además, un desacato²².

Sin embargo, en cuanto a la asignación de sentido, tanto a la vida como obra del poeta latino Virgilio, dentro de la “tradición cultural de Occidente”, esta sujeción interpretativa no será la que guíe la construcción hermenéutica del “Discurso por Virgilio”. Si bien, en una carta enviada a Charles Maurras en el año de 1931, se dice del “Virgilio”, ser un

²² Reyes Alfonso, *Obras completas*, Tomo VIII, Fondo de Cultura Económica, México, 1998, p.11

alegato por la latinidad²³; aun cuando persiste ese aire legalista, encontramos una exégesis más libre y flexible, menos ceñida a las exigencias del pasado del autor y más dispuesta a “echar mano” de su objeto de lectura. Desde este momento, la clave de inmersión en el pasado será posibilitado por una mediación, la cual sería “lo americano” (en líneas más adelante explicaré el entrecomillado), como queda asentado en el Diario:

En noviembre concebí la idea de escribir sobre Goethe, para el segundo centenario de su muerte, marzo de 1932, un estudio paralelo al “Discurso por Virgilio”, es decir, acercando a Goethe a nuestro mundo americano, que podría yo enviar a Contemporáneos²⁴.

La americanización hermenéutica que se hace de la obra y autores canónicos del pasado occidental —en el caso de Virgilio (a propósito del segundo milenario) o en el de Goethe (por los dos siglos de su muerte) —, es parte integrante de una estrategia que ampliará sus alcances hasta toda una región temática de la obra del escritor y diplomático mexicano, a partir de la fatídica década del cuarenta. Ignacio Sánchez Prado, en su ensayo “Alfonso Reyes y la crítica clásica. Notas para una genealogía”²⁵ realiza un bien fundado estudio acerca del libro *La crítica en la edad ateniense*, este texto se encarga de indagar la manera en que Alfonso Reyes abordó los estudios helénicos, que durante la etapa tardía de su obra fueron de gran relevancia. Serían tres los principales componentes que singularizan el “helenismo” de Reyes a partir del cuarenta: 1) Un objeto de interpretación ligado a la política nacionalista, debido a la necesidad de crear una cultura política moderna (entreverada a la noción de *Paideia*, estudiada por Werner Jaeger); 2) Una perspectiva primordialmente presentista del orbe heleno, cuyos signos más notables resultan en una escritura poblada, deliberadamente, de anacronismos; 3) El móvil pedagógico, más que de erudición, de esta serie de estudios; ya que son dirigidos a un público amplio al cual se busca incorporar al ejercicio de ciudadanía. Según Sánchez Prado, toda esta torsión del acto interpretativo, estaría en relación estrecha con las potencialidades históricas de América,

El proceso de politización y deshistorización de la cultura grecolatina implícita en *Paideia*

²³ *Ibid.*, Patout, “Apéndice II”, p.669.

²⁴ Reyes Alfonso, *Diario 1930-1936*, edición a cargo de Jorge Ruedas de la Serna, Fondo de Cultura Económica, México, 2011, p.53.

²⁵ Ignacio Sánchez Prado, “Alfonso Reyes y la crítica clásica. Notas para una genealogía”, *Revista Anthropos. Huellas del conocimiento*, núm. 221, Barcelona, 2008.

era muy cercano al afán de Alfonso Reyes de actualizar la cultura grecolatina y ponerla en juego en la formación de una utopía americana.²⁶

Líneas más adelante, agregando uno de los paralelismos de la obra de Reyes con la obra de Werner Jaeger, señala el crítico que

El punto a enfatizar aquí es que las deliberadas imprecisiones y extrapolaciones del helenismo llevadas a cabo por Reyes subrayan el hecho de que, detrás del andamiaje pedagógico, opera un intento consistente de definición de un ethos cultural promovido por su visión de la alta cultura en la cual la cultura grecolatina, al igual que en el Jaeger de Weimar, funciona ante todo como un *exemplum*²⁷.

Esta forma interpretativa de proceder, que analiza Sánchez Prado, posiblemente, tuvo en el ensayo de “Discurso por Virgilio” un antecedente o, al menos, una fuente de similitudes con los posteriores trabajos “helenistas” de Reyes. Sin embargo, cuando tratamos de esa lectura situada “desde lo americano”, es menester agregarle un matiz, pues no siempre, en la obra Alfonsina, se percibió y valoró de igual forma el ser Continental. Por otro lado, esto que llamamos estrategias de lectura en “Virgilio” (aun cuando su autor lo haya expresado así en el extracto que citábamos de 1932 de sus diarios) no necesariamente tendrían en su primer plano la totalidad americana; sino que pudieran haber otras formalizaciones hermenéuticas; creemos que en el “Virgilio” aquella (el significante “América”) se supedita su importancia a otros tópicos, como el de la Modernidad o el del Occidente como únicos modelos ontológicos válidos de formalización histórica.

También, guardamos ciertas reservas con la lectura que concibe que la cultura política en Reyes se desprenda de un *ethos*. Si prestamos atención a la teorización de la cultura que nos ha legado el filósofo Bolívar Echeverría, nos encontraríamos ante dos modelos, uno centrado en el *ethos*, o en sentido estricto “la dimensión cultural”, y el de la *paideia*, los cuales estarían insertos en paradigmas antropológicos y culturales diferenciados²⁸. Mientras

²⁶ *Ibid.*, p.100.

²⁷ *Ibid.*, p.102.

²⁸ En el libro *Definición de la cultura*, Bolívar Echeverría distingue el *ethos* de la *paideia* de la siguiente forma: “Más que el concepto de *paideia*, elegido por W. Jaeger (Paideia, la formación del hombre griego) en su politización nacionalista romántica de la tradición filológica alemana, es el concepto de *ethos* -hábito, costumbre, morada, refugio-- el que parece obedecer a la percepción que los griegos de la antigüedad tuvieron

el primero partiría de una situación en gran medida *existente*, en las situaciones cotidianas (significativas de por sí), desde una precodificación en la que se actualiza una comunidad política cualquiera. En cambio, la segunda, sería de un carácter sustantivo, en cuanto que tiene claras afinidades con la distinción moderna (mediante verticales jerarquizaciones), que distingue, a la vez que opone, una alta de una baja cultura, un modelo que sólo se desprende de la ficticia construcción de la occidentalidad desde el ámbito del poder del letrado. Esta última configuración es la que se emplea en la hermenéutica cultural en los textos americanistas de Reyes. Sin embargo, aun a los agregados que le podamos hacer a “Alfonso Reyes y la crítica clásica...”, creemos que sus proposiciones son valiosas, además de que nos ayudan a validar nuestra hipótesis: que la obra de *Depuración de América* bien pudo tener su lugar de inscripción en el cuerpo del “Virgilio” alfonsino (ya que, este ensayo, no tiene por protagonista al poeta latino, sino aspectos civilizatorios más genéricos).

Ya desde el primer apartado, de los quince que integran el ensayo, se hace explícito el interés de la construcción de “Virgilio”. Más que una aprehensión concreta del poeta, es su significación sintética, la que interesa al intérprete, pues serán los hilos de valor civilizatorio que en él se intersectan, los que van a tejerse y destacar en su discurso. En otras palabras, la pertinencia de Virgilio, dentro de este espacio textual, se establece en cuanto que representa (vuelve a traer al presente) la esencia de la latinidad en su conjunto. Todos aquellos dispositivos de politización, deshistorización y exposición didáctica o voluntad pedagógica, quedan justificados en el entendido de que: “La verdadera creación consiste en esto: la criatura se arranca de su creador y empieza a vivir por cuenta propia”²⁹. Y, en este juicio, “la criatura” no sólo se encuentra referida al producto de la actividad artística, sino que comprende por igual a los enunciados de la ciencia o de la moral.

La más contundente demostración de la universalidad de la obra del poeta latino tendría lugar en el acto interpretativo mismo, en cuanto que los significantes que se aglutinan en su obra, pueden ser invocados o sacados de su contexto de producción. En otras palabras, la

de la dimensión cultural a la que hacemos referencia. El eje del "modo de vida", el núcleo del *ethos* como *nous* ("espíritu") sería justamente el principio que le da su concreción a la coherencia de la realidad en su conjunto (*kosmos*), tanto natural como política.”

²⁹ Reyes Alfonso, *Obras completas* Tomo XI, Fondo de Cultura Económica, México, 1997, p.157.

esencia de estos enunciados, en lugar de perderse mediante la puesta en cuestión de sus condicionantes históricas, tendrían la cualidad de recontextualizarse en la resolución de los dilemas del presente. La actualidad, a la cual acude lo virgiliano, sería el de un momento de una supuesta indecisión cultural que “flotaría en el ambiente” de la escena intelectual americana; de allí que en el apartado introductorio del ensayo, se aclare el sentido de éste en los siguientes términos:

No quede, pues, lugar a duda. Se trata de un acto de latinidad. Se trata de una afirmación consciente, precisa y autorizada, sobre el sentido que debe regir nuestra alta política, y sobre nuestra adhesión decisiva a determinadas formas de civilización, a determinada jerarquía de los valores morales, a determinada manera de interpretar la vida y la muerte³⁰.

Como se puede apreciar, este cambio de estrategia hermenéutica en “Virgilio” difiere de aquella comprensión excesiva para el abordaje de otros textos, como los de Amado Nervo, ya que el horizonte existencial de nuestro comentarista así como el de su virtual auditorio, adquiere una mayor relevancia por sobre el de su objeto, ya sea el autor estudiado o, inclusive, todos aquellos mensajes dejados durante su vida. Hemos pasado de una crítica romántica, en cuanto que su ideal, casi unilateral, era el de la comprensión, tal vez no principalmente por una consecución epistémica, pero sí de una finalidad moral; a una *presentista*, donde los hilos de comprensión y explicación del pasado se politizan en función de una dilemática vigente. Donde, en cierta forma, la principal función de las inscripciones conceptuales y metafóricas del texto cumplen su autoridad en el tribunal del presente del autor implícito del texto.

1.6. Modernidad en el “Discurso por Virgilio”

Si como hemos señalado, que Virgilio (como personaje histórico de la cultura y la literatura) es suplantado por una totalidad cultural abstracta, lo latino, de la cual él sería uno

³⁰ *Ibid.* p. 157 y 158.

de sus más preclaros representantes; cabría el cuestionamiento de si esta misma totalidad, que se expone en su argumentación, no será el vehículo que subrepticamente pone en escena procesos históricos más contemporáneos y totalizantes. Si fuera este el caso, lo que saltaría a la vista, en primer lugar, sería la deshistorización a la que se someten los objetos del pasado, los cuales pueden detectarse en los planos más literales de la argumentación. Sin embargo, esta deshistorización no termina por presentarse en términos rotundos, pues no es una desidia contra la historia lo que le anima: su descripción termina por ser un documento apócrifo de los eventos de la historia antigua, pues su fuerza vital está contenida en su presente inmediato (también histórico). Por ello creemos que este discurso y sus entretejimientos, son la inscripción que tematiza la tensión dilemática entre una idea de una modernización occidental contra la facticidad de un mundo americano social y culturalmente heterogéneo. En tal sentido, la protagonista del ensayo “Discurso por Virgilio” es la Modernidad adornada con toda su pléyade de promesas, así como, también, de las acechanzas de sus temores y peligros; mientras los antagonistas sería el conjunto discursivo que, a veces sin definirse como antimoderno, se torna con desconfianza y recelo o que, inclusive, proponen una forma no tradicional o europea de experimentar la modernización.

Todo lo sólido se desvanece en el aire, reza el sugerente título de una de las obras capitales que la sociología ha dado sobre un tema tan acudido como el de la Modernidad. Marshall Berman, recientemente finado, establece las distintas líneas en que los procesos de modernización fueron experimentados por algunas de las mentes más sobresalientes de la Europa del siglo XIX (Rousseau, Nietzsche, Goethe, Marx, entre otros). Si hay un punto en común, entre las diferentes maneras de narrativizar lo moderno (lo que torna evidente su cualidad multívoca) y que se emparenta con la serie de ensayos histórico-políticos de Reyes, residiría en el sentido paradójal, tenso y angustiante en que la Modernidad ha sido (¿y sigue siendo?) experimentada; aun cuando por la superficie no lo parezca. Dice Berman,

Los entornos y las experiencias modernos atraviesan todas las fronteras de la geografía y la etnia, de la clase y de la nacionalidad, de la religión y de la ideología: se puede decir que en este sentido la modernidad une a toda la humanidad. Pero es una unidad paradójica, la

unidad de la desunión: nos arroja a todos en una vorágine de perpetua desintegración y renovación, de lucha y contradicción, de ambigüedad y angustia. Ser modernos es formar parte de un universo en el que, como dijo Marx, “todo lo sólido se desvanece en el aire”³¹.

En la peligrosa empresa del ser moderno se exponen dos formas nocivas y equívocas, a las cuales les opondrá una experiencia ficcional que podríamos denominar de “realista”. Sin duda que en Reyes hay una tácita afirmación de la acepción moderna que la concibe tal como un “dispositivo totalizante del mundo de la vida” (B. Echeverría), pero ante el peligro de sus más nocivas consecuencias (el tradicionalismo conservador o nihilismo) lo llevan a la construcción de una narrativa que le permita ser domeñada, además de promover a los sujetos capaces de formalizar su enmarañamiento de anomalías. En cierta forma, acudir a la tradición latina, en el “Virgilio”, a un lejano *continuum* histórico, pareciera explicarse en la necesidad de experimentar una Modernidad sin peligro, sin una evanescencia posible (o al menos una esencial).

El ensayo “Modernidad y capitalismo (15 tesis)”³², comienza con un comentario un tanto irónico acerca de cómo los modernos, de apenas comenzado el siglo veinte, concebían la modernización del mundo de la vida. La modernidad era planteada como un hecho histórico y cultural capaz de ser orientado o de tomar el sentido deseado por la humanidad, pues aún la ficción del sujeto moderno tenía eficacia. Entre aquellas formas demasiado inmediatas como para dar cuenta problemáticamente del fenómeno, estaba la de una continuidad de lo antiguo, o si se quiere, la de la dialéctica entre una tradición que se creía esencial y la novedad de lo moderno. Esta era la versión idílica en la que los antiguos modernos avistaban plácidamente su promisorio horizonte. Sin embargo, cuando uno lee el “Virgilio”, en sus ambigüedades y aporías —pues lo latino, el tiempo pasado, termina por difuminarse a las necesidades de lo moderno—, uno termina por preguntarse si estos no serán los indicios de una intuición tremenda y fascinante: la de que “todo lo sólido se desvanece en aire”.

³¹ Berman Marshall, *Todo lo sólido se desvanece en el aire. La experiencia de la Modernidad, Siglo XXI*, México, 2010. Ver. “Introducción. La Modernidad ayer, hoy y mañana”, p.1-27.

³² *Ibíd.* Echeverría Bolívar.

1.7. Dos concepciones del espacio moderno: “Virgilio” y “Anáhuac”

Aunque no resulta ser tan evidente en cuanto a la temporalidad moderna, donde se percibe una tendencia a la aproblematicidad (*cfr.* dos escritos extraídos de los *Diarios*); en “Virgilio” el dominio de la dimensión espacial por lo moderno, se describe y valora como un hecho irreversible, casi como un salvífico destino. El plano material, del proceso de totalización del mundo, es descrito de la siguiente forma,

El hecho de la intercomunicación humana es cada vez más dominante. El hombre es un nivelador de la geografía, y parece que hubiera traído al mundo el encargo de pulir y aislar la bola de billar que es la tierra. “Ya no existen los Pirineos”, es nuestro grito del corazón. El ideal de la raza humana es —etimológicamente hablando y sin sombra de intención eclesiástica— un ideal católico, que quiere decir universal. Todas las agrupaciones cerradas, diferencias y fronteras nos parecen meras necesidades impuestas por las leyes de la economía, por la gravedad de las masas sociales, por la gran regla de la repartición del trabajo³³.

La articulación naturaleza/humanidad lejos se encuentra de ser abordada desde una perspectiva romántica; todo lo contrario, su sentido genuino, dentro del texto, se explica a través de una lucha, en la cual el hombre ejerce, inexorable y progresivamente su poder por sobre el orden natural. Cabe decir que, esta hegemonía, responde a un motivo teleológico: el predominio de una configuración nueva, moderna, en la cual, teóricamente, la principal relación que se instauraría habría de ser intersubjetiva o espiritual.

Aunque también es justo decir que en esta confrontación, más que una lucha ancestral, estamos ante la tematización de uno de los aspectos de la emergencia moderna. En la cita precedente puede notarse el modo en que el ser del hombre adquiere su definición a partir de un juicio unívoco (o con pretensiones de universalidad): “es un nivelador de la geografía (...) que quiere ser universal”. Contradictoriamente, sin embargo, pocas líneas adelante el texto mismo contradice tal enjuiciamiento, ya que incorpora la existencia de otra porción de

³³ Reyes Alfonso, *Obras Completas* Tomo XI, Fondo de Cultura Económica, México, 1997, p.170.

hombres, cuya ubicación ontológica resulta imprecisa, si no es que equívoca: “las masas sociales” con el fardo de su “gravidad”. Por sobre el optimismo retórico, posibilitado por la insistencia de felices sinécdoques, hay que destacar esta fisura del discurso, donde las masas (los más) son descritas en función de su inercia, cual si fueran un objeto propio de la física, lo cual se presta más para destacar el relieve de sus cualidades naturales, que el de sus componentes de cultura. Inclusive su naturaleza es una de las causas de que la deseada nivelación del mundo no sea una realidad. De forma velada, se despliega en el texto que no todo hombre trae consigo un ideal ecuménico o, incluso, la aristocrática tesis en la cual no todo hombre llega a ser digno de humanidad.

Inclusive, no parece fortuito encontrar en uno de los libros escritos por José Ortega y Gasset³⁴ —publicados en la misma fecha de “Virgilio” (1930) —, *Revés de almanaque*, un aforismo cuya composición es bastante semejante, en cuanto su aristocrática apropiación, a la del mexicano —aunque hay que indicar que, en cuanto al diagnóstico histórico, hay importantes diferencias. Veamos la forma en que son descritas “las masas” y su funcionamiento por el filósofo español,

Ahora bien: lo poco que puede el espíritu intervenir en la historia lo lograban antes aquellas minorías. La masa no se dirige, sino que gravita a donde la lleva su peso bruto; por eso es ésta una de las épocas —¡quién lo diría!— en que la historia va más a la deriva de su mecánica irracional y se halla menos en su propia mano³⁵.

Sin embargo, eso que en “Discurso por Virgilio” tiende a ser categorizado, no sin un aparente intención despectiva, como lo “geográfico”, adquiere en textos anteriores otra connotación. Ya que funciona como una dimensión espacial posibilitante, por un lado, para la emergencia de un sujeto moderno, tal como un ser político y, por otro, el de propiciar un encuentro social: el delinear una común sensibilidad ante el paisaje. Este tema no es ninguna novedad, en la brillante y lejana obra Alfonsina de 1915, “Visión de Anáhuac

³⁴ En términos generales, este filósofo, referente del pensamiento español de la pujante “generación de plata” de las letras hispanas, tuvo un papel fundamental en la región latinoamericana durante, a partir década del veinte. Pero, en lo particular, sus vínculos con Alfonso Reyes fueron todavía más intensos; ya que éste participó como columnista en periódicos dirigidos por Ortega, *El Imparcial*, *El Espectador* y *El Sol*, donde se hizo cargo de su sección de Historia y Geografía.

³⁵ Ortega y Gasset José, *Obras Completas* Tomo II, Alianza Editorial, Madrid, 1983, p.810

[1519]”, ensayo emblema, la geografía es la entidad que intercede para suturar los hilos de comunidad que tejen la nación, amenazados y que, en cierta forma, habrían sido puestos en suspenso, a consecuencia de las luchas revolucionarias en México. Ante una circunstancia de desesperanza, la historia (como tradición de una colectividad) no tiene el peso específico para cumplir como la cimiento de ese ser nacional. Invertiendo los términos, en el texto de “Anáhuac” se privilegia la espacialidad (en su interacción con distintas comunidades) como la restauradora del conflicto, producto de una heterogeneidad radical.

Mediante la adopción de variados recursos poéticos tales como la prosopopeya, en “Visión de Anáhuac [1519]” el texto presta relieve a la animada hostilidad de la “geografía mexicana” —hay que anotar que el paisaje de la zona central del país es generalizado la totalidad de éste, aun cuando sabemos de la diversidad existente. De ese modo, al referirse al valle del Anáhuac señala,

Semejante al escrito de esos desastres, el agua vengativa espiaba de cerca a la ciudad; turbaba los sueños de aquel pueblo gracioso y cruel, barriendo sus piedras florecidas; acechaba, con ojo azul, sus torres valientes³⁶.

Hombre y naturaleza despliegan en la crispación de una ambivalente tensión creadora, la constitución de un ser moderno e, incluso, las instituciones que terminarán por validarlo. De tal forma que, la brava y terrible naturaleza del Anáhuac, inclina al hombre a perfeccionar su organización social, encumbrada en el Estado,

Abarca la desecación del valle [del Anáhuac] desde el año de 1449 hasta el año de 1900. Tres razas han trabajado en ella, y casi tres civilizaciones —que poco hay de común entre el organismo virreinal y la prodigiosa ficción política que nos dio treinta años de paz augusta. Tres regímenes monárquicos, divididos por paréntesis de anarquía, son aquí ejemplo de cómo crece y se corrige la obra del Estado, ante las mismas amenazas de la naturaleza y la misma tierra que cavar³⁷.

Pero a la vez que el acontecimiento político encuentra su realización en tales afanes; también, en la intuición del ser nacional, se escenifica una subyacente sensibilidad

³⁶ Reyes Alfonso, *La X en la frente*, UNAM, México, 1993. “Visión de Anáhuac”, p.67.

³⁷ *Ibíd.* p.67

compartida, la cual comprendería a todas las razas y a todos los tiempos que se dan cita en este hirsuto y arisco espacio natural y social. En una especie de esbozo preparatorio, o premonitorio, de lo que en décadas más adelante el escritor cubano José Lezama Lima —en la recopilación de conferencias de *La expresión americana*³⁸— iba a afirmar sobre la potencia cultural del paisaje, Reyes corona y concluye “Visión de Anáhuac” con lo siguiente,

Cualquiera que sea la doctrina histórica que se profese (y no soy de los que sueñan en perpetuaciones absurdas de la tradición indígena, y ni siquiera fío demasiado en perpetuaciones de la española), nos une con la raza de ayer, sin hablar de sangres, la comunidad del esfuerzo por domeñar nuestra naturaleza brava y fragosa; esfuerzo que es la base bruta de la historia. Nos une también la comunidad, mucho más profunda, de la emoción cotidiana ante el mismo objeto natural. El choque de la sensibilidad con el mismo mundo labra, engendra un alma común³⁹.

Si en “Visión de Anáhuac” el “esfuerzo”, como “base bruta de la historia”, tuvo por benéfica consecuencia el nacimiento de una comunidad política, cuyo corolario se encuentra en el perfeccionamiento estatal. La sensibilidad común, la traslación cultural de aquellos afanes, se ve recompensada en la construcción de lo nacional (un “alma en común”). La apropiación del espacio como dimensión civilizatoria, en este escrito de 1915, evidentemente desborda las degradadas cualidades que se le adjudican en el texto de quince años después: “Discurso por Virgilio”.

Si partimos del postulado en el cual el espacio o la geografía se tornan significativos en función de su “nivelación” —o de su eliminación en pos de hacerse, en la medida de lo posible, cada vez menos un obstáculo a la comunicación humana—, bien cabe cuestionarse acerca de cuál sería la composición del *continuum* que le permita al “Virgilio” sustentar, ya no sólo la existencia de una ontología de lo nacional, sino hacerla extensiva a la magnitud continental. Creemos que en el ensayo del treinta, se establecerá en la temporalidad

³⁸ En “Mitos y cansancio clásico”, con la cual inaugura sus conferencias dictadas en la Universidad de la Habana, Lezama Lima reflexiona acerca del impacto de la sensibilidad humana ante el espacio, señala: “Determinada masa de entidades naturales o culturales, adquieren en un súbito, inmensas resonancias. Entidades como las expresiones, fábulas milesias o ruinas de Pérgamo, adquieren en un espacio contrapunteado por la *imago* y el sujeto metafórico, nueva vida, como la planta o el espacio dominado”.

³⁹ *Ibíd.*, Reyes, p.88 y 89.

moderna, como en una tradición transcultural, que fluiría tanto en el ser de lo mexicano como el de Hispanoamérica.

En “Visión de Anáhuac”, la historia, o los hilos tejidos por la tradición se encuentran fracturados; de modo que, si en el texto, lo histórico ha de adquirir validez, va a deberse a un acto contemplativo/empático del espectador, al presentársele en la palestra textual, esas tres distintas razas —que más que encontrarse unidas por la semejanza pareciera deberse a la contigüidad— en su persistente esfuerzo en domeñar la cuenca del Valle de México, pero poco se confía a una comunidad nacional histórica estable. En “Virgilio”, en donde la viabilidad de la nación ya no se halla en vilo, la evolución histórica es la voz cantante del ensayo. La vivencia de una temporalidad moderna, es decir, signada por el progreso, se confunde con las propiedades de la civilización latina. Esta imbricación entre el modo de ser latino, capaz de trascender hasta las relativamente recientes repúblicas de América, queda expuesto cuando precisa el motivo central de su exposición: “Pero venimos haciendo profesión de latinismo histórico, de latinismo evolutivo...”⁴⁰.

1.8. Un trasfondo polémico: la experiencia de la temporalidad moderna

Esta presentación diferenciada en la concepción del espacio, de cara a los procesos civilizatorios, en el pensamiento de Alfonso Reyes, nos sirve para indicar cómo en la exposición en “Discurso por Virgilio” hay una coherencia con las sendas citas del 24 y 29. Esto pareciera ser índice de una recomposición de la estructuración discursiva del ser americano. El espacio pierde esa cualidad de brindar una cierta concreción a una comunidad determinada, para así privilegiar su aspecto abstracto. Este atisbo de telurismo que se contempla en el “Anáhuac”, se desplaza por una argumentación universalista, tanto en las sendas anotaciones en el diario, como del ensayo escrito en 1930.

⁴⁰ Son estas las palabras con las que comienza el onceavo apartado de su ensayo, “Discurso por Virgilio”, en el cual se pretende replicar a las “ideas perspectivistas” (más adelante se ahondara en esto). Ver., Reyes Alfonso, *Obras Completas* Tomo XI, p.168

Ya hemos señalado cómo el significante *Virgilio* es subsumido textualmente por otro más genérico, el de *la latinidad*. De igual forma, pensamos que ésta, dentro del discurso, tampoco es la latinidad concreta, histórica. Como el propio texto se ha encargado de señalar, entretejidos se hallan tanto lo latino, lo histórico y lo evolutivo. Cabe decir que, por sobre los otros elementos civilizatorios, el que termina por primar es el de la evolución; en el sentido de que garantiza la constitución de una noción dura de continuidad histórica. Tampoco se debe dejar de anotar que el tiempo evolutivo no pareciera ser propio de otra estructura mental sino de la moderna. Es decir que, a pesar de los esfuerzos de Reyes por encontrar este dispositivo temporal en la lejanía de los ancestros, para idealizarlo o mitificarlo, la justificación que logra construir debe menos a una construcción histórica que la de una estrategia retórica. Veamos el modo en que se defiende esta postura,

Pero ¿quién ha dicho que el espíritu de la gran poesía queda limitado a los contornos de una sola lengua? ¿Quién ha dicho, sobre todo, que una gran civilización no puede volcarse como el agua misma en vasijas diferentes? No sólo nosotros recibimos la sustancia latina a través de España, evidencia que nadie niega. Sino que los mismos pensadores británicos —ellos que ven el paisaje desde la otra orilla de lenguas y de razas— no dudan a veces en reconocer que, en los cimientos de su formación nacional, las piedras fundamentales han venido de Roma. El concepto de la civilización latina es ancho y elástico. No sólo salta barreras de religión, puesto que tan latinas son las ruinas del Foro pagano como la cúpula católica de San Pedro. Porque toda civilización adelanta modificándose, y las aguas que entran al mar no son ya las mismas que habían bajado con los deshielos de las cumbres. ¡Y todas son el mismo río! Acrecido al paso con afluentes, batido con otras sales del suelo, alterado con otros regímenes de climas y lluvias, pero siempre —en el saldo de su corriente y las erosiones que traza por la tierra— el mismo río⁴¹.

A través de cuestionamientos retóricos, además de dar por evidentes, hechos que resultan dudosos, la latinidad se conceptualiza por su amplitud y capacidad de adaptación a contextos distintos a los que ella respondía originalmente. Recordemos las conclusivas tesis de “Visión de Anáhuac” y la forma en que dubitativamente se aclaraba al lector, de no contar con adherencias absolutas a perpetuaciones hispanas ni, mucho menos, indígenas.

⁴¹ *Ibid.*, p.159.

Aquí, se vuelve un axioma “lo hispánico” como entidad histórica que constituye esa unidad ontológica, aquel “nosotros”, pues habría vertido la sustancia latina en la entraña de la América hispana. Acudiendo al argumento de autoridad, “los pensadores británicos”, Reyes señala que inclusive entidades históricas que en algún momento se llegaron a creer como antitéticas y distantes al espíritu latino —pensemos tan sólo en el antisajonismo de ensayos canónicos del latinoamericanismo, como los Rubén Darío y José Vasconcelos⁴²—, comulgan con ese espíritu latino.

Vemos que todo este manantial de enunciaciones confluye en el afán de convencer al auditorio de la cualidad universal del mundo latino. Pero todo ello, no puede dissociarse de la aspiración por darle un sustento histórico a las nociones de progreso y continuidad. La angustia, producto de la transmutación o el desvanecimiento de la experiencia modernizadora, tiende a atenuarse cuando cobra un sentido de perfección y trascendencia: “Adelantar modificándose”. La parte final del extracto citado, cuyo razonamiento resulta ser un simulacro de los opúsculos de Heráclito, pareciera explicarse como una estrategia provocativa, cuyo fin es transmutar por medio de imágenes, una eventualidad cultural o civilizatoria en una esencia cuyo orden es natural —emparentando la dimensión de la *polis* en el resguardo tranquilizador de la *bios*. Esta conjunción de dominios es fundamental para la articulación de una categoría clave de este texto: la evolución.

Para continuar el escudriñamiento de toda esta secuencia de meandros discursivos, vamos a intentar darle seguimiento a las inscripciones polémicas dentro del corpus textual de “Virgilio”. Tal como hemos venido haciendo hincapié en las dos citas de sus diarios personales (1924 y 1929), como también aquí, encontraremos referencias a los mismos personajes con los que se desacuerda: Waldo Frank, José Vasconcelos y Oswald Spengler. Sólo que en “Discurso por Virgilio” encontramos un fresco más poblado, tanto de personajes e ideas. En principio, porque la argumentación en el texto va a realizarse en dos secciones. En la primera parte, la crítica a sus adversarios tendrá lugar desde un plano más general (el de la cultura y la occidentalidad), en el cual va a procurar explicar las condiciones históricas a la que responden los discursos con los que discute, además de lo

⁴² El ensayo de “El triunfo de Calibán” de Darío o el libro *Raza Cósmica* de Vasconcelos.

que considera sus deficiencias; cabe decir que la pléyade intelectual aludida en la primera sección del comentario serán europeos en su totalidad. Más adelante la crítica va ceñirse a un cuadro más específico, el de la recepción de tales ideas por parte de los pensadores americanos, en concreto Vasconcelos y Frank, donde el tono va a procurar la mesura, aunque si atendemos los indicios de los diarios, entenderemos que la voluntad de polemizar es indudable. Ello va a desembocar en que Reyes argumente su postura al respecto y nos presente cuál es su concepción del ser americano.

1.9. Ciencia y (anti) modernidad

La primera forma en que se confronta polémicamente el ambiente “decadentista” de la época será mediante una pregunta que pone en cuestión el resurgimiento de un pensamiento que, vistas las ideas desde una perspectiva desarrollista, parecieren vivir en un desfase temporal (una especie de fantasmagorías del espíritu occidental). Éste, se debería, en gran medida, al excesivo peso que el pensamiento actual brinda a los determinantes geográficos, dice:

¿Dónde nació esta egolatría, esta manía geográfica que a todos nos tiene contaminados, y que nos lleva a considerar con exagerado respeto los datos de latitud, longitud y altitud, como si ellos condicionaran de modo absoluto el ser de la gente?⁴³

Pareciera, en primera instancia, que las críticas se dirigen contra alguna vertiente del determinismo geográfico, enarbolado por ciertas corrientes científicas (naturales o sociales), muy propias de mediados y finales de la era decimonónica que, inclusive, algunas destacaron como hegemónicas en la órbita intelectual en la América Latina de inicios del siglo veinte. Pero no, los intelectuales, tanto como los campos disciplinares, extrañamente, van a ser otros. Según el texto, si en algún momento se correspondió el pensamiento geográfico con el momento de la evolución espiritual fue en la Francia decimonónica: Jules

⁴³ *Ibíd.*, Reyes, p.168

Michelet, Ernst Renan o Maurice Barrès serían ejemplares de esta correspondencia. Cuya característica, sería la de una sobrevaluada importancia a las determinaciones regionales como fuentes para la intelección del espíritu de una comunidad nacional, en este caso la francesa.

Pero, como señala texto, dicha estación del espíritu, ya habría sido superada o, más precisamente se habría “vencido”. Aun así, surge el dilema de su persistencia en distintas esferas de su presente intelectual, ya que tendría lugar en un contexto civilizatorio al cual ya no le sería propio, pues éste ha mantenido su progreso. ¿Cuál va a ser la explicación que Alfonso Reyes brinde a sus lectores acerca de la engañosa persistencia de “la megalomanía geográfica”? Como veremos a continuación, serán dos las formas en que se subsane esta paradoja, señala el texto,

Muchas ideas arrumbadas como inservibles, y que parecían ya derrotadas antes de la guerra europea, pero que entonces fue conveniente resucitar a manera de armas de ataque, han recobrado con creces su antiguo honor. Por el camino real que conduce desde Gobineau a Keyserling, a través de Frobenius y Spengler, entró la filosofía perspectivista y comenzó a lanzar trazos para triangular y medir el contenido de las razas y las culturas. Y aquí vino también a juntarse el auge singular de la etnografía, del *folklore* y de la arqueología, que a los penetrantes ojos de Ortega y Gasset se ha presentado como la recién nacida en la familia de las bellas artes⁴⁴.

Una de las primeras aclaraciones en el “Discurso por Virgilio”, acerca de la anomalía ya indicada, será una explicación sustentada en la situación histórica del momento. La difusión de esta abigarrada “filosofía perspectivista” tendría su razón de existir, en cuanto expresión ideológica de un contexto anómalo, producto de una situación de conflicto como de resentimientos nacionales. Es claro que la constricción a dicho contexto, en este conjunto

⁴⁴ *Ibíd.*, p.169. En cuanto a la referencia a Ortega, el texto con el cual está en pugna no puede ser otro que el ensayo de “Las Atlántidas” (1927). Nada más contrapuesto a las tesis del “Discurso por Virgilio” que las siguientes: “La vieja idea de los griegos y romanos eran los pueblos “clásicos”, corroborada por el hecho de que nuestra civilización ha recibido de ellos profundas influencias, dio origen a este pernicioso favoritismo. Pues bien: hoy las cosas han cambiado. La filología clásica parece haber caído en súbita esterilidad, al tiempo que en su derredor surgen nuevos problemas gigantescos, de dimensiones vastísimas, ante las cuales el helenista o el latinista nada o muy poco tienen que decir. Ha producido esto un rápido desplazamiento de la filología clásica hacia un plano más modesto de la atención científica. En su lugar, jóvenes disciplinas avanzan y atraen la curiosidad de los mejores. Así la prehistoria y la etnología.”

de ideas (y que no se especifica en el texto cuáles), al ser representativos de una historicidad específica, quedan deslegitimados, pues hemos visto que la universalidad de las ideas lograría trascender sus condicionamientos inmediatos. Aun cuando parece injusta la caracterización de estos pensadores, hay un sospechoso vacío en la argumentación, pues no hay indicación alguna de cuál sería la filosofía que se ajustara a una temporalidad ya normalizada, ¿ha nacido ya?, ¿cuál sería su estructura disciplinar, en el caso de existir?

En este supuesto resurgimiento del “perspectivismo”, no tendría ningún peso en la balanza los posibles asertos explicativos, que pudieran contener determinadas proposiciones de esta corriente de pensamiento. Tampoco nos deja de llamar la atención, la manera en que se da cuenta de los rasgos constitutivos de todo este variado conjunto. Pues, como si se tratara de los más puros representantes del positivismo científico, estos pensadores miden, trazan; es decir, evalúan cuantitativamente la naturaleza racial y cultural de los pueblos. Esta descripción tan científicista resulta ser apócrifa.

Me parece más que preciso, señalar una sospecha a los apuntes críticos alfonsinos. Más que desprenderse (de los trabajos de los autores aludidos por Reyes), un chauvinismo agresivo o una “egolatría”, lo que ellos tendrían en común, al menos en Keyserling, Forebenius, Spengler y, hasta de José Ortega y Gasset (en algunos pasajes de su obra, en aquellos donde se encuentra al mejor “Ortega“) es que muchos de sus postulados indican hacia una descentralización, a veces incluso sin proponérselo, del esquema monocultural de Occidente. Es importante indicar que esta pléyade tuvo incidencia entre los intelectuales americanos de la época, los cuales estaban ávidos de referentes teóricos, empíricos e, incluso, empáticos, en su empeño de transformarse en agentes de una modernidad alternativa a la que se había impuesto a la región; es decir, diferenciada de la europea⁴⁵. Resulta evidente que la censura que se lee en el “Virgilio”, no responde a esa supuesta ciencia cuantitativa de las culturas, sino en haber estudiado a éstas, muchas veces, desde

⁴⁵ La obra de Leo Frobenius tuvo su resonancia en los jóvenes que impulsaron el movimiento de la negritud (Aimé Césaire, Leopold Senghor, etc.), en cuanto a que tuvo impacto positivo en la visibilización y valoración de sus raíces olvidadas. Como señala Sergio Ugalde, en *La poética del cimarrón*: “Muy importante para su descubrimiento de la grandeza cultural del continente africano fue la lectura de Leo Frobenius. En los libros de este etnólogo alemán encontraron un origen deslumbrante. La historia de la cultura negra no sólo era el recuento de una serie de humillaciones; era también, de manera notable, el relato de un pasado grandioso.”

ellas mismas y no bajo los dictámenes de un *tempo* y una sustancia occidental.

La segunda vía explicativa de la existencia de la “filosofía perspectivista”, estriba, ya no en ser una remanencia de un tiempo caduco, sino en la emergencia de nuevas disciplinas o ciencias que han legitimado ese tipo de pseudohistoricidad. Ellas serían tres, como se ha expuesto en la cita: la etnología, la arqueología y el *folklore*. Si hemos de encontrar una vinculación entre ellas es que, en mejor o peor medida, todas ellas se son afines en su exploración del Otro, del no-europeo. La etnología, como ciencia, que todavía no daba los tremendo frutos que actualmente conocemos, tendría por objeto el Otro presente; los grupos humanos realmente existentes. El folklore, sin tener el estatuto de una ciencia, sí conviene a una cierta sensibilidad, la mayor de las veces poco profunda, de los objetos y sus creadores no occidentales. La arqueología se sumerge a los confines del tiempo, aquel donde todavía no existía modernidad, para el estudio de aquellas lejanas civilizaciones Otras, que tanta perplejidad causaron a Ortega y Gasset como para llamarlas las Atlántidas.

Esta irrupción de la diferencia en los campos disciplinares es, declaradamente, combatida por implicar una posición antimoderna. Es decir, en “Virgilio”, se les da un margen de legitimidad, pero menguada; ya que sólo tendrían validez para un cierto tipo de comunidades humanas: los pueblos primitivos. Aun cuando en verdad fueran ciencias y sean fuente de conocimientos verdaderos, su impacto sería irrelevante para todo aquél civilizador interesado en la vida práctica. Estas disciplinas serían incapaces de capturar el tiempo moderno, el verdaderamente histórico; en cambio, si hacemos uso de la terminología braudeliana, sólo servirían para estudiar aquellas hebras temporales de largo aliento o duración. Veamos cómo se plantea en el “Virgilio”,

Quien niegue que la planta humana se matiza diversamente en la diversidad de tierras y climas, será ciego y sordo. Quien niegue su importancia fundamental a este hecho cuando se trata de pueblos primitivos y aislados, de cunas de civilizaciones, será ignorante. Quien partiendo de ese solo dato vegetal quiera establecer una historia del pensamiento moderno, se equivocará groseramente. Y mucho más se equivocará si se empeña en fundar una política *moderna*, es decir, un sistema de preceptos de inmediata aplicación, sobre evoluciones geográficas cuyo ritmo milenario es tan lento que escapa completamente a la

utilidad social.⁴⁶

Es decir, tanto “los pueblos primitivos” (objeto de la etnografía), como aquellas “cunas de civilizaciones” (estudiadas por los arqueólogos), tendrían su fundamento en un tiempo carente de historia: la evolución geográfica. En contraparte, habría otra humanidad refractaria a tales disciplinas, como sus respectivas *epistemes*. Sería el caso del hombre moderno, que tendría los atributos de la acción política como la histórica; ya que, se adaptaría a las eventualidades o situaciones cambiantes, ocasionadas por un mundo estructurado por el progreso técnico y científico, así como (uno supondría), que también lo haría desde los planos estéticos y morales. Pero, entre la clasificación humana que nos presenta el texto, no sólo es destacable que hay una clara jerarquización entre comunidades cuya temporalidad depende todavía de la naturaleza y otra que ha logrado hacer suyo un *tempo* genuinamente humanizado; sino que encontramos una observación reveladora. Si bien se desecha la eficacia de la etnología y de la antropología para dar cuenta del hecho humano en todas sus potencialidades; curiosamente, Reyes, desliza, casi subrepticamente, una vía legítima de explicación, más coherente con los principios de la modernidad,

Aparte de que lo propio del animal que somos es reducir cada vez con más éxito la importancia de los impulsos pura y exclusivamente animales, educándolos y conduciéndolos a determinados fines que no han venido desde afuera, sino que han brotado de la conciencia centrífuga. ¡Si hasta la determinación de la forma humana, fruto del trabajo y control de las hormonas retardatorias sobre la materia del Calibán primitivo, sería, en las autorizadas teorías de Bolk, el efecto de una fuerza interior contenida ya en la semilla de nuestra especie, y no el resultado de modelaciones causadas por el medio ambiente⁴⁷.

La interpretación de este oscuro pasaje, en el cual se cita como autoridad, la teoría antropobiológica de Louis Bolk, no sólo se antoja complicado, sino que es una encrucijada para la comprensión de las afinidades científicas que establece el texto. Las proposiciones del anatomista y biólogo holandés tienen por base dos explicaciones con las cuales se pretende dar cuenta del hecho humano. A diferencia del evolucionismo clásico, basado en la adaptación y selección de la especie; en esta teoría los modeladores cruciales para lo

⁴⁶ *Ibid.*, p.169.

⁴⁷ *Ibid.*, p. 170.

humano, serían tanto la noción de primitivismo (al cual se refiere el texto con la imagen de “Calibán”); así como, en segundo lugar, la precaria especialización del hombre en comparación con otras especies mamíferas. En un interesante estudio, de Anselmo González Jara, nos presenta una breve síntesis de las ideas del anatomista holandés,

Estas propiedades son comunes al hombre y a los primates. Mientras que el hombre las retiene y se mantiene en un estadio primitivo, fetal, no evolucionado, y sin especialización, los primates siguen el curso normal de la evolución y adquieren la especialización correspondiente. Así pues, lo esencial de la constitución humana, en su conjunto, es el carácter fetal de las formas. Este es un hecho insólito que necesita explicación. Bolk encuentra la explicación en una ley singular y especialísima que rige en el ámbito humano. Esta ley que hizo posible la hominización (*Menschwerdung*) es la retardación del desarrollo humano (*Anthr. Forsch.*, 47)⁴⁸.

Para llevar a cabo la interpretación del pasaje anterior del “Discurso por Virgilio”, vamos a hacer un análisis de sus posibles sentidos. El primero de ellos —el más próximo a los grados más literales de la significación— pareciera defender la existencia de una suerte de innatismo biológico, a partir del cual se daría la humanización de la especie. Ante todas aquellas disposiciones impulsivas o instintivas que, en un cierto grado, lo pondrían en el mismo nivel de otros ejemplares del género de los mamíferos, el hombre logra modelarlas o formalizarlas por medio de lo que llama “la conciencia centrífuga”, una especie de germen (en el caso de Bolk un trabajo retardatario hormonal) que no contendría lazo alguno de dependencia con la situación cultural o histórica del individuo. Hay que destacar la función del término de “conciencia” en este contexto de la teoría primitivista de Bolk, pues no daría a lugar; debido a que los procesos que se describen, escapan a ella, pues su naturaleza serían plenamente inconscientes (más todavía que en el sentido freudiano); en cuanto a que son disposiciones absolutamente dictadas por la *bios*.

La segunda hebra que se podría desprender de “la conciencia centrífuga”, no la entendería como una disposición individual y biológica, sino colectiva y, por tanto, cultural. Es decir, apela a una determinada totalidad social (la moderna occidental) cuyos contenidos

⁴⁸ Anselmo González Jara, “El hombre según la teoría antropobiológica de Arnold Gehlen”, Universidad Javeriana. Enlace: dspace.unav.es/dspace/handle/10171/1837

culturales serían obtenidos de una manera innata, en cuanto serían universales (no dependerían de las determinaciones espacio-temporales). Aquí la condicionante externa (o “centrípeta”) estaría significada por el regionalismo o localismos de la geografía. La conformación del ser del hombre se daría a través de una serie de valores ya dados, los cuales dan un orden a sus instintos educándolos hacia la constitución del ciudadano de la *polis*. Si este fuera el caso, sin embargo, se terminaría por hacer legítimos los estudios etnológicos o arqueológicos que anteriormente se criticaba en el texto, dado que –a menos de que se estuviera sosteniendo que los pueblos primitivos pertenezcan a otra especie de homínidos, distinta a la del *homo sapiens*– todo hombre debiera de participar de los beneficios de aquella “conciencia centrífuga”, lo mismo sean primitivos que ancestrales (y no sólo en su reducción moderna o latina).

Aun cuando las dos propuestas de interpretación parecieran ser incompatibles, ya que la primera señala a un principio innato biológico, mientras la segunda a un innatismo cultural. Nos parece un mejor procedimiento, para la comprensión a este dilema, abordarlo desde el plano de la ambigüedad literaria. No pareciera haber duda de que en “Virgilio”, la educación del instinto tiene una serie de agentes que la llevan a cabo, aunque sea externamente; sin embargo, y esto lo podremos cotejar más adelante (*cf.* el análisis del libro *La inmigración en Francia*), los discursos científicistas, en este caso, la imagen de “la semilla” exenta de “modelaciones” externas, si bien no se deben tomar literalmente, sí evidencian que le sirven a la argumentación alfonsina como un *archivo*⁴⁹. Es decir, lo que se estaría realizando sería una mimetización de un lenguaje hegemónico entre los dispositivos epistémicos. La argumentación del texto, así como las analogías empleadas, tanto las metáforas e imágenes, se conformarían a un sentido que les haría pasar por un discurso extrínseco a él mismo, en este caso el “científico”, con la finalidad de dotar una

⁴⁹ Este concepto retomado de la hermenéutica foucaultiana es una pieza clave para la construcción del trabajo del crítico cubano, Roberto González Echevarría. A partir de él (del Archivo) ha propuesto una genealogía propia de la narrativa latinoamericana. ¿Qué es un archivo? Un Archivo a diferencia de un documento, sería un contenedor de discursos, un depósito de retóricas cuya residencia en él, no se debe a una determinada naturaleza, sino que guardan en sí, formas del discurso hegemónicas: las inscripciones del lenguaje de la cultura oficial.

Cuando una empresa narrativa, como puede ser la novela o el ensayo, recurren al Archivo, lo hacen en búsqueda de dar cuenta de una identidad (siempre ficcional), de una originalidad, que sólo puede sostenerse como sustancia, mediante la autoridad de un cuerpo retórico hegemónico; una verdad simulada, sólo sustentada por su disfraz textual de ciencia. Ver. *Mito y archivo*, “Introducción”

autoridad (ajena, por cierto) a su estructuración propia: la del discurso ontológico-civilizatorio. Digamos que la conciencia o espíritu universal se traviste de semilla o de hormonas retardatarias, para señalarnos un sentido deseado, un modelo ficcional tomado de una discursividad exógena, la cual brindaría la orientación, anhelada, total del ser del mundo; fundamentalmente a las que angustian al texto, como el hecho de no encontrar el suficiente arrojo, entre los directores de la cultura americana, para seguir la ruta adecuada en la modernización de sus repúblicas, particularmente México.

Con esto tampoco queremos sugerir que Reyes no suscriba a una episteme científicista, en la cual la estructura biológica y la cultural no se conciben como con dominios autónomos, como en nuestra actualidad se procura hacer (no sin ciertos matices); ni siquiera que no hubiera una creencia con las “autorizadas” tesis de Bolk, en las cuales el hombre se humaniza gracias a la existencia de cierto trabajo hormonal encargado de mesurar o inhibir lo que en exceso lo indiferenciaría del animal. Una especie de límite o proporción ya dispuesta en todo aquél que sea hombre; que se trasluce en la carencia de especialización de ciertos órganos. Lo que se quisiera dejar en claro es que, en el texto, lo cultural debiera funcionar análogamente (sin llegar a homologarse) a esta teoría de la antropobiología (un “así como”). Es decir, asemejarse a ella en su *depurar* excesos o recortar adiposidades: concentrarse en una actividad sintética (esencia/universal) que pueda prescindir de lo contingente (del *locus* geográfico); privilegiando, en la poética, al hombre arquetípico (eternamente origen y meta) más que al concreto (en su tiempo y espacio específico). Aquí, entonces, mediante las imágenes se esquematiza un funcionamiento totalizante que se extendería desde una microescala, lo celular (hormonal); hasta la totalidad cultural, la civilización. Eso no quita que para esto, Reyes, tenga que banalizar toda una serie de discursos que, con el paso de los años demostraron tener más potencia y vitalidad que la antropobiología sostenida en el “Discurso por Virgilio”. A “toro pasado”, podemos decir sin ruborizarnos que, tanto la filosofía perspectivista, así como la etnología y la arqueología han dado frutos tales que han sido paradigmáticas para el pensamiento contemporáneo.

1.4.6. Latinoamérica ahora

En la sección anterior hemos analizado como en el “Discurso por Virgilio” se establecieron las premisas temporales y culturales a través de las cuales se pretende mostrar la conveniencia del proceso de modernización occidental. En el presente apartado, esos principios tendrán su aplicación al caso específico de la relación entre Europa y América. Las dos figuras de la cultura americana con las cuales se da la confrontación de ideas, son Waldo Frank y José Vasconcelos; sin embargo, va a ser el primero, el que va a ocupar el sitio prominente dentro del texto. Ciertamente hay indicadores textuales que nos sirven para fundamentar esa preponderancia, como el hecho de que se le interpela a Frank en segunda persona, convirtiéndose a ratos el ensayo, en una especie de carta abierta⁵⁰.

El caso de Waldo Frank es interesante. Ya que su prédica americanista no sólo alcanzó a contrariar al escritor mexicano, Ortega y Gasset fue también uno de sus detractores⁵¹. Pero, ¿qué era lo que tanto incomodaba a estas dos preclaras figuras? Todo indica que dicho malestar residía en el anuncio del desgaste vital de Europa: la tesis de que la modernidad europea habría fracasado. Al mismo tiempo, América, potencialmente albergaría a una nueva configuración humana capaz de remediar lo que a los europeos se les escapó de las manos. Posiblemente haya sido Frank el que estrenaría una poderosa como persistente metáfora histórica de la época, que inclusive ha sido del gusto de importantes filósofos actuales: el desangramiento del Mar Mediterráneo cuyo fluido vital se dirige, a través de Mar Atlántico, hacia América para allí instalarse.

Habría pues una totalidad moderna que con el paso de los siglos se habría ido dislocando; el origen de una totalidad que habría extraviado (u olvidado) su meta. Europa pensó lograr

⁵⁰ Lo que sí se realizó en las páginas de la publicación personal de Alfonso Reyes, *Monterrey. Correo literario*, con el título de “Carta abierta a Waldo Frank”, sólo que en este escrito, más que la polémica se pretende una conciliación.

⁵¹ Esto le agrega un importante matiz a la afirmación de Martin Stabb, donde señalaba que de Waldo Frank: “Sus apólogos fueron muchos y distinguidos mientras sus detractores eran pocos y oscuros. (p. 121)” Al menos, es cuestionable esa calificación que hace Stabb de “oscuros”. Pues tanto Ortega, como Reyes, estaban lejos de serlo. Ahora bien, dichas discordancias no se daban en términos de una animadversión; por ejemplo, el libro de *Redescubrimiento de América* fue publicado por la *Revista de Occidente*, cuyo director era Ortega.

integrarse a través de la cultura material, mediante la ciencia, la economía, las armas; pero la cultura espiritual, como orientadora, fue relegada desde sus comienzos, dando lugar a disputas de religiosidad entre protestantes y católicos. América sería un nuevo punto de llegada, donde el espíritu podría dirigir los destinos de la civilización, a condición de la integración de las dos Américas. No es necesario remitirnos al prefacio del libro de *Salvos*, al cual alude Reyes (cfr. *Diario*, 1924), sino a su obra clásica *Redescubrimiento de América* escrita en 1928; donde Frank señala a continuación,

Ahora, como en una parábola, los sueños del hombre pasan al Océano y Europa empieza a morir. La conquista del poder mundial, por las armas y la ciencia; el desmoronamiento político del estado católico; los vagabundeos religiosos que siguen Lutero —todos los cambios modernos de valores y poder, son características de la dislocación de Europa. Y son, también, características del Nuevo Mundo— el Atlántico... Europa sangra hacia el mar a tierras desconocidas.

Y del viejo Mediterráneo se muere. Su muerte fluye hacia el Atlántico: la nueva búsqueda del hombre, el nuevo infinito terreno⁵².

Dos años más tarde de que Waldo Frank escribiera esto, en *Revés de almanaque*, José Ortega y Gasset presentará sus objeciones a las tesis del ocaso europeo vertidas en *Redescubrimiento de América*. Cuatro años antes, en 1924, en un ensayo titulado "Hegel y América", Ortega ya había dejado sentadas las bases para su réplica a los llamados "discursos de la hora"; sin embargo, en ese texto, no se encuentra ninguna alusión al escritor estadounidense. En cambio en su colección de aforismos, *Revés de almanaque*, se puede encontrar uno dedicado, exclusivamente a la obra de Waldo Frank. En un tenor eurocéntrico, nos dice Ortega que

El libro de Waldo Frank *Redescubrimiento de América* parte del mismo error: suponer que Europa muere. Todo su razonamiento —el porvenir inmediato de América— cae por su base si resulta que Europa no muere. Y ¡claro es que morirá! Todo muere. Pero la fecha es errónea. Ahora, precisamente ahora, no va a morir. Todo lo contrario: va a ser Europa *simpliciter*. Como los americanos parecen andar con prisa para considerarse los amos del

⁵² *Ibíd.*, Stabb Martin, 117.

mundo, conviene decir: ¡Jóvenes, todavía no, aun tenéis mucho que esperar!, y mucho más que hacer. El dominio del mundo no se regala ni se hereda. Vosotros habéis hecho por el muy poco aún. En rigor, por el dominio y para el dominio no habéis hecho aún nada. América no ha empezado aún su historia universal.⁵³

Ortega y Gasset, así como Reyes, muestran un justificado recelo ante la idea de que se esté dando un relevo civilizatorio. Las razones parecieran sencillas, el discurso de Frank, lleno de imágenes y metáforas utópicas, se toman desde una lectura literal. Lo que se sostendrá, es que el estadounidense, realmente está describiendo un cambio en el “dominio del mundo”. Ahora, para que esto pueda consumarse, América ha de demostrarle al mundo, los elementos fácticos que la haría viable para asumir el relevo civilizatorio. ¿Cuáles serían las pruebas de este renacimiento? Tanto para el escritor mexicano, como para el español, los elementos centrales que permiten valorar el poder de una civilización serían la ciencia, la técnica y el arte; en todos esos rubros, Europa supera lo americano. La valoración de los “objetos espirituales” (artísticos, científicos y técnicos) cobra aún más relevancia cuando se toma en cuenta el valor de la originalidad en su producción, más que en el de su recepción. La distinción fundamental será la de creación cultural frente a la mera imitación. Europa crea cultura, América sólo la imita y aplica a su contexto. Por mucho que parezcan pedanterías los regaños de Ortega, no deja de ser cierta la situación de atraso de la región americana respecto a Europa; claro, en sus análisis no caben consideraciones de orden geopolítico como las de los imperialismos, reduciéndose sólo a los aspectos que atañen a la cultura⁵⁴.

En “Discurso por Virgilio”, Reyes secunda la posición de Ortega; aunque hay que advertir que no se trata de una calca. Hay un elemento de la enunciación de Ortega a la cual no suscribiría el regiomontano, la que implica la inexorable muerte cultural o civilizatoria de Europa (y el Occidente con ella). Es claro que en su discurso por la latinidad, Reyes está defendiendo un *continuum* que se extiende por siglos, sosteniendo así, una categorización trascendentalista del hecho cultural. Ortega, sin enarbolar ningún nihilismo, se apega a la

⁵³ *Ibid.*, Ortega y Gasset, p.807.

⁵⁴ Tampoco es posible afirmar que no hubiera una cultura original en América, sólo que los actores de ellas no serían los adecuados para esta concepción (de Ortega y Reyes). Es evidente que la originalidad sería trascendente mientras fuera creada por las altas esferas culturales, el espíritu o los letrados.

ciencia arqueológica, la cual le pone al descubierto antiquísimas civilizaciones que florecieron, pero que también tuvieron también su ocaso; esto lo lleva a la deducción de que el Occidente no guarda ninguna garantía para no sufrir una decadencia de su principio civilizatorio; sin embargo ese momento no sería ahora.

En uno de los pasajes de “Discurso por Virgilio”, como ya se anticipó, se dirigirá en segunda persona a Waldo Frank, para corregir sus planteamientos vertidos en su prólogo del libro *Salvos*. Lo que a continuación se expondrá, prácticamente, es una copia remozada de los apuntes que ya tenía Reyes en el año de 1924 en su *Diario*. Además de que la referencia es al mismo libro que se consigna en los diarios personales; el contenido criticado será el mismo, así como el ensamble argumentativo: Waldo Frank enuncia la muerte de Europa, pero él mismo sostiene que ante los momentos críticos, han sido los mismos Occidentales los que han podido solucionarlos:

Los dieciséis principios del mundo occidental que agrupa Waldo Frank en el prólogo de sus *Salvos*, concedo —para mejor entendernos— que hayan sido rectificadas; pero, en todo caso, tú me concederás, amigo Waldo, que han sido rectificadas por los mismos occidentales. ¿Qué pensaríamos del historiador que, al ver estallar el Renacimiento, profetizara la muerte de Europa sólo porque Europa se renovaba, y declarara que era llegado el gran día de Grecia, cuando sabemos que Grecia no fue más que un pretexto?⁵⁵

Esto pareciera ser una de las pruebas más convincentes de la validez de nuestra hipótesis. Reyes no tuvo que esperarse hasta “Posición de América” para dejar un registro textual de su *Posición de América*, ya que en “Discurso por Virgilio” no hay pieza que no embone con los indicios que nos permiten los Diarios. Salta a la vista, la consideración que se tiene de la civilización Griega en la anterior cita. Ya que se dice de ella que no ser más que un pretexto. Es claro que todavía la afición helenística (aunque ya se tienen trabajos importantes como el de “Las tres Electras”) no adquiere la preponderancia que tendrá a comienzos del cuarenta.

Regresando a este emparentamiento de las posiciones de Ortega y Reyes, es claro que ambos están de acuerdo en el mayor desarrollo que presenta Europa respecto a América. Lo

⁵⁵ *Ibid.*, p.172.

cual es de llamar nuestra atención; ya que bajo esta modalidad de subordinación a Europa, es posible sostener una postura americanista en Reyes. La primera forma en que afrontará a Frank, será a través de una contraimagen, que revele la simplicidad (o merme la potencia) del desangramiento de Europa:

Así, cuando se habla de la hora de América — hora en que yo creo, pero ya voy a explicar de qué modo — no debemos entender que se ha levantado un tabique en el océano, que de aquel lado se hunde Europa comida de su polilla histórica, y de acá nos levantamos nosotros, florecientes bajo una lluvia de virtudes que el cielo nos ha ofrendado por gracia⁵⁶.

Con esta serie de metáforas e imágenes, del cual parten los principios alfonsinos (no muy lejanos a los que mostrábamos de *Revés de Almanaque*). Europa no vive su ocaso civilizatorio, así como tampoco América tiene las condiciones históricas y culturales como para tomar una situación central. Hay una serie de imperativos que se deben cumplir para aspirar al dominio. Así como el “no se regala” de Ortega, Reyes sentencia que éste no se “ha ofrendado por gracia”; es decir, que aún no hay muestras concretas de este viraje. Al mismo tiempo, se entrevé que el progreso de América no va a contracorriente del de Europa; dicho en otros términos, no sería necesario el hundimiento de uno, para que salga a flote el otro, pues todos iríamos en el mismo barco.

“La hora de América” que va a defenderse en este discurso, va a componerse de dos aspectos. Habría uno estructural, concerniente a los procesos civilizatorios o culturales, desde una acepción general del término. El otro, más coyuntural, entrañaría un hipotético emparejamiento o, inclusive, una recomposición de las hegemonías a partir de las circunstancias económicas del momento —hay que recordar que se están viviendo las consecuencias del *crack* bursátil de 1929. Es notorio que, a partir del sentido del texto, tienen más relevancia los intereses culturales que los materiales. De todas formas, el argumento que vislumbra un “salir mejor librados” de la crisis, tiene mucho de retórico; ya que no se preocupa por darle un sustento explicativo. Veamos la manera en que se expone en el texto la primera característica de la “hora de América”:

No: hora de América, porque apenas va llegando América a igualar con su dimensión

⁵⁶ *Ibíd.*, 171.

cultural el cuadro de la civilización en que Europa la metió de repente; porque apenas comenzamos a dominar el utensilio europeo⁵⁷.

Esto nos sirve para aclarar qué es aquello que no se “ha ofrendado por gracia”, el orden instrumental de Europa. Para clarificar más este pasaje, hay que sostener que esta dimensión cultural se compondría de las realizaciones técnicas, estéticas, científicas y morales europeas u occidentales. No hay ningún triunfalismo en esta sentencia, ya que este proceso apenas se estaría dando en ciernes. Lo interesante es que se recurre como clave de lectura americanista al tiempo moderno, al de la evolución y el progreso. El ideal aquí es la igualdad, no la diferenciación con la modernidad europea.

La segunda instancia de la “hora de América”, la cual no es tan relevante como la anterior, pues no se debe tanto a una constitución ontológica de la historicidad americana, como sí a las recomposiciones, hasta cierto punto, azarosas de la geopolítica. Quedará expuesto de la siguiente manera,

Y hora de América, además, porque este momento coincide con una crisis de la riqueza en que nuestro Continente parece salir mejor librado, lo cual hará que la veleidosa fortuna se acerque al campeón que mayores garantías físicas le ofrece. Pero para merecer nuestra hora, hemos de aguardarla con plena conciencia y humildad⁵⁸.

En la valoración de estos dos aspectos en que Reyes fundamenta la “hora de América”, no deja de parecernos que la principal preocupación es la de cuño civilizatorio. Todo el texto está orientado al convencimiento de que, unánimemente, América debe adoptar ciertas “formas de civilización”. Sin embargo, nos termina por decepcionar la fórmula americanista de Reyes; ya que, despojada de toda retórica, no consistiría más que en un hacerse a imagen y semejanza de Europa, ni más ni menos. Esto pareciera ser la tácita aceptación de que al interior de la vida cultural del Continente, no se encontrarán fuerzas suficientes como para reformular los procesos de modernización experimentados en Occidente. Ello nos plantea el problema de la autoctonía de América.

⁵⁷ *Ibíd.*, 171.

⁵⁸ *Ibíd.*, p. 171.

1.11. Dos modelos del ser autóctono en América

Dentro de todo el tejido polémico que anima el “Virgilio”, se van a confrontar dos vías del ser autóctono. En algunos pasajes, que a continuación expondremos, la autoctonía pareciera reducirse al ser mexicano, sin embargo tal modelo no sería forzado, si se generaliza a la totalidad americana. En su aspecto polémico, quienes se enfrentan son dos formas identitarias: el indigenismo y el europeísmo (o hispanismo). De esa confrontación surgen varios cuestionamientos, por ejemplo el de cuál sería el dominio histórico de donde proviene la cultura, propiamente dicha, inclusive el de cuáles son las condiciones de la cultura misma.

En el esquema propuesto, tendríamos dos maneras en que se cultiva la esencia nacional o continental. Es claro que, lo que se pretende es realizar una presentación dialéctica entre los dos órdenes integrantes de lo autóctono, aunque no siempre se logrará, dejando así una sensación de solución dicotómica. Veamos a continuación cómo se presenta ese intento que, en mi consideración, resulta por ser fallido.

Se puede hablar de una autoctonía de carácter sustancial, la cual no se constituiría por los procesos estéticos de nuestra región; ya que estos, no tendrían la cualidad de innovación, sino que, preponderantemente, serían imitaciones de los modelos técnicos constituidos e importados desde Europa. En las proposiciones de “Virgilio” esta imitación no tendría connotaciones negativas, ya que propiciarían dos efectos benéficos para el despliegue de la espiritualidad americana. La primera sería una matizada concesión a las tesis del historicismo; ya que, aun cuando, conscientemente, la aspiración del creador americano fuera la norma europea, las obras creadas tendrían sesgo propio, una cierta identidad con su lugar de origen; la corriente modernista sería la muestra patente de esta secreta dialéctica. Sin embargo, *stricto sensu*, el aspecto situacional de la obra, en la valoración del texto, no configura su esencia, pues no deja de ser un atributo accidental. He aquí una de los juicios estéticos y epistemológicos de su pensamiento de aquel entonces,

Pero cuando pensamos en los verdaderos ideales de la cultura, ¿quién va a pretender que

nuestra verdad científica sea diferente de la verdad científica de otro pueblo? ¿Qué diría Platón del mexicano que anduviera inquiriendo una especie de bien moral sólo aplicable a México? La poesía, que tanto se acerca a las contingencias del momento, tampoco alcanza toda su talla cuando se detiene en la diferencia humorística. “¿Qué importan a la posteridad —decía Stevenson— mis pañuelos llenos de sangre!” La más alta poesía es aquella que más contempla al hombre abstracto, y mucho más que al accidente que somos, al arquetipo que quisiéramos ser⁵⁹.

Otro de los aportes de este paradigma de autoctonía, con mayor trascendencia, se encuentra en los saldos de desarrollo que brindaría a la vida espiritual en el Continente: el aprendizaje del instrumento o “utensilio” europeo. Claramente, este aspecto guarda coherencia con las nociones temporales por las que se inclina la argumentación del “Virgilio”: la progresión lenta, pero ininterrumpida o acumulativa que posibilita la adopción de un cierto principio o código civilizatorio. Con ello sería implícito el reconocimiento de que el dominio cultural reside en las formas provenientes de Europa y que, América, todavía no “ha hecho lo suficiente” (como diría Ortega) para hacerse cargo del Espíritu de una determinada época y la Historia Universal.

La segunda acepción de autoctonía sería la que fundamenta el discurso de las corrientes nativistas del continente. Son menos las luces que se le proporcionan al lector para dar una definición medianamente satisfactoria a esta otra concepción. Sin embargo, es innegable que su fuerza creativa no reside en la vinculación con la tradición de Occidente, sino en las creaciones (si es que así podría llamárseles) cuya determinación principal es la regionalización de su producción. Está claro, para Reyes, que la decantación de muchos intelectuales por este autoctonismo, sería nocivo, bajo el entendido de que se interrumpiría la dialogicidad con la herencia cultural de Occidente, la cual consiste más en los ámbitos de las formas (intemporales), que el de los contenidos. Si el fin es dominar la técnica europea, este esquema retardaría la empresa.

De forma tal que, siguiendo el sentido del texto, habría un diálogo interrumpido, ya que este orden creativo no sería sino la expresión de producciones locales. Uno de sus efectos

⁵⁹ *Ibíd.*, 170.

más perniciosos sería el sacrificar los aspectos formales (la norma) de la obra por los de su contenido. El hecho de que la obra tenga predilección por la exposición de los temas regionales, sin atender las técnicas modernas de Europa, arriesga interrumpir el sano proceso de aprendizaje que ya mencionábamos. Ahora bien, esta versión espectral del autoctonismo, no tendría en el letrado su heroico exponente (ya que éste tendría que responder a la actividad de la inteligencia), sino que se encontraría en el artesanado. A diferencia del anterior modelo, sus referentes sensibles serían débiles, si los comparamos con los facultados por lo sensitivo; es decir, el primero se funda en la síntesis o la construcción de un sentido que ponga en contacto el gusto con la inteligencia; mientras que, el segundo modo, tiene por límite el gusto propiciado por las sensaciones, clausurando la participación de distintas facultades humanas. Hay dos referencias textuales que vamos a presentar, las dos indican, con diferente intensidad, el carácter accesorio o secundario del nativismo autóctono. Dice, el escritor mexicano,

Lo autóctono, en otro sentido más concreto y más conscientemente aprehensible es, en nuestra América, un enorme yacimiento de materia prima, de objetos, formas, colores y sonidos, que necesitan ser disueltos en el fluido de una cultura, a la que comuniquen su condimento de gustosa especiería⁶⁰.

Es clara la cita en señalar que toda esta producción humana no constituye por sí misma cultura, sino que está restringida bajo la noción idealista del “espíritu”. Todo este mundo de objetos es concreto, de una aprehensión inmediata al gusto, y no requiere de una preparación o educación para ser apreciados. Es curioso que, en el texto, se desestime que, gran parte de estas creaciones sí requieran de un aprendizaje (y, por ende, de una formación), además de la agudización de la facultad sensible tanto del creador como el consumidor de tales signos. Sin embargo, lo que se sugiere es que, por sí mismos, todo esto no sería más que una sustancia petrificada, un encierro en la materia, que necesitaría de la intermediación de una tradición, universal (latina/moderna), para ser disuelta, a manera de adquirir una formalización civilizatoria. No quepa la menor duda de que, supuestamente, la cultura latina (moderna) sería aquella que rescataría toda esta “especiería” en el banquete de la civilización.

⁶⁰ *Ibíd.*, p.161.

En otros pasajes del texto, sin embargo, esta idea se reformula en un planteamiento no exento de desdén y violencia. Si en la primera imagen, las producciones regionales terminarían por redimirse, al ser solventadas a las aguas de la latinidad, en esta próxima, se insertan en una dinámica de sometimiento, al transfigurarse no sólo en un adorno (la creatividad nativa), sino en signos que engrandecen al vencedor (la civilización de Occidente). Esto cierra la posibilidad de ningún tipo de acción redentora, el dialogo queda como otro eufemismo más. No deja de ser estremecedora la imagen,

En punto a pequeña industria popular y curiosidades regionales —sarapes, bordados de pluma, primores de colorines y todo eso que un valiente pintor de México llamó una vez “el jicarismo”—, todos estamos dispuestos a robustecer el desarrollo del matiz local, porque al fin se trata de adornos graciosos que la cultura se cuelga al pecho⁶¹.

Como sabemos, toda estética atañe a una cierta política; es decir, toda producción cultural pareciera implicar una repartición (nunca desinteresada) de la sensibilidad. En estas reflexiones del “Virgilio” podemos apreciar que la manera en que se desvaloriza una fuente importante de sensibilidad (lo “nativo”), condición, al mismo tiempo que es condicionada, por la sobrevaloración de otra (lo latino/moderno/occidental). También es importante ver las formas de intervención del poder político en estos planteos: una elite intelectual, que se autoconcibe con la autoridad de dotar o vaciar los significados estéticos de las producciones de cultura. No es que el objeto, en su dimensión de valorización concreta (como valor de uso), acontezca significativamente en el espacio de lo público; sino que, se terminaría por subsumir en la filtración de una valoración abstracta —y que haría las veces de *a priori*— de su sentido.

⁶¹ *Ibíd.*, p.170.

1.12. ¿Dónde encontrar el ser de América?

Cuando, anteriormente, trabajamos en los apuntes polémicos de Reyes sobre la obra de Waldo Frank, concluía acremente diciendo que, en la propuesta americanista del ensayo, había serias inconsistencias. Esta caracterización, podría sonar injusta e indolente, pero si nos ceñimos con rigurosidad tanto a los argumentos, como al plano metafórico del texto, América no pasaría de ser solamente un eufemismo (¿acaso no estaríamos en presencia de un sofisma o de una triste simulación?). Son escasos los indicios de distinción respecto a Europa y, cuando los hay, su potencia es mínima, como el de la celeridad.

Si hacemos un ejercicio de comparación entre el extracto del *Diario* de 1929 y “Virgilio”, algo se torna evidente: la concordancia en comprender como absurda una América diferente y específica de lo europeo. Quizá en la de 1924 hay un atisbo, cuando se refiere a la distinta celeridad histórica entre los dos Continentes. Sin embargo, ello tampoco escapa a la jaula evolucionista, en la que se encuadra cualquier indicador de un discurso anómalo. No cabe duda de que si América detenta una mayor rapidez en su devenir histórico se debe, solamente, a que ésta se encuentra en franco atraso. Aunado a esto, no hay que olvidar que la meta de llegada, aunque pudiera ser provisoria, no es sino alcanzar el dominio instrumental y creativo de la cultura europea.

Ahora bien, se va a introducir un nuevo elemento de problematización al binomio América/Europa, pues integraremos a la ecuación un tercer elemento: el Oriente. Vamos a hacer un adelanto de lo que se desprenderá en introducir esta nueva variable, pues se presentará la reiteración de un procedimiento que secundará los eufemismos argumentativos, a los que ya veníamos haciendo hincapié al tratar el tema del ser americano.

Aun cuando en “Discurso por Virgilio” la emergencia temática del orbe oriental será tratada no sin dejos de simplicidad, hay que advertir que, en el plano connotativo, es más conflictivo de lo que aparenta a simple vista. En posteriores ensayos, en mayor o menor grado de dramatismo, la resolución del ser asiático no deja de presentar conflictos. En aquel

ensayo de ensayos, “El presagio de América”, texto que unifica artículos, conferencias y ensayos que datan (según la noticia bibliográfica que el mismo Reyes nos proporciona) desde el año de 1920 hasta 1941, América se debate en dos significantes civilizatorios: el de la Antilla o el de Cipango.

En esa escena ficticia, el texto, retrotrae al lector al momento crucial en que la empresa colombina pareciera venirse abajo. La tripulación de las carabelas ya se ha amotinado, incrédula del éxito de un viaje que se extiende más de la cuenta, ya que el contacto con tierra se ha retardado más de lo prometido. Así, “en medio” de la mar, Martín Alonso Pinzón y Cristóbal Colón entablan, sin saberlo, un debate de suma importancia para el destino del mundo civilizado: el seguir adelante, en este empeño por llegar a la Antilla de Colón, a pesar de la cadena de inconvenientes; o el de regresar a Europa, la renuncia de arribar a Cipango, y así salvar la vida de la tripulación.

En cuanto a la asignación de significados, la Antilla, como ente ficcional/geográfico (aun cuando imaginado o deseado), sería la prefiguración del ser americano, una modelación de la mejor parte del Occidente. Colón en su empeño “descubridor”, más que ser deudor de la pretensión de enriquecerse o de la obtención de beneficios materiales y políticos (como en realidad fue), su empeño habría sido a el de encontrarle un sitio o, más precisamente, una morada, al fervor utópico de Occidente. Darle concreción a la ensoñación de los grandes humanistas de la occidentalidad — la Atlántida de Platón, la Última Tule de Séneca, etc.—, sería la razón de la aventura transmarina colombina. Don Cristóbal será el significante del Espíritu o la “inteligencia” en acción sobre el plano del mundo o la historia.

Sería inverso el sentido del Cipango, pues esta perspectiva habría concebido a América desde el ángulo Oriental, un mero acaso material. En ese sentido, Martín Alonso Pinzón, aun cuando no podría reducirse a la caracterización de codiciosos o materialista, el marinero español no emprende la búsqueda de un nuevo lugar para los afanes del Espíritu; él habría sido un hombre práctico, de sentido común, al cual lo motivaba el viaje a Asia para establecer rutas de comercio con el gran Khan. Así queda registrado, en el capítulo 14, titulado “La duda en mitad del mar. Duelo entre la Antilla y Cipango”, donde se expresa la bifurcación de fuerzas: “... se hicieron ambos a la mar, Colón en busca de su Antilla y

Pinzón en busca de su Cipango.”

Sin duda, Reyes adopta una versión remozada (por no decir, decimonónica) de la legendaria figura de Cristóbal Colón. La obra magna de Edmundo O’ Gorman —quien no desconocía el ensayo de “El presagio de América”— fue llamada (¿será por casualidad?), *La invención de América*, donde se demuestra que Colón, hasta el final de sus días, habría vivido en la creencia de no haber llegado a un sitio distinto de Asia (a una nueva parte del Mundo conocido); ya que éste, no era ni la anticipación de la mentalidad moderna, ni siquiera plenamente un humanista, sino un hombre de su época, del alto medioevo, adicto a la lectura de los viajes de Marco Polo. Aun así, en la narración de “El presagio”, le es conveniente que sea Colón quien lleve el estandarte de Occidente a América; pues le resulta, a este planteamiento, imperiosa la resolución de una subrepticia tensión civilizatoria, que es duda a la vez que un duelo o lucha: ¿Cuál es el ser auténtico de nuestra América? Una confrontación suprahistórica, una gigantomaquia entre orbes y sentidos civilizatorios, confluye en la afirmación que sigue:

Así concebido el Descubrimiento, como un duelo trascendental entre el Japón y Haití, el Cipango y la Antilia, donde la Antilia se disfraza de Cipango para mejor triunfar; como una disputa semigeográfica o semifabulosa entre Pinzón y Colón, a bordo de unas carabelas y en mitad de un mar desconocido ¿No adquiere en verdad mayor patetismo?⁶²

En este apartado, el catorceavo de la pieza ensayística, habría sido compuesto —con un título un tanto distinto “Cipango y la Antilia (Una controversia en la mitad del Mar)”— en 1940, para la revista *Tierra Nueva*, según nos informa la nota editorial. Sin embargo, todavía conserva las remanencias de esa confrontación trascendental que recorre muchos de los textos mexicanista y americanistas⁶³. En “Virgilio”, la tensión dramática no se trasluce en felices fabulaciones, donde el conflicto, discretamente, está en resguardo en la resolución del pasado; sino que, se emparenta con la duda acerca de la constitución futura del ser Americano y su misión histórica. Pero antes de entrar a las características que darían

⁶² *Ibíd.*, p.35.

⁶³ Si nuestra lectura tiene validez, y el sentido, en esta sección de “El presagio de América”, apunta a la dicotomía americana de verse entre un modo de actualización occidental y otro oriental, se puede encontrar reformulaciones en posteriores escritos “Esta hora del mundo” (1939) y “Posición de América” (1942); ambos en *Tentativas y Orientaciones*.

forma al ser potencial americano, veamos lo que en acto ya son tanto el Occidente —cuya principal exponente histórico sería Europa— y el Oriente —ser genérico e indiferenciado, según las apreciaciones del texto.

Como puede adivinarse, el Oriente será un reflejo de las determinaciones históricas del modelo americano. La nivelación o la modernización emprendida por el principio totalizador europeo, comenzaría a formalizar la vida cultural del Continente asiático —cuya sustancia sería como lo es el barro en las manos del artista. Sin embargo, durante el texto, se plantea como inexorable, el camino de la síntesis entre civilizaciones. Pero veamos los términos en los que se plantea en el texto:

Eso del Oriente y el Occidente sólo quiere decir que el vino y el agua han comenzado a mezclarse, es decir, que la nivelación de la tierra al fin se va logrando. Y todavía hay que reconocer que es el Occidente quien se ha interesado por el Oriente, quien lo ha desenterrado de las ruinas en que dormía y le ha concedido nueva vitalidad⁶⁴.

¿Quién el agua y quién el vino? ¿Quién embriaga y quién germina? Cuando en el cuadro presentado, se pretende dar cuenta de un proceso civilizatorio en vía de una síntesis o de una incorporación dialéctica, al momento se puede percibir que se trata de una dinámica unidimensional. En ella, el papel del Occidente es la del sujeto histórico, el agente de los enunciados; mientras que Oriente, hasta donde el texto nos permite, no pareciera contener algún atributo inherente para ofrecer a la civilización; su función: la de un objeto, una ruina que la modernidad europea habría resucitado. Nivelarse, en fin, significa modernizarse a la vez que europeizarse. Solamente sería, a partir de que la codificación hegemónica de Occidente, hubiera comenzado a disolver el estático ser de Oriente, cuando se volvería “... lícito considerar a Asia como algo más que un pretexto”.

Hay que dejar por sentado, que ese ejercicio retórico-sintético, de la cual Reyes predica, no va más allá de ser un simulacro. No hay síntesis en un esquema monocultural y unívoco, donde Europa ejerce la acción heroica de civilizar a pueblos que antes estaban postrados. ¿Pero de qué manera los han resucitado? No cabe dudas que bajo el eufemismo de síntesis, se busca hacer presentable lo impresentable. Las metáforas de la violencia vuelven tomar la

⁶⁴ *Ibíd.*, p.171-172.

escena de las páginas del “Discurso por Virgilio”,

Todos alcanzan algo de la “marea de las razas de color”, la “hora gris del mestizo” y demás frases expresivas que corren ya por los periódicos, y que parecen las nietas de aquella frase del *Kaiser* Guillermo sobre los amagos del “peligro amarillo”. Pero esta alta marea de los pueblos postrados —aunque se opere conforme a la ley de un combate— será una incorporación. El vencedor absorberá las virtudes del enemigo muerto como sucedió entre Grecia y Roma, cumpliéndose así la pintoresca superstición del salvaje⁶⁵.

Según el “Virgilio”, habría un cierto sector de la esfera pública (“frases expresivas que corren ya por los periódicos”) donde se experimentaría una moda del mestizaje o, por decirlo de algún modo, de lo exótico. Sin embargo, recalcamos, lo que se propone es una dialogicidad sin contenido, ya que no pareciera haber ningún tipo de intercambio esencial de la cultura moderna con aquellos “pueblos postrados” —haciendo referencia a una de las características que el imaginario orientalista ha dado al ser asiático. Lo interesante en esta nota es que la llamada síntesis describe a la vez que legitima, la incorporación violenta del fiel más liviano de la balanza. No deja de parecernos que se parte de un cierto “canibalismo social” muy de la época, donde no interesa que esa “síntesis” tenga lugar por el conducto de una “la ley del combate” o, incluso, por medio de las guerras de colonización imperialistas. Es probable que esta idea tenga su antecedente histórico en la empresa conquistadora y colonizadora de Europa hacia América, particularmente en la obra de España (o acaso, ¿sería el de la colonización inglesa a China, el gigante oriental?); sin embargo, de funcionar así la propuesta de Reyes, la analogía sería un despropósito.

Es de resaltar que esta lectura no se limitaría a la sola descripción de un hecho histórico, pues estaría sustentada en una pauta valorativa. Ya que, si bien es cierto que, los vencedores son apreciados con empatía; ésta, no residiría, completamente, en esa vía tan pragmática de la historia, sino en la conjunción, realizada por el texto, con la expansión de un modo de vida superior en todos los planos posibles al de los otros mundos. Pero aún en su virulencia, no deja de coincidir, en ciertos aspectos, con planteamientos contemporáneos de algunos pensadores de nuestra región. Bolívar Echeverría, en su ensayo “La identidad

⁶⁵ *Ibíd.*, p.172.

evanescente” también es partidario, aunque sin rastro de empatía, de que la constitución del mestizaje cultural (el fáctico) ha sido mediado por una violencia totalizante; esta argumentación del ecuatoriano, en gran medida, se debe a la finalidad de desmontar y problematizar la construcción edulcorada que desde los Estados nacionales desarrollistas, en América Latina, hicieran del ser mestizo (el ficticio o mítico). Así pues, el filósofo, no escatima en señalar los aspectos espinosos del tema,

Puede decirse, por ello, que la historia de las muchas humanidades reales ha sido la historia de un mestizaje cultural permanente que ha acompañado —no siempre en el mismo sentido— a la guerra económica, política y militar de las naciones y a la conquista y la sumisión de unos pueblos por otros.⁶⁶

En rigor, la “Identidad evanescente” y el “Discurso por Virgilio”, parten de principios muy diferentes, por lo que creemos que hay elementos significativos para darles una lectura contrapunteada. Echeverría no lee el mestizaje desde la óptica de la perspectiva unidimensional que confía aún en la posibilidad de síntesis o del progreso histórico. Pues no quedan fuera de foco las culturas vencidas que, con tal de no perecer, tienen que arriesgar la codificación, sobre la cual descansan sus formas identitarias, poniéndolas en una situación de estira y afloja, en un desprendimiento así como en una persistencia llena de tensiones, conflictos y dramatismo.

Al mismo tiempo, esa subcodificación condicionante de los modos de hacer cultura del vencedor no permanece intacta y ajena ante la inquietante emergencia de aquellos otros códigos sometidos —eso cuando en verdad hay un mestizaje—; muchas veces, de forma inconsciente, en el plano de su mismidad, por incluirse e imbricarse tanto los símbolos, como los planos sintácticos de las colectividades que han sido avasalladas. Pero, además, hay que señalar que esta nueva intencionalidad hacia los signos y la estructuración de la cultura de los dominados —debido al peso específico de su radical otredad— pondría al descubierto la contingencia, el ser evanescente de lo propio; el cual, como en un espejo convexo, también sufriría de un extrañamiento hacia el reflejo de sus valores, hasta antes universales.

⁶⁶ *Ibíd.*, Echeverría, p. ,61.

Sin embargo hay semejanzas entre lo que en Reyes es una intuición en ciernes, y lo que en Echeverría es ya producto de una teorización acerca de la historia cultura. Por ejemplo, cierta afinidad entre argumentos, e inclusive en el uso de ciertas imágenes de Echeverría con el texto sobre Virgilio. “La ley del combate” en Reyes se traduce en una canibalización por parte del vencedor hacia los primitivos pueblos sometidos; en la “Identidad evanescente” la sustancia que será devorada se constriñe a la de los códigos que caen bajo el dominio externo. Esa especie de antropofagia o de tendencia calibanesca en la historia cultura, es un elemento que termina por asemejar, en la lejanía, estas dos lecturas,

El mestizaje cultural ha consistido en una “códigofagia” practicada por el código cultural de los dominadores sobre los restos del código cultural de los dominados. Ha sido un proceso en el que el devorador ha debido muchas veces transformarse radicalmente para absorber de manera adecuada la sustancia devorada; en el que la identidad de los vencedores ha tenido que jugarse su propia existencia intentando apropiarse la de los vencidos.⁶⁷

No resulta del todo improbable que el proceso histórico al cual se estaría refiriendo Echeverría, fuera el mismo que se estaría tomando a consideración en “Virgilio”: el de la colonización hispánica a América. Sin embargo, para el filósofo ecuatoriano, es bien claro que no toda empresa de conquista (Occidental, por supuesto) en sí misma dispone la realización del proceso de mestizaje. No es ley que el vencedor apetezca integrar al vencido, ni tampoco lo contrario, que el código vencedor sea apropiado por el que fue sometido, pero sí serán las condiciones para la posibilidad de que tal *acontecimiento* advenga en el ámbito de la cultura y las identidades. El riesgo de perderse, tanto del vencedor como el vencido, tiene potencialmente la cualidad de parcialmente redimir o suturar la violencia que el hecho mismo entraña, a través de la puesta en cuestión de la identidad propia al verse, transfigurada su mismidad, en una imagen “otra”.

Regresando al perturbador fragmento que destacábamos del “Virgilio”, no hay que perder de vista la manera que en el ensayo se tuerce una de las alegorías que más impacto han tenido en los discursos latinoamericanistas de la época. Si por un momento Rodó había alegorizado el modo de ser de la latinidad en la figura shakesperiana de Ariel, el espíritu

⁶⁷ *Ibíd.*, p.71.

alado, desinteresado y bello, en contraparte de la forma sajona, caracterizada por su materialismo elemental e interesado, alegorizándolo con su antagonista, Calibán; en el extracto de Reyes, los significados terminan por reconstituirse. Calibán desplazará a Ariel como la representación más adecuada del momento histórico de la latinidad (o sus más genuinas derivaciones: occidentalidad y modernidad). La práctica salvaje que incorporaba la fuerza del vencido al vencedor, a la que Reyes se refiere, es la del canibalismo, legendaria costumbre ritual de la tribu americana de los caribes, de la cual Montaigne dedicara un célebre ensayo⁶⁸. Y, en efecto, Calibán, el estridente personaje de la comedia de *La Tempestad*, es nativo de las islas Caribes, lugar en el cual naufragan Prospero (Duque de Milán) y su tripulación, según la obra del dramaturgo isabelino.

Esa antropofagia occidental, a la que se alude en el texto, sin embargo, nos deja con muchos vacíos y dudas. A diferencia de la “códigofagia”, en el planteamiento de Echeverría, y de la cual hacíamos mención, aquí no hay dos códigos en cuestión (vencedor/vencido), solamente hay sitio del vencedor (Occidente) quien tendría la posesión de atributos positivos. Cuando uno interroga al “Virgilio” sobre las cualidades, mínimamente positivas, del mundo oriental, no obtenemos más respuesta que el de su modernización, algo exótico y ajeno de su naturaleza inherente. (¿Realmente los pueblos primitivos o los orientales tienen algún atributo nutricional o tan sólo son “adornos que la civilización se cuelga al pecho”?). Cuando en “Discurso por Virgilio” se hace un llamamiento a los intelectuales americanos en no hacer confuso el destino civilizatorio de América, de no “bizquear” entre el modo de ser proveniente del Atlántico y del Pacífico; concluye, a través de cuestionamientos retóricos, lo siguiente,

¿A qué nos conduciría otra cosa? ¿A seguir frivolidades a la moda y, por ridícula confusión sentimental, odiar a Europa, que “nos conquistó”, y querer así asiaticar nuestras tierras? ¿Y qué significa asiaticar? ¿Aprender la interpretación de Asia que ahora ha querido darnos Europa? Porque eso no sería asiaticar, sino ponernos a tono con la gran cultura europea, llámese occidental en buena hora. ¿O así asiaticar significaría imitar acá, en la salubre y pujante América, a los secos contempladores que duermen de meditación junto a un río de

⁶⁸ De Montaigne Michel, *Ensayos* Tomo I, Casa editorial Garnier Hermanos. Versión disponible en: <http://www.cervantesvirtual.com>, ver el ensayo “De los canibales”.

lepra?⁶⁹

Ahora bien, dentro de toda esta trama que se teje alrededor de Europa/Occidente y Oriente, Reyes encuentra en el futuro de América una misión. Ésta consistiría en llevar a buen término la síntesis humana, cumplir a cabalidad el destino de homogeneidad (nivelar) a todos los rincones del orbe: fusionar el Oriente con el Occidente. Claro, esto no sería una tarea inmediata, sino que sería en un futuro gradual, una tarea para las próximas generaciones de americanos. Dice,

Está en juego un alto interés humano y no una mezquina ambición. Lo que ha de salir no será oriental ni occidental, sino amplia y totalmente humano. De nosotros, de nuestros sucesores más bien, dependerá el que ello, por comodidad de expresión, pueda llamarse, en la historia, americano. Saber esperar es lo que importa.⁷⁰

Antes de esto, en el “Discurso por Virgilio” se ha llamado a los americanos a mantenerse neutrales a la lucha entablada entre lo oriental y lo occidental, en no precipitarse y saber tomar de ellos lo mejor de cada uno. Sin embargo, la misión a futuro encomendada a América, no tendría ninguna distinción de lo que Europa, de facto, vendría haciendo. Si damos seguimiento a nuestro argumento, de que Oriente ha sido sometido a un vaciamiento de sus significados culturales, es decir que en sí mismos los signos de su cultura no son más que nostálgicas ruinas. Y si, también, se ha atendido que Occidente ya habría comenzado con la peculiar “síntesis” o “mezcla” con Oriente, por la intermediación de la ciencia, el arte y la política europea, por las cuales la ha revitalizado; no queda más que las siguientes series de interrogantes: ¿Qué novedad podría América aportar para la futura síntesis? ¿Qué novedades se puede traer a la palestra de la civilización para así gozar de la dignidad de que el término “humano” sea suplantado, por comodidad, con la expresión de “americano”? ¿La futura “hora de América” consistiría en continuar lo que Europa ya está realizando? ¿Y por qué Europa dejaría de lado la empresa civilizatoria que tan buenos frutos estaría dando? ¿Se agotaría como realidad histórica, de lo cual dudamos seriamente (ya hemos apuntado que Reyes en ningún sentido es spengleriano)? Pero si se hace el esfuerzo de seguir de forma inclemente, la cadena argumentativa del “Discurso por Virgilio”, resulta más que legítimo

⁶⁹ *Ibíd.*, Reyes, p.173.

⁷⁰ *Ibíd.*, p.173.

preguntarse si acaso, no sería todavía más cómoda la expresión de *lo europeo* en lugar de lo humano. ¿No se apegaría más a las tendencias evolutivas reales que experimenta el mundo en su totalidad? ¿No sería esto lo más justo, dignificar a quienes ya se han tomado el encargo de trazar, en su esencia, un sendero hacia un orbe unificado?

1.13. Consideraciones finales

Al comienzo del capítulo, uno de los objetivos que nos habíamos impuestos era darle un sustento textual a las dos citas que destacábamos del Diario de Alfonso Reyes; ya que nos parecía que ellas podían ser pistas acerca de los comienzos de su idea de América. En la cita de 1929 es explícito el plan por escribir un libro, *Depuración de América*, que no fue realizado. Encontramos, a partir de diversos indicios, que nos proporcionaba el contenido de los diarios, la proliferación de coincidencias con un ensayo de 1930, “Discurso por Virgilio”. Tal parece que esas anotaciones de los diarios, particularmente la de 1924, sirvieron como un cuadernillo de apuntes, que sirvieron de apoyo a los apartados polémicos del célebre ensayo de 1930.

Dejo a la interpretación del lector hacer el balance de la validez o no de estas hipótesis; pero creo que se han expuesto evidencias convincentes. Sin embargo, de ser cierto lo que sostenemos, quedan todavía algunas interrogantes. La más elemental de ellas sería: ¿Por qué no se escribió *Depuración de América*? Hay que partir que esta obra se planteaba como un libro, seguramente una colección de ensayos (en los cuales habría uno titulado “Examen de profecías”), conferencias y artículos, algo así como fue la gestación de *Última Tule*. A la luz de lo que nos deja nuestra interpretación del “Discurso por Virgilio”, creemos que había serias dificultades o inconsistencias explicativas para aventurarse a la escritura de todo un libro sobre América. Las razones de esto, tienen su explicación, en que los cimientos identitarios sobre los cuales, en ese entonces, se levanta el americanismo de Reyes: un imbricado modelo civilizatorio, histórico, cultural y antropológico universalista.

Uno hecho sintomático de las carencias de este esquema es que, el significante Occidente, no puede distinguirse de Europa en este planteamiento. Si en “Virgilio” se parte de la premisa de que América no puede responder a otro destino sino al occidental⁷¹, entonces tampoco, habría elementos sustanciales que la diferencie de lo europeo, más que el ser una versión todavía inmadura de éste. Tener que defender esta posición, la inferioridad americana, ante una emergente esfera intelectual nativa, llena de vitalidad, pujante y esperanzada, lo lleva a demasiadas aporías en su trama enunciativa, cómo ya las he indicado páginas atrás. Es una lástima que *Depuración de América* no haya tenido materialización, sin embargo el vacío de su ausencia es un índice de las escasas condiciones discursivas con las que, en ese momento, se contaban para concretarla. Así como pudimos leer en una de las citas que “Grecia era tan sólo un pretexto”, en su obra, por ese preciso instante, América también parecía serlo.

Al parecer, tampoco ayudó mucho, el franco rechazo para apropiarse de postulados relativistas o perspectivistas en la estructuración de su pensamiento. Hemos visto, cómo todo esto es casi considerado como una contaminación en el ambiente intelectual de la época, producto del desencanto que atrajo consigo la conflagración bélica de 1914 o la más reciente crisis económica en las naciones occidentales de 1929. Dichos signos provocaron, en muchos pensadores de la región, una fundada sospecha en el curso al que se dirigía la modernidad europea, la excesiva centralidad del aspecto técnico, además del declive del pensamiento humanista en la configuración política del mundo; en “Discurso por Virgilio” esto no pasó de ser interpretado como una moda simplista o una sistemática postura pesimista ante la vida: una filosofía de la tragedia⁷².

La universalidad de su americanismo se funda en aguas poco afines para la construcción de un modelo identitario satisfactorio. Inclusive, este es uno de los rasgos del pensamiento de

⁷¹ Aquí nos referimos al nivel de la denotación. En cuanto a la connotación tenemos serias dudas del optimismo en la occidentalización de América, en mi opinión, los embrollos retóricos, tanto los eufemismos que retuercen el sentido del texto, evidencian la inseguridad y dubitación de que México y América adquieran plena modernidad.

⁷² El tema de esta filosofía, lo desarrollará en su “Atenea Política” (ensayo recopilado en *Tentativas y orientaciones*), en la cual debate en contra de los “existencialismos” de Ortega y Heidegger. En cambio, les opondrá una filosofía del heroísmo donde la cultura, más que ser pensada, es actuada políticamente. La instancia clave de toda la trama será la Sociedad de las Naciones, con todos sus suborganismos, en particular el Instituto de Cooperación Intelectual, del cual Reyes fue miembro.

Reyes que más lo alejan de José Ortega y Gasset, a quien —sin dejarle de reconocer su genialidad e, incluso, de apropiarse de muchos de sus planteamientos acerca del Continente—, el perspectivismo y el historicismo de su pensamiento, no dejan de constituir una concepción de la cultura, cual si ella fuese una jaula. Esta renuncia del americanismo alfonso a reconocer los asertos del historicismo para fundamentar su teoría de la identidad, es una fuente dilemática, al menos para los planteos del período. En la introducción de su ya mencionado estudio, Andrés Kozel lanza un importante cuestionamiento, en el cual se problematiza el carácter de la vinculación entre el latinoamericanismo y el historicismo —y que embona con los dilemas con que nos encontramos en este momento—, nos dice

En tal sentido me importa traer a la liza de nuestros debates el problema de la relación entre historicismo y latinoamericanismo: ¿hasta qué punto necesita este de aquél para fundamentarse, para existir?⁷³

Compartimos la respuesta que Kozel da en la parte conclusiva de su libro: el historicismo no es una condición necesaria para cualquier construcción americanista. Pues de ser así, grandes zonas de la tradición pasada y actual del latinoamericanismo quedarían marginadas, condenándose esta tradición al eterno retorno de lo mismo. Pero, a mi parecer, el núcleo del cuestionamiento kozeliano estriba en que, si hay una condición de existencia plena de los distintos modos de americanismos, es que éstos deben ser idearios vivos, provocadores de eventualidades en el discurso, como de la acción, allí, en los campos de la vida en el que ellos se inserten. No sólo serían un enmarañamiento de escritos pasajeros, sino un manantial, actual, de significados y resignificaciones. El planteamiento estriba en si el americanismo ha recibido esto de ciertas zonas de las teorías historicistas; si éstas han sido una vertiente de pensamiento que potencie la trama enunciativa de la que se compone.

Claro es que, difícilmente, nos podemos referir a un historicismo sino, como bien acierta Kozel, a una pluralidad de posiciones: historicismos. En el caso de este primer tanteo, de Alfonso Reyes, al ser de América, se ha constatado que su articulación prescinde, deliberadamente, de las proposiciones fundamentales del historicismo, aun cuando uno de

⁷³ *Ibíd.*, Kozel, p.30.

los autores con los que esta obra entra en diálogo es la de Ortega y Gasset; sin embargo, termina por pagar la ausencia de esos postulados, al constreñir la validez de la historia y la cultura americana al de ser un eco de lo acontecido en Europa.

La mejor prueba de lo insostenible de esta posición inicial en los textos alfonsinos será que, la trama argumentativa, las metáforas e imágenes más recurrentes, así como los debates con sus protagonistas, sufrirán a partir de mediados de la década del treinta una reconstitución, que podría mejor describirse en términos de una ruptura. Esto va de la mano con el tácito reconocimiento, inscrito en la construcción de una variada gama textual, de la vitalidad de propuestas historicistas. La principal de ellas que, aunque no se le brinde el suficiente tributo a esta filosofía, es cuando comienza a labrarse la noción clásica de una inteligencia americana (cfr. “Notas sobre la inteligencia americana”, 1936), una perspectiva que distingue a las elites espirituales de América de las europeas, sobre la base de que las diferenciadas experiencias históricas (culturales, sociales, políticas, principalmente) de la región, han sido fundamentales en la constitución de un nuevo modo de ser en el orbe de Occidente: el (hispano) americano.

Todo ello nos lleva a estar de acuerdo con su respuesta del mismo Kozel, acerca de si los nexos entre latinoamericanismo e historicismo son necesarios. Tomada de entre las reflexivas conclusiones de su libro, leamos a Kozel en sus propios términos,

No es, pues, un aporte menor de nuestra exploración llamar la atención sobre la no necesidad de la conexión entre historicismo y latinoamericanismo –se trata de un nexo que, tal y como sucedió en el Gaos del fervor y en Zea en general, puede darse, y que puede además segregar aportaciones significativas, pero que de ninguna manera es obligado, ni en un sentido ni en otro⁷⁴.

A modo tentativo, soy de la idea de que el nexo vital del historicismo con los diferentes latinoamericanismos, era más valedera para las generaciones de la tradición pasada que para las del momento; recuerdo haber leído de Marc Bloch el dicho árabe de que “nos parecemos más a los amigos que a nuestros abuelos”. No hay duda, de la importancia de este pensamiento, para sensibilizar varios núcleos de pensamiento que comenzaban a

⁷⁴ *Ibíd.*, p. 356-357.

sospechar acerca del buen rumbo de la modernidad realmente existente. En la actualidad, teóricamente el impacto se ha reducido, aunque bien se le reconoce sus aportes. A la luz de la crítica de los metarelatos, así como una filosofía de la cultura de cortes metafísicos, aunado a la apuesta del historicismo en tomar la nación (y muchas veces en los Estados mismos) como su lugar privilegiado de enunciación (así como el ente comunitario por excelencia), sus merecidos honores les han sido restados entre los planteamientos más prolíficos y activos de nuestros días (estudios postcoloniales, culturales, subalternos etc.).

Aun cuando sistemáticamente he procurado señalar las inconsistencias en el discurso del escritor mexicano, bajo la justificación de hacer visibles las anomalías que la interpretación habitual ha omitido. También sostengo que toda esa serie de imágenes de violencia, aporías en categorías claves, la incomprensión de las epistemes emergentes ajenas o, incluso, el recurso a la simulación de una discursividad extrínseca a la propia del texto, todas ellas se conjuntan en un cierto sentido. En cuanto que estarían encaminadas a reducir el margen de incertidumbre ante la dramática apertura del horizonte de expectativas que abre la modernidad. Aun cuando es seguro que hay una conciencia de las consecuencias adversas que conlleva dicho fenómeno, en la valoración del texto, cobrarán más espacio y visibilidad aquellas que parecen más benéficas. La modernización de todos los mundos se vive como un hecho inexorable; ya no depende de la voluntad de los letrados o políticos (de lo sujetos) el que ésta se lleve a cabo. Lo que sí estaría al alcance, es el ánimo con el que se le afronte, si como una fatalidad a la que quién sabe quién nos ha metido, o como un acontecimiento del que, mediante las elites nacionales, pudieran darle una orientación.

Hay un texto de la época, “Un paso de América” (1930), cuya primera aparición fue en el número tercero de *Monterrey. Correo literario*, además de haberse publicado después en la revista *Sur*. No deja de sorprender que, Alfonso Reyes, quien durante sus días en México se hizo cargo de la edición de una buena parte de sus obras completas, no le haya dado cabida a este breve ensayo. En él se expone una reflexión acerca de las diferentes fatalidades que dan sustento a la existencia de una filosofía trágica; fatalidades que bien nos parecen los círculos infernales de la imaginación dantesca. Una de ellas, encuadra bien con la problemática de la Modernidad —y que bien se emparenta con la de “Virgilio”. Nos señala que en este círculo concéntrico,

Era el tercer círculo, encima de las desgracias de ser humano y ser moderno, la de ser americano; es decir, nacido y arraigado en un suelo que no es el foco de la actual civilización, hijo de la sucursal del mundo. En una hora de desconcierto, nuestra Victoria Ocampo se hace eco todavía de este pesimismo (...) cuando, hablando de la *Quiromancia de la Pampa*, se siente de pronto, “propietaria de un alma sin pasaporte”.⁷⁵

En la esperanzada mirada de Reyes, las adversidades se tendrían que vivenciar de acuerdo a la manera en que los sujetos les den cara. No autoconcebirse aprisionado, temeroso, en una melancólica jaula impuesta por el mundo exterior, sino dar un paso al frente de las situaciones históricas, apropiándose de ellas mediante un valeroso acto volitivo —manteniéndose fiel a las orientaciones de la que llamaba “filosofía de la heroicidad”—. Esto sería parte medular de la construcción del sentido poético que constituye el “Discurso por Virgilio”.

⁷⁵ Monterrey. Correo literario.

2. La América hispana: la herida de la heterogeneidad

1.1. Introducción

Este otro capítulo parte de las series de problemas que nos ha arrojado el anterior. Hemos constatado que hay una inferioridad de facto del ser americano respecto al europeo. Nos parece pertinente ocuparnos de la interrogación sobre aquello que contendría tales facticidades, de aquellos hechos sociales e históricos que le obligan a increpar a los “profetas de la hora americana” con un “todavía no”. Intentaremos indagar en un tema de suma importancia, en las precondiciones discursivas que estructuran los juicios valorativos en torno a América, en esta región de textos alfonsinos. En gran parte, creemos que uno de los criterios que condicionaría la fragilidad enunciativa de América, se deberá a que su constitución ontológica es concebida demasiado frágil, es decir: heterogénea.

Hay que advertir que este hecho no aparece con toda la contundencia que deseáramos en “Discurso por Virgilio”, aun cuando este texto tiene la virtud de estar vinculados a ellos, aunque tenuemente. Por ello nos vamos de trasladarnos a otros textos de la época, donde se evidencia dicho dramatismo. Como venimos sosteniendo, los textos del canon, nos han resultado insuficientes para comprender, genealógicamente, las líneas generales del discurso americanista de Reyes en este periodo; por ello, preferentemente, vamos a recurrir a textos que, si bien es cierto que, en sentido estricto, no logran llenar “a pié juntillas” los caracteres de un texto americanista; sin embargo, en mi opinión, son una fuente insospechada de nuevos abordajes al tema.

En un estudio crítico realizado por el filósofo Santiago Castro-Gómez, “América latina y la nueva mitología de la razón: el proyecto americanista de Alfonso Reyes.”, hay un planteamiento acerca vínculos conceptuales y programáticos de Alfonso Reyes (en conjunto con los ideales del Ateneo de la Juventud) con los postulados del Romanticismo alemán –en especial con el texto del *Primer programa de un sistema del idealismo alemán*. Creo que es indudable la proximidad de los textos históricos alfonsinos, con la idea social de los románticos alemanes, sobre todo en cuanto a su decantación por un modelo orgánico

de la comunidad política. Esto tiene su expresión en su anhelo teleológico, en donde los fines de las partes se hallan en correspondencia afectiva con los de la totalidad social (siempre éstos más perfectos e ideales que los de la mera individualidad); en contra de la visión mecanicista, donde la sociedad sería la sumatoria de individuos, articulados por el *telos* del Estado. De ese modo, Castro-Gómez nos dice acerca de los postulados del que llama “Programa Mexicano” (ateneísta) y del cual Reyes habría sido uno de sus integrantes,

Al igual que los románticos alemanes un siglo antes, están convencidos de que el comienzo del siglo XX traería un renacimiento de los ideales de humanistas y los valores estéticos del mundo clásico. Pensaban, como los liberales y positivistas de las generaciones pasadas, que la reforma social de México debía comenzar por una reforma de la mente. Pero a diferencia de ellos, planteaba que lo que deberían reformarse no eran los valores heredados de la cultura hispano-católica, sino los que habían querido hacer introducidos artificialmente en el *ethos* mexicano por los positivistas de las décadas anteriores. Muchas críticas se dirigen concretamente hacia la concepción mecanicista de la educación, la política y el estado diseñada por los científicos de Porfirio Díaz.⁷⁶

De ahí que en los textos de Reyes la función de una totalidad homogénea se encuentre entre uno de los articuladores de discurso con más arraigo y peso. No obstante, si bien es cierto que, este es un valor indudable, ello no implica que se corresponda con la actualidad histórica de la América hispana, ni a la de su propia nación, México. En realidad, salvo pocas excepciones, en el periodo inicial de su americanismo, Reyes está interpretando sobre una realidad fragmentada o, si se prefiere, en proceso de unificación. Hay que advertir, que estas afinidades con la vertiente romántica alemana han de encontrar límites en el pensamiento alfonsino. En principio, sus planteamientos no serían compatibles con la reacción anti-modernista que se puede vislumbrar en varios de sus más preclaros autores (el ejemplo más evidente, Herder); así como tampoco hay una apreciación positiva del *volk*, como ya hemos tratado en la sección del ser autóctono, en el sentido de que Reyes sería más bien un apólogo de la *civilización* por sobre el de la *cultura*.

Sin embargo, ¿cuáles son las formas de aparición en que se halla la heterogeneidad en los

⁷⁶ Castro-Gómez Santiago, “América latina y la nueva mitología de la razón: el proyecto americanista de Alfonso Reyes.”, *Alfonso Reyes y los estudios latinoamericanos*, p. 55.

textos de Alfonso Reyes? Creemos que serían tres las que, principalmente, estarían precondicionando sus proposiciones acerca de la esencia del Continente:

a) Étnica/Racial: Ésta, naturalmente, se vincula con la diversidad étnica que constituye la realidad continental. Particularmente, quedará, textualmente, tratado cuando se aborden temas concernientes a la política exterior mexicana. Para poder exponer la importancia que a los planteos de este modo de heterogeneidad (en México, pero extensible a varias naciones americana)–, del cual no pareciera tener la menor duda, además de cómo su valoración del hecho mismo es negativa–, vamos a guiarnos con uno de los escritos/informes diplomáticos, realizado durante su estadía en Francia en el año de 1927.

b) Ontológica/Histórica: Aquí nos referimos a que, dentro de todo este conjunto discursivo (del periodo indicado, por supuesto), no se encontraría una historicidad en común en el Continente; no habría un rostro común americano. O, al menos, una que generará los nexos que pudieran trascender el simple mecánico acto de compartir un tiempo y un espacio próximos. Vamos a sostener la hipótesis de que en esta sección temporal de la obra de Reyes, van a experimentarse, en América, dos historicidades nacionales diferenciadas. La base de esta distinción, no esa variedad fáctica de la diferenciada vida nacional, sino la de que éstas, estarían ocupando un escaño distinto, dentro de una línea de desarrollo jerárquica o de progreso. Para ello vamos a valernos, principalmente, de un texto escrito en 1929 durante su etapa de embajador en la Argentina.

c) Espiritual/Intercomunicación: Conciérne, este apartado, a la posibilidad de hablar de una América armonizada por la voluntad ecuménica de sus élites intelectuales. Sabemos que la homogeneidad, según Reyes, no es concebible, al menos en su primera instancia, como un acontecimiento de las masas o el pueblo, sino que será una realización de las altas esferas de la cultura. Esa “reforma de la mente” de la cual Castro-Gómez hace alusión, puede ser medida por un acto de desprendimiento cosmopolita. Conocer lo que acontece en la historia, la política, las literaturas de otras naciones americanas, es un sinónimo de ese acercamiento a una comunidad orgánica.

1.2 La pertinencia de *La inmigración en Francia*

El escrito a partir del cual vamos a plantear la modalidad en que el asunto étnico se articula en su pensamiento, va ser uno de sus últimos (sino es que el último) de los informes diplomáticos que Reyes envió a la cancillería mexicana, durante su última estadía en Francia (como diplomático). Podría justificarse su inadvertencia, debido a que nadie lo hubiera descubierto en los archivos que resguarda la Secretaría de Relaciones Exteriores. Por lo que tuvo que esperarse su presentación al público hasta el año 2001, cuando Víctor Díaz Arciniega, lo incluyera en el tomo primero de su titánica recopilación de escritos, *Misión Diplomática*⁷⁷. De la misma forma, se le podría tratárseles como un tipo de escritos menores, ya que su concepción, se debería a los deberes cotidianos y burocráticos que tenía que cumplir, Reyes, durante sus labores al frente de la legación parisina.

Sin embargo, su publicación y, sobre todo, el acceso a esta obra no es para nada reciente. Sabemos por una nota del editorial de Víctor Díaz Arciniega (compilador y prologuista) en *Misión diplomática* que tuvo una edición aparte en la “Colección Archivo de Alfonso Reyes”. A esto se puede sumar que, en el ya aludido libro Paulette Patout, *Alfonso Reyes y Francia*, cuya primera edición data de 1978, nos da la indicación del año en que fue publicado como libro *La inmigración en Francia*, en 1947⁷⁸. Salvo una breve y forzada paráfrasis que la escritora francesa hace de este importante escrito, dicha obra no ha sido tratada críticamente. Una de las razones me parece que reside en la dificultad de asimilar sus proposiciones a la interpretación establecida que se tiene del pensamiento de Alfonso Reyes. Podemos aseverar que este libro hace las veces de un margen textual, uno de esos escritos de los cuales, la crítica tradicional, lo ha visto imposibilitado para la construcción o integración a una narrativa de gran alcance⁷⁹.

⁷⁷ Reyes Alfonso, *Misión diplomática Tomo I*, Secretaría de Relaciones Exteriores/Fondo de Cultura Económica, México, 2001, p. 447-470. Hay que indicar que en su prólogo, Díaz Arciniega no toma en consideración (lo cual no considero una casualidad) el escrito que estudiaremos.

⁷⁸ *Ibíd.*, Patout Paulette, p. 480.

⁷⁹ Pongo otra evidencia sobre la mesa. Después de la mencionada recopilación de Arciniega, en el año de 2010, el Fondo de Cultura Económica vuelve a publicar otra colección de escritos de la diplomacia, el libro

Este librito se constituye de seis partes, de las cuales serán tres las que brinden pasajes propicios para nuestra exégesis (1. El problema de Francia., 2. Reflexiones sobre México y 6. Algunas conclusiones). La justificación de su análisis será que, su consideración se basa en que son realizadas, en el plano formal, como un ensayo. Claro, el hecho de ser un estudio social, constriñe los aspectos figurativos del texto; aun cuando, afortunadamente, no los anula del todo. Sin embargo, encontramos en el texto, procedimientos afines a la manera de trabajar de Reyes, como la tendencia de abordar los fenómenos desde una perspectiva sintética; en algunos pasajes, inclusive, didáctica, pues queda abierta a un público ligeramente más amplio que al de los especialistas en problemas migratorios franceses o mexicanos. También notamos que persiste esa lectura evolucionista de los procesos humanos, lo cual guarda un encadenamiento discursivo con obras como la de “Discurso por Virgilio”, además de encontrar ciertas proposiciones ontológicas respecto a los pueblos como a las razas.

Si no tomamos en cuenta las otras tres partes (3. Legislación francesa, 4. Elementos de comparación y 5. Extremos principales), se debe a su composición especializada en términos legales. No sabemos si éstas secciones se debieron a la mano de Reyes, o no; ya que en algunos de sus escritos diplomáticos, demasiado puntillosos, los hacía en conjunto con especialistas de los temas específicos que trataba, como por ejemplo el documento llamado *Doctrina por la paz*, donde, aunque es Reyes a quien normalmente se le atribuye, fue hecho en coautoría de Manuel Justo Sierra (hijo de Justo Sierra). Estos apartados contienen un estudio de los códigos legales franceses en la materia, con el propósito de demostrar la poca organización y adaptación a los tiempos actuales de la emergencia inmigratoria francesa; por lo cual la propuesta en el texto es la de crear un código de leyes unificadas y coherentes, fundado a partir de la comparación de lo que han realizado otras naciones europeas.

fue titulado *Relaciones diplomáticas*, solamente que incorporando los textos más significativos; como era de esperar, *La inmigración en Francia* volvió a ser, injustamente, ignorada.

1.3 La problemática francesa: la nación bajo amenaza

En el texto, se realiza un análisis de los problemas migratorios de Francia a partir de los estragos sufridos por el descenso poblacional (directa e indirectamente) atribuido a la guerra de 1914. Esto ha sido causa de un peligro nacional, según *La inmigración en Francia*, que los políticos franceses no han sabido atajar correctamente, pues la debacle poblacional ha venido a llenarse por una corriente migratoria libre e incontrolada. No es que haya una oposición a la inmigración; sino que, se le entiende como un mal necesario, como el único remedio inmediato para solucionar un problema de trascendencia, que Francia no pierda su peso específico en la palestra internacional.

Este trascendental dilema, en el que se debate la nación francesa, es parte de la percepción liberal de la cuestión nacional. Ya el historiador inglés, Eric Hobsbawm, en *Naciones y nacionalismos*⁸⁰, ha puesto en evidencia cómo la visión hegemónica del liberalismo ha concebido la existencia de una frontera mínima geográfica (e implícitamente poblacional) en la conformación de las naciones⁸¹. La cual hacía las veces de una especie de criterio valorativo que permitía señalar la viabilidad o no de una “comunidad nacional”. Sin duda la importancia de este concepto tan interiorizado por el liberalismo del límite mínimo de las naciones era un desprendimiento de la concepción evolucionista aplicada a una situación histórica signada por las rivalidades imperiales de las naciones modernas.

La primera amenaza, según el texto, sería que Francia no cumpla con el requisito impuesto por la mencionada creencia liberalista para justificarse como nación. En segundo lugar, la inmigración en bruto, también se percibe como un fenómeno amenazante para una comunidad tan fundamental para la civilización de Occidente, como lo sería la nación

⁸⁰ Hobsbawm Eric, *Naciones y nacionalismo desde 1780*, Editorial Crítica/Grijalbo/Mondadorí, Barcelona, 1998.

⁸¹ Eric Hobsbawm, señala al respecto: “Con todo, lo que resulta interesante desde nuestro punto de vista relativo a List, y a la posterior «escuela histórica» de economistas alemanes que se inspiraron en él (...), es que formuló claramente una característica del concepto «liberal» de la nación a la que normalmente no se prestaba la debida atención. Tenía que ser del tamaño suficiente para formar una unidad de desarrollo que fuese viable. Si quedaba muy por debajo de este umbral, no tenía ninguna justificación histórica. Esto parecía demasiado obvio para requerir argumentos y raramente se razonaba”. Ver, p.42.

francesa. Eso lo podemos encontrar en parte conclusiva del texto, donde se refleja las incertidumbres del diplomático mexicano, al ver como una posibilidad real, que Francia decaiga entre las potencias mundiales (y así perder escaños en la feroz carrera evolutiva de las naciones):

Las notas anteriores describen en ligera síntesis el esfuerzo colosal, todavía incongruente pero ya lleno de patética inquietud, con que Francia ataca tan profundo problema, que es, en suma, el problema de la persistencia del poder de Francia en el mundo⁸².

La solución planteada por el diplomático mexicano reside en normar la inmigración en tres aspectos. Dice que: “La inmigración debiera ser: 1°. científica; 2°. prevista; 3°. colectiva.”⁸³ Ahora bien, el objetivo de aprehender así el problema de la inmigración estriba en su abordaje desde un punto de vista moderno,

La política de la inmigración supone un sistema de selecciones en la frontera: de razas, de individuos, y de clase de trabajadores que se desean. Hay que estudiar y determinar previamente cuáles son los grupos étnicos afines o convenientes; hay que alejar a los deseables. Entre los individuos, hay que proceder a un examen y a una selección conformes con los métodos de salubridad y la higiene, y aun teniendo en cuenta —para las futuras generaciones— los preceptos o atisbos de “eugenesia”. En cuanto a la clase trabajadores es inconcuso que, ante el creciente abandono de los campos, Francia necesita atraer a los agricultores. (...) Por otra parte la absorción del elemento extranjero se opera más fácilmente en el campo que en la urbe⁸⁴.

Uno de los primeros aspectos a destacar de la cita anterior es el lenguaje científicista con la cual, el texto, presenta sus recomendaciones a la problemática francesa. Por un lado, mediante el sistemático estudio de las razas sería posible, para una política inmigratoria, la determinación un conjunto de afinidades saludables socialmente, a la vez que habría otro indeseable. Aunque uno podría sospechar, que esta determinación no es meramente científica, sino que atañe a una concepción culturalista, atenta a los modos de ser de los pueblos, inclusive sus modos de sensibilidad, aunque no se nos aclara la esencia de ese tipo

⁸² *Ibíd.*, 470.

⁸³ *Ibíd.*, 448.

⁸⁴ *Ibíd.*, 448-449.

de “estudios“. Sin embargo, aun cuando, sea por medios científicos, culturales o estéticos (o ambos), queda planteado que “el carácter” o “la naturaleza” de una etnia determinada puede ser descifrado u objetivado para su instrumentalización cognoscitiva y política.

En mi interpretación, podrían tener cabida esos dos aspectos (el científico y el cultural). En el análisis que hacíamos del “Virgilio” hacíamos notar, cómo se anteponía a los descubrimientos de la etnografía y la arqueología (disciplinas derivadas del “giro perspectivista”), como ciencias con la capacidad de dar cuenta del hecho humano en su sentido vigente, los postulados de la antropología biologicista de Louis Bolk, las cuales explican la humanización de la especie mediante la acción de las unas supuestas “hormonas retardatarias“, que en lugar de ser estímulo, se encargan de la inhibición de sustancias que, en desproporción, terminarían por animalizarlo. En ese sentido, no nos parece descabellada la idea de que la alusión a la “eugenesia”, en *La inmigración...*, no sea meramente un descuido, sino que realmente, mediante su aplicación, pudiera ser un método científico modernos que permitirá un mejoramiento gradual de la especie.

La hipótesis tradicional que más ha persistido sobre su pensamiento, que Reyes habría sido un férreo opositor al conocimiento científico de corte positivista —el cual habría antepuesto, preferentemente, la autoridad del juicio estético al científico⁸⁵—, cae por su propio peso en las afirmaciones de esos dos textos (la de “Virgilio” de 1930, así como de *La inmigración en Francia*, a finales del 27). Pues resulta que serían saberes complementarios, cuya aplicación sería conjunta o sintética. Además de que tendría por resultado el sujeto cognoscente adecuado tanto para objetivar las distintas esencias comunitarias, étnicas o, inclusive, nacionales, con el propósito de dar cimientos modernos a los principios de la política pública del Estado posrevolucionario. Tal vez, la ventaja de dicha estrategia, por sobre los científicismos simplistas de la época, sea la de servirse de una episteme capaz de objetizar una pluralidad dada, ya no sólo en términos de un “qué”, sino integrarla a la vez sobre la pregunta de un “quién”; se contendría el ideal de pasar del estudio de la ley de las “masas” al de un “cuerpo social orgánico”.

⁸⁵ Esto matiza el comentario de Castro Gómez que anteriormente exponíamos anteriormente, en el cual se describe los planteamientos de Reyes sólo desde sus implicaciones estetizantes y románticas: aquí se evidencia su convivencia con discursos científicistas.

No se puede desechar que esta apropiación del discurso científico, social y natural, decimonónico, sea tácitamente legitimado, pues su instrumentalización, como una fuente de autoridad —como con anterioridad señalábamos, al interpretar el oscuro pasaje sobre las tesis Louis Bolck— solo es concebible si sus corolarios epistémicos son imaginados como origen o fuente de la verdad y del poder. Ya hemos traído las interesantes tesis de Roberto González Echevarría al respecto. Claro, el crítico cubano sólo dictamina entre los *arches* o *archivos*, las configuraciones del lenguaje emanado del poder jurídico, de la retórica de los viajeros científicos (cuyo arquetipo fueron Humboldt y Darwin) o, por último, de los estudios etnográficos; sin embargo, considero que ha dejado una gran laguna —para la comprensión del pensamiento hispanoamericano (no tan sólo en la novela, como lo hace en *Mito y Archivo*)— al no incluir en su compendio de *archivos*, la relación de saber/poder/origen que se entreteje alrededor de las retóricas que se desprenden de la ciencia decimonónica.

Esa episteme que no se toma en cuenta, en los archivos de las narrativas identitarias de la región, sería aquel “paradigma” que Martin Stabb denomina como “los diagnosticadores del continente enfermo”, cuyas obras son de finales del diecinueve e inicios del veinte. Esta vertiente que, a través de dispositivos pseudocientíficos (como, por ejemplo en los estudios “raciológicos”), concibió la heterogeneidad continental como una enfermedad para el “alma nacional”. El principal ideólogo de este “paradigma” en la región fue, precisamente, el psicólogo social francés, Gustave Le Bon, quien prendió en el pensamiento de varios intelectuales de la época: el boliviano, Alcides Arguedas; del argentino, Carlos Octavio Bunge, y del peruano, Francisco García Calderón. Acerca de las influyentes teorías de este personaje, nos dice Stabb:

Lo que es muy importante, Le Bon creía firmemente que el “carácter racial”, el “alma nacional”, o sencillamente la “naturaleza” de una raza dada era algo inmutable. Afirma repetidamente que el medio —ya se lo considere en términos del medio físico, las instituciones políticas, o cualquier otra *circonstance exterieure*— es importante para alterar características fundamentales del grupo.

Como cabía esperar divide la humanidad en una clara jerarquía de razas superiores e

inferiores, naturalmente con los europeos arriba de todo⁸⁶.

El acercamiento a la obra de Le Bon, por parte de Alfonso Reyes, está documentado. Patout da como un hecho que, durante su primer viaje a París, como parte de la legación mexicana, Reyes tenía entre los libros de su biblioteca, el ejemplar de *La Revolution Francaise et la psychologie des revolutions* (1912). Por otra parte, seguramente, está la intermediación de Federico García Calderón (quien prologó el libro de *Cuestiones estéticas*) con la obra del raciólogo francés, pues el ensayista peruano participaba en sus círculos, nos dice la escritora francesa que,

Por lo pronto, Francisco contaba a Reyes sus entrevistas con el sociólogo Gustave Le Bon, quien descubría con gran asombro que aquellos “vagos y lejanos países” podían servir para una interpretación científica de la historia. Le Bon era especialista en psicología de las masas y revoluciones. Una de sus tesis favoritas era que los pueblos mestizos no pueden conocer la paz.⁸⁷

Hecho este paréntesis, prosigamos con las proposiciones del texto, otro de los fenómenos que acecharían contra la unidad nacional francesa sería el comportamiento espontáneo de la inmigración, pues sus sitios de asentamiento serían, preferentemente, dentro de las zonas urbanas, en detrimento de las zonas rurales. Esta situación, según *La Inmigración...*, implica un riesgo potencial, debido a que podría ser “el caldo de cultivo” de agrupaciones étnicas minoritarias inasimilables, las cuales pudieran atentar en contra del interés nacional; pues la tendencia de estas minorías es a insertarse mecánicamente (cual extrínsecos “abscesos”) en los organismos nacionales. En su texto nos señala que,

Obrando dentro de estas corrientes, la emigración extranjera es llamada a colmar huecos y procurar equilibrios; pero se agrupa, mecánicamente, formando islotes en ciertas regiones como París o Marsella, islotes que pudieran un día determinar conflictos como la creación de minorías étnicas, singularmente peligrosas en las fronteras (...). Los intentos de colonización interior y desplazamiento de grupos de trabajadores para obligar al extranjero a ir al campo (que parece ser el laboratorio natural de la nacionalización) aún no dan

⁸⁶ *Ibid.*, Stabb, p.28

⁸⁷ *Ibid.*, Patout, p.91

resultados visibles.⁸⁸

Para el diplomático, si ese “desplazamiento” de la ciudad al campo de los trabajadores inmigrantes no ha tenido resultado, tal como requieren las condiciones sociales de Francia, se debe a que el Estado ha sido inoperante en términos legales, pues estaría afrontando esta crítica situación “con un laberinto de decretos particulares, dictados en distinta épocas, siempre con vista a fenómenos o casos singulares y hasta pasajeros.”⁸⁹ Resulta evidente, además, que el agente dañino serían los inmigrantes, pues no se le concibe con las cualidades de aportar algo a la supuesta “cultura nacional”; en cambio, pareciera un deber del Estado mantenerla intacta a las contaminaciones venidas de afuera.

Cuando Bolívar Echeverría aborda el tema que llama *urbanicismo*, esa geoestrategia en que “la modernidad realmente existente” parcela su espacio social, así como lo significa y jerarquiza, destaca la forma en que las propiedades emergentes del tiempo moderno configuran las concepciones tradicionales del territorio. La jerarquía principal será el *citadinismo*: “La Gran Ciudad como recinto exclusivo de lo humano”. Este sería el estado para el despliegue civilizatorio, para la creatividad y la política. Por otra parte, el cuadro rural no vaciaría todo su contenido cultural, pero cobraría relevancia a partir de las interconexiones sostenidas con los conglomerados urbanos; es decir, como espacio vital, se degrada a una situación de dependencia.

En este caso, el de *La inmigración...*, progreso y ser nacional mutuamente se estarían condicionando. Para que el perfeccionamiento de una comunidad abstracta pueda realizarse, es menester que sus agentes históricos sean aquellos que tengan conciencia de un principio básico: que la totalidad es un bien máspreciado que el de los grupos o individuos que terminan por integrarla; pues permite el orden para que tenga una orientación en cuanto sus fines. Pero esa conciencia no proviene de la nada. Hay una especie de evolucionismo de la espacialidad moderna, que si bien no es tan claro, en el escrito diplomático, en las páginas de “Discurso por Virgilio” podremos encontrar un crucial correlato discursivo, aunque desde una mirada estetizante.

⁸⁸ *Ibíd.* Reyes, p. 468.

⁸⁹ *Ibíd.*, 449

La forma en que se va a caracterizar, en “Discurso por Virgilio”, la división existente entre espacio urbanístico y rural dentro de la modernidad, tendrá una lectura preferencial para la ciudad, donde los sucesos predominantes serán de tipo político e histórico; en cambio, el campo, será el escenario de un tipo de vínculo más elemental e inmediato, pues su referente principal se entablara con la naturaleza como medio vital. He ahí que nos señale que,

Todos sabemos lo que es la ciudad y todos sabemos lo que es el campo, pero si se nos pide el concepto distintivo entre ambas nociones, comienza el confundirse y el querer sustituir la idea escueta con prolija descripción. En la ciudad domina el hecho de la relación entre el hombre y el hombre; en el campo, la relación entre el hombre y la tierra. Allá, el acto social; acá el acto agrícola.⁹⁰

La relación interhumana, la vida de la urbe, tiene su corolario en el de la acción política (*inter pares*). La relación entre hombre y naturaleza, tiene por un lado su aspecto material, la agricultura, pero a la vez, esto dejaría la simiente colectiva de un vínculo contemplativo con el ambiente físico de la nación, que se constituye en paisaje. Por supuesto que son dos vías de experimentar la modernidad, la primera cual sujeto, como un actor en el escenario de lo público; la otra, se daría en las márgenes de una relación poética con la naturaleza nacional, excluyéndose al espacio rural de la dinámica pública, en una especie de política estatal de enclaustramiento: una vida signada por la apoliticidad o el silenciamiento. Ya que, en efecto, esta lectura, que realiza Reyes en el “Virgilio”, no sólo se anima por el afán de la descripción de un problema, sino de normar la acción desde las altas esferas de poder; como se señala a continuación,

La vida del hombre es una referencia continua al medio natural, un viaje incesante entre el hombre y la naturaleza exterior. Si en este viaje ponéis etapas y obstáculos adecuados para ir, por decirlo así, haciéndose serpentear el arroyo y sangrándolo en el camino, entonces florece la ciudad. Si dejáis al viaje toda su velocidad de línea recta y su caudal íntegro, entonces florecen los campos. Cuando el viaje es inmediato, es mayor también la apropiación que la naturaleza hace de su viajero. **El ejemplo clásico está en la inmigración. Mientras los inmigrantes, en la ciudad, a través de calles, casas y palabras, van arrinconándose formándose abscesos políticos y minorías étnicas, en la**

⁹⁰ *Ibíd.*, “Discurso por Virgilio”, p. 175

gran plaza silenciosa del campo se entregan y son absorbidos fácilmente: el aire libre, el agua viva y la tierra hípida y desnuda se encargan de nacionalizarlos. (...) El bálsamo de la agricultura mitiga las llagas de la política.⁹¹

La acción de la naturaleza adquiere una valoración política, a la vez que sufre de una degradación en la estructuración del espacio moderno. El orbe agrícola se torna en el exilio de las diferencias no-nacionales. Claramente, este pasaje de “Virgilio”, es una señal de que el ensayo, en general, forma una secuencia discursiva legítima con *La Inmigración en Francia*. Lo que nos permite apereibir hebras estructurales en esta etapa de su pensamiento; pero además, nos posibilita apreciar un correlato estético al de una ciencia social científicista, al estilo de Gustave Le Bon. Son muy interesantes las formas de invisibilidad que el texto propone. En principio, las minorías son descritas con el término médico de abscesos, cual si estos grupos, dentro de las ciudades, fueran el objeto patético de una descripción naturalista; la vía de transmisión sería a través de las “calles, casas y las palabras”. En cambio la imagen que viene a dar un orden o una salud social, a la enfermiza escena, sería la de los inmigrantes ya extirpados del sano organismo de la *city*, desactivados políticamente, “en la gran plaza silenciosa del campo”.

Ahora bien, en estos dos textos, puede apreciarse que la preocupación primera y fundamental es la del potencial e inminente daño que “las poblaciones indeseables” pueden infringir a la totalización social; sin embargo, queda en el vacío si podría darse el caso de que dicha totalidad pueda tornarse en una amenaza, dado que ocuparía “el ejercicio legítimo de la violencia”, en detrimento de los grupos minoritarios que, normalmente, se encuentran desprotegidos. Tanto las experiencias del pasado como de nuestro más próximo presente, han podido advertirnos que las minorías étnicas son constantes chivos expiatorios en los momentos de crisis nacionales políticas o económicas. Un ejemplo sería el caso de la supuesta incapacidad, de los inmigrantes mexicanos que residen en los Estados Unidos, para asimilarse al molde hegemónico de identidad, los llamados W.A.S.P. (white/blanco, anglosaxon/anglosajón y protestant/protestante). Este tema no sólo causó controversia, sino fue un llamado de alarma, cuyo teórico, el sociólogo de Harvard, Samuel Huntington, ha

⁹¹ *Ibíd.*, p.175. Las negritas son mías.

sostenido desde un academicismo tan dudoso como próximo al poder⁹².

Ahora bien, hay que señalar que la fractura entre campo y ciudad no se da terminantemente. Pues estas dos territorialidades responderían a la secuencia evolucionista, predominante en esta etapa de Reyes. En la escala inferior está el campo, pero que resulta de una cierta utilidad sensible para la ciudad; ya que sirve, según una retórica naturalista y científicista, como un “laboratorio natural de la nacionalización”. Ese espacio, va a corresponderse con una población menos evolucionada en términos políticos e históricos que, sin embargo, tiene la potencialidad, en futuras generaciones y a través del estudio científico de las afinidades étnicas, de alcanzar la vida de la *polis*. Es de por sí evidente que, en esta concepción modernizante, predominante en este conjunto de escritos, parte de la concepción de que la vida urbana se encuentra, en esencia, indisolublemente ligada del “ser nacional”.

Entre todos estos planteamientos, hay que subrayar que Francia estaría enfrentando un peligro de una naturaleza más de un corte coyuntural, que de un orden estructural. Es decir, aspectos, aparentemente, extrínsecos como los estragos de la guerra que mermaron numéricamente la población francesa, aunado a la inmigración incontrolada, vendrían a ser la razón de la suspensión del despliegue continuado de esta esencia histórica ya asentada o estructurada: el alma nacional francesa.

1.4 El problema mexicano: heterogeneidad étnica

La inserción de un apartado dentro del libro, *La inmigración en Francia*, como su segundo capítulo, donde se plantea la situación mexicana, es justificado, en el sentido de que el lugar

⁹² Recuerdo una entrevista televisiva en la que a Carlos Monsiváis se le pedía su opinión sobre las controversiales tesis de Huntington (“el choque entre civilizaciones” y la impermeabilidad de los mexicanos a la cultura en E.U), al respecto decía, no sin ironía, que la importancia de las ideas de este sociólogo no estribaban en la calidad de sus planteamientos, bastante endebles (por cierto), sino que residía en que eran aceptados en un círculo importante en las esferas neoconservadoras del Estado (en aquél entonces George Bush Jr., era el presidente de los Estados Unidos).

desde donde se interpreta es el mexicano, pues el autor (Reyes) lo es. Es claro que idéntica será la óptica de comprensión (los criterios o pautas valorativas) para las dos naciones; sin embargo, los dilemas sociales y las realidades históricas serán bien distintos. Desde el primer párrafo se expone que si se comparan con los de Francia, “todavía nuestros problemas [los mexicanos] se matizan con extrema delicadeza y acarrearán conflictos de muy larga y difícil solución”⁹³, a decir del diplomático.

Si quisiéramos señalar la mayor diferencia entre la situación de Francia y México, consistiría en que, en éste, “el problema étnico” es connatural: se encontraría, aún, en la sustancia histórica del país. Al contrario del caso francés, donde el nudo del conflicto sería el mantener vigente la sustancia histórica nativa, en contra las amenazas provenientes del exterior. Los primordiales conflictos de la inmigración mexicana, según el texto, serían, aparentemente, dos; aunque, en rigor sólo tratará uno. El primero, sería el estar vecindado con una nación pujante e imperial como los Estados Unidos, un reto para México; debido a que, la poderosa nación del norte, podría provocar un desbalance poblacional, al volverse un destino de trabajo con mayor atractivo para los mexicanos.

Sin embargo, problemática con el “vecino del norte”, sólo se menciona de pasada, sin detenerse en aportar más explicaciones o derivaciones del asunto. Pero, en lo que concierne al segundo conflicto, se cuenta con una exploración más a fondo⁹⁴. Veamos la importante descripción que se brinda a este respecto,

La existencia de varios grupos que en lo fundamental pueden reducirse a dos –blancos e indios –es otro problema. La necesidad de robustecer en los blancos el sentimiento de equidad y respeto a la dignidad humana (...); la necesidad, por otra parte, de robustecer en el indio los estímulos de la vida activa y el apego al bienestar terreno, son escollos todos que la educación sólo puede corregir a lo largo de un siglo, y que, en cambio, el

⁹³ *Ibíd.*, *Misión Diplomática*, p.450.

⁹⁴ Esto podría deberse a que considera mayor el problema de la situación étnica de México, que el de la atracción de los Estados Unidos. Aunque también, cabría interpretar que la heterogeneidad racial sería un tema que se presenta más acorde con los conflictos que experimentaría Francia.

*agua de la inmigración intensa podría ayudar a disolver y a nivelar con relativa rapidez*⁹⁵.

Este sería el cuadro dicotómico fundamental: además de la composición étnica o racial diversa (blancos e indios), en México, cada una de las dos, tendría un carácter o sustancia contrapuesta. No quepa duda sobre la arbitrariedad, aun para el contexto discursivo de la época, el reducir en dos, la agrupaciones étnicas del país. Pues, además, de que, si hacemos una lectura desde nuestro presenta, es bien sabido que el “indio” como tal, es una mera invención encubridora de una importante diversidad de grupos étnicos, cabe uno preguntase, con justa razón, en función a los discursos de la época, cuál sería la ubicación étnica de los mestizos, ¿en qué clasificación los pondríamos?, ¿en el de la casi “normalidad” de los blancos o en la “subnormalidad” del indígena? Por otro lado, bien sabido era que, a diferencia de lo que se describe en el texto, los indígenas, sobre todo, en el estado de Morelos, habían constituido una fuerza activa y considerable dentro de los sucesos revolucionarios en México. Si bien, el propio autor, pareciera excusarse por exagerar en muchos de sus diagnósticos, de “cargar demasiado las tintas”; pareciera ser este un retrato de la escena social, no de los inicios del XX, sino de mediados o finales del XVI. Lo que llama nuestro interés no es que la descripción histórica y social sea inexacta; pues sabemos ya, por los textos vistos, que los anacronismos son un recurso de la ensayística de Reyes, creemos que el cuestionamiento al texto, tendría que residir en la pregunta sobre cuál sería su significación, que nuevos conflictos y tensiones se nos presenta en esta anacronía.

Hay que detenerse en la sospechosa ausencia del mestizo dentro de la propuesta de esquema étnico en México⁹⁶. Como decía un poco atrás, no parece ser justificable borrar

⁹⁵ *Ibíd.*, 450.

⁹⁶ Mi interés en el mestizaje no se debe a que lo esté valorando como aquella solución ignorada por Reyes; ya que este proceso también formaba parte del menú de las medidas higienistas y científicas de la época, que buscaban darle fin “al problema indígena”. En el estudio de Beatriz Urias se indica : “El conflicto armado no hizo desaparecer la dificultad de insertar la diferencia racial dentro del proyecto moderno de Nación definido durante el siglo XIX. Sin embargo, la irrupción de las masas campesinas en la escena política hizo patente la urgencia de replantear la manera de concebir el mundo indígena. Esto permite entender que a partir de los años veinte, corrientes de pensamiento como el indigenismo, el pensamiento vasconceliano y las nuevas teorías médico-higiénicas lanzaran una nueva propuesta de integración nacional que se articuló en torno al mito de la raza mestiza. Este mito recubrió la representación de una nueva sociedad perfectamente unificada a través de la integración y la depuración racial de todos sus elementos”. (39). Urias Beatriz, “Degeneracionismo e higiene mental en el México posrevolucionario (1920-194)”, *FRENIA*, Vol.IV-

esta variable de la ecuación, ya que el fenómeno del mestizaje venía siendo motivo de reflexión, no sólo por obras de pensadores contemporáneos a este texto de 1927 –tan sólo recordemos que, *La raza cósmica* (libro que Reyes “no pudo no conocer”) de Vasconcelos acaba de publicarse tan solo dos años atrás–, sino que hay la existencia de una tradición de pensamiento en el tema. Hacía, por lo menos, tres generaciones de pensadores mexicanos (sobre todo los liberalistas, desde positivistas hasta del antipositivismo), que atacaban el asunto del mestizaje desde distintos ángulos y valoraciones; inclusive, uno de los ejes de estos discursos era la de crear un imaginario nacional que diera legitimidad a las presidencias liberales: Benito Juárez o Porfirio Díaz, eran retratados como el arquetipo del ser mestizo. En un estudio de Rogelio Jiménez Marce, que repasa las distintas posturas sobre el mestizaje en México, que van desde Francisco Pimentel, que data del Imperio de Maximiliano, hasta más recientes como Andrés Molina Enríquez, Francisco Bulnes o Justo Sierra, se nos indica que,

Dentro del proyecto de construcción de la nación moderna mexicana se presentaba el problema de la diversidad racial y cultural. Los intelectuales liberales pensaban que se podía eliminar esa heterogeneidad por medio de la educación y de la mezcla racial. Con ello se lograría la anhelada homogeneidad como un paso previo para conseguir el progreso de México. Lo interesante es que su postura se deslindaba de las teorías raciales que postulaban la eliminación de las razas inferiores. Por el contrario, ellos reconocían la diversidad y pensaban que ésta se podía salvar por medio de la fusión biológica de los grupos. Es por esta razón que el mestizo se convirtió en el representante de ese ideal de unidad e identidad nacional, pues en él se habían amalgamado los valores de las razas indígena y española. Así, el mestizo se convertía en el prototipo ideal del mexicano. Aunque no debemos pasar por alto que la creación de ese prototipo respondía a la necesidad de legitimar al grupo que se encontraba en el poder. Los liberales asociaban al mestizo con ellos mismos⁹⁷.

Lo que hay que retener del pasaje anterior, es que el mestizaje no era solamente concebido como una fuerza de unificación nacional; sino que también que su procedencia era

2-2002.

⁹⁷ Rogelio Jiménez Marce, “La construcción sobre las ideas sobre la raza en algunos pensadores de la segunda mitad del siglo XIX”, *Revista Secuencia*, núm. 59, 2004. Recurso electrónico en: <http://secuencia.mora.edu.mx/index.php/Secuencia/article/view/5580/4208>

autóctona o nativa a los procesos históricos de la región. Tal vez, de estos pensadores, fuera Justo Sierra⁹⁸ (un positivista heterodoxo) quien vio en la hegemonía del mestizaje, el modelo de etnicidad con mayor viabilidad para garantizar el progreso nacional, pues ni los indígenas ni, tan siquiera, los blancos adquirirían, para éste, las cualidades para esa deseada “unidad nacional”. También en el texto de Reyes, los modos de ser de los blancos e indígenas son improcedentes para establecer una comunidad homogénea, al menos en un plazo inmediato; las características de unos (los blancos), tienden hacia la acción, aunque en una cierta desproporción, ya que los lleva el abuso económico del indígena; en cambio, la naturaleza opuesta sería la del indio, debido a que su pasividad y alejamiento a los bienes terrenos, los haría incapaces para dirigir la nación por ellos mismos. Estos postulados ideológicos, sostenidos en el siglo XIX, tendrían muchas conexiones con la propuesta de Reyes, sólo que su novedad sería la ausencia, en cuanto mediación étnica, del mestizo (pues se le omite). No deja de resultar llamativo que el actor de la posible síntesis provendría de fuera, de la inmigración. Así como el espíritu latino, en el “Virgilio”, vendría a purificar con las aguas de la cultura, la conflictiva totalidad mexicana y continental, ahora la inmigración sería “el agua” que disuelva y nivele las diferencias dentro del país.

En un proceso homólogo, al de la gestación civilizatoria (la ciencia y el arte) en América, que tendría su procedencia de Europa; así, el tipo ontológico que formalice su homogeneidad, provendrá, también, de ese mismo exterior. Todo parece sugerir que este esquema interpretativo es el mismo que se aplica tanto a la cultura, como a la organización social: la subvaloración de lo propio y la sobrevaloración de lo ajeno. Pero además, dentro de lo propio hay jerarquías, así como de lo externo, tomado en todas sus dimensiones (fundamentalmente, en dos que indicaremos a continuación). Mientras habría figuras de lo propio y de lo ajeno que se emparentan al funcionamiento del ser moderno, en cambio hay aspectos de lo propio y de lo ajeno que son anti-modernos.

En particular, nos estaríamos reencontrando con eso que llamábamos gigantomaquia de los ordenamientos civilizatorios, que ya se hacían visibles en el “Discurso por Virgilio”; ese enfrentamiento entre dos significantes civilizatorios, el de Occidente y Oriente. Sólo que

⁹⁸ No hay duda de que Alfonso Reyes no desconocía el trabajo intelectual de don Justo Sierra. Es bien conocido el padrinazgo espiritual de éste al Ateneo de la Juventud, donde Reyes fue integrante.

en este texto se plantearía un Occidente escindido en uno interior (“criollo”) y otro exterior (europeo) —en el cual encontramos una mayor jerarquía en este último (pues traería la unificación de la que el criollo muestra ser incapaz). Mientras que, en el otro fiel de la balanza, el de Oriente habría una manifestación interior (indio) y otra exterior (asiático). El aspecto más degradado del Occidente, el criollo, se encontraría mejor posicionado que los dos Orientes; mientras éstos, jerárquicamente, en nuestra apreciación, no presentan elementos para una distinción significativa, ya que esencialmente serían pre- o, en el peor de los casos, anti-modernos —pero que, en el mejor de los escenarios, serían modernizables.

El despliegue de tal alquimia todos estos agrupamientos étnicos, comienza con la presentación de las diversas fórmulas de inmigración, cada una con un distinguible resultado,

En cuanto a la raza adecuada para la mezcla con nuestras poblaciones rurales, corren en México —al parecer— dos o tres nociones empíricas que, a veces, proceden de meras intuiciones sentimentales. No quiere decir que no haya quien, con estudio y método, se dedique a tales cuestiones y obtenga teóricamente sanas conclusiones⁹⁹.

De forma que, del espacio social que integra al Estado-nación, el que habría que recomponerse (o nivelarse) con la ayuda de la inmigración, sería el rural. Es interesante preguntarse qué habría fallado con los pobladores del campo, pues habrían tenido, por siglos, un contacto poético con el medio; hay que recordar que esa idea que tiene lugar en el “Virgilio”¹⁰⁰. Sin embargo, también, se puede deducir del texto que la política a aplicar por el Estado, sería la de poblar el sector rural con inmigrantes extranjeros; quienes terminarían por empujar a la poblaciones retardatarias a la actividad de la vida urbana.

Ya entrando en concreto con las distintas combinaciones étnicas que pueden darse, se comenzará con la más nociva de todas, la que mezcla los dos Orientes. Veamos lo que dice el texto,

⁹⁹ *Ibíd.*, *Misión diplomática*, p.450.

¹⁰⁰ Aunque, como hemos visto, en “Visión de Anáhuac” encontramos ya una exposición del factor aglutinante del paisaje, aunque de dimensiones superlativas a la de los dos textos mencionados (“Virgilio” y *La inmigración...*).

Así, hay quien desearía atraer a los orientales, por simple esnobismo literario, o por vagas generalidades antropológicas sobre los pómulos salientes y los ojos oblicuos, o en vista de la eterna historia del indio y el chino que se entendieron un día, hablando cada uno en su lengua propia. Quien tal piensa, olvida que, precisamente, los orientales sólo cuentan en el mundo actual hasta donde han logrado “desorientalizarse”, y sustituir las pasividades del budismo y la no resistencia al mal por el victorioso optimismo activo y creador del Mediterráneo y de Occidente.¹⁰¹

Si bien, los primeros enunciados se enfocan a deslegitimar la inmigración oriental mediante anécdotas cuya pretensión es dar una idea de la simplicidad de los argumentos de quienes la defienden; en líneas posteriores, el debate se entabla de manera más seria. Pareciera traer de nuevo a la polémica esa imagen de Frank, en la cual la vitalidad del Mediterráneo se desangra al Atlántico; ahora Reyes contrapone esta metáfora con la descripción de los atributos del Mediterráneo y, el Occidente en general, los cuales son el optimismo y la victoria en la lucha civilizatoria. Ahora toma como rasgo de los atributos negativos de Oriente, la religión budista que, en franca tergiversación, le atribuye una esencia tendiente hacia desapego a la vida terrena y hacia el sometimiento, como una ideología de los vencidos.

Hay que detallar un poco las tesis sobre el estudio sistemático y metódico acerca de la afinidad de razas. Ya que no sería su finalidad la elemental aglutinación de grupos étnicos semejantes entre sí, para crear una comunidad (bajo una ley de simpatía), sino que, esa particular *ars combinatoria*, estaría normada por sus resultados en el campo de la civilización: la utilidad pública. Es decir, que satisfaga los imperativos de la creación de una comunidad moderna y progresista, a través de la instrumentación de lo distinto y lo parecido, no los de la simple fusión de semejanzas. En ese sentido, la mezcla de eso que llamamos dos Orientes, puede traer consecuencias lamentables, a raíz de sus similitudes. En las siguientes líneas, digna de la sensibilidad naturalista de un Zola, Reyes nos dice,

Y es increíble que, por simple manía libresca más o menos directamente traducida del inglés (...), los mismos que hablan de sacudir la modorra tradicional y el semisueño en que viven ciertos autóctonos mexicanos, consideren, como remedio a tales obstáculos, la

¹⁰¹ *Ibíd.*, p.451.

conveniencia de la cruz con otra modorra semejante. ¡Sobre el pulque y la melancolía —por si eran poco—, el opio y el nirvana!¹⁰²

Aunque en este momento matiza el juicio a “ciertos autóctonos”, hemos podido leer, en la presentación del problema étnico de México, como se atribuye universalmente al indio esos caracteres culturales recesivos. Sin embargo, aquí, los dos Orientes se asimilan, tanto por el carácter refractario a la vida mundana —melancólicos (ser del indio) y desapegados a lo terreno (ser asiático), según una muy particular comprensión del nirvana budista—; como ser portadores de prácticas anticulturales y degradantes socialmente, —la embriaguez (ser del indio) y la toxicomanía (ser asiático).

En definitiva, aunque sean afines étnica o racialmente, una política del Estado que promueva la inmigración china a México estaría, no sólo, dejándose llevar por modas literarias (¿alusión a José Juan Tablada?), sino que estaría actuando sin la adecuada previsión que permiten los actuales saberes modernos. Entonces, como todo parece indicar, la etnia adecuada provendrá del Occidente, que, para ese instante de la articulación discursiva alfonsina, es reductible al ser de Europa.

En cuanto a la segundo modelo de este planteamiento, no hay mucho en que detenerse, por el poco espacio textual que ocupa en el hilo de las argumentaciones. Además, sólo tiene por objetivo exponer las corrientes de inmigración europeas descartables para los propósitos históricos de la nación mexicana. Alemanes, checos, polacos, húngaros e italianos, resultarían prescindibles, aunque no se da ningún tipo de explicación.

Sin embargo, la última formulación ha de ser, de entre la exposición tripartita, por la cual se decanta el texto. Pues sería la única que habría dado pruebas históricas de propiciar vida civilizada, no sólo en la escena mexicana, sino además en las otras repúblicas americanas. En efecto, la inmigración hispánica, por el momento (ya que naciones como Francia viven momentos críticos), sería el conjunto étnico más adecuado para sacar de su marasmo al mundo rural (y su población indígena), para así adquirir una vitalidad moderna. Veamos cómo lo expone Reyes, sin dejar de atender, la ambigüedad tanto de los planos retóricos y

¹⁰² *Ibíd.*, p. 451.

metafóricos en el texto,

Pocos confiesan que la mezcla española, a pesar de haber significado para América la herencia de algunos errores de España (acaso menos repugnantes que ciertos errores de otras razas), ha dado por lo menos pruebas históricas: ha “prendido” en la masa de la sangre indígena como una vacuna de efectos ya conocidos, y ha producido, como quiera, repúblicas y pueblos capaces de vida autonómica y civilizada.¹⁰³

Este extracto del texto, vuelve a saltar a la vista el dilema interpretativo acerca del sentido de la retórica científicista, recurrente en la argumentación del regiomontano. Sin embargo, hemos de seguir sosteniendo nuestra propuesta de lectura a este hecho textual. Aun cuando en el escrito no se escatima en ostentar de términos pertenecientes de la raciología (social o biológica) decimonónica, el autor implícito no está argumentando o dando pruebas de sus proposiciones, como un raciólogo. Es decir, el plano argumentativo sólo se está sirviendo de analogías establecidas con el lenguaje o la jerga de dicho campo, ya que no encontramos en estos planos categorías sacadas de la psiquiatría degeneracionista o la higienismo mental de la época: lo histórico y lo cultural siguen siendo el fiel de la balanza.

También es cierto que esto no podría darse sin una condicionante: la admisión de estos saberes como legítimos, que los hace dignos de ser mimetizados (como, efectivamente, acontece en *La inmigración...*). Ya que la función textual de esta singular retórica “naturalista” estribaría en dotar de un argumento de autoridad al desarrollo de sus “demostraciones”. La voz que se estaría encubriendo tras la máscara del raciólogo, a mi parecer, no es otra que la del civilizador; cuyos argumentos tendrían por base el de una ontología histórica y social, cuya finalidad sería la de poder determinar, como un qué, el alma de una diferenciada serie de comunidades, además de sus interconexiones. Es de pensar que, la recurrencia a tal estrategia, se debe a que la configuración del pensamiento de Reyes, es refractario a otros planos epistémicos que se perciben como amenazantes o, inclusive, anómalos (*cf.*, las disciplinas relativistas en nuestro análisis del “Discurso por Virgilio”).

Cuando figuradamente se refiere, en el texto, a que la raza hispánica “prende” en la “masa

¹⁰³ *Ibíd.*, p.451.

de la sangre indígena”¹⁰⁴ como una “vacuna”, lo que se estaría describiendo sería una particular lectura de un proceso histórico: la colonización hispana en suelo americano. Incluso, el esquema evolutivo, le sirve para conciliar las independencias de las colonias americanas con la Metrópoli. Pues la formación de esas repúblicas, en lugar de ser una muestra de su decadencia y opresión (tal como pensaban muchos liberalistas mexicanos); contrariamente, sería prueba patente de que la semilla hispánica habría surtido efectos fecundos en el desarrollo de las comunidades que estuvieron bajo su dominio. Otro elemento que confirma nuestra interpretación sería el carácter probatorio, que daría validez a la tesis de la inmigración “racial” hispánica; ya que no se desprende de un constructo argumentativo propio de una antropología biológica, sino a uno orden de cuño histórico.

Pero volvamos a la recurrencia de otra estrategia, los anacronismos. Como señalaba en al comienzo del análisis de esta sección del texto, tal pareciera que la ambientación histórica es la del comienzo de la colonización hispánica y no la de las primeras décadas del siglo veinte. Aparentemente, el proceso que se estaría aplicando sería el del “Virgilio”, sólo que en un sentido inverso. Me explico, si en el texto del treinta, el pasado se desvanece para favorecer una lectura presentista, desde la modernidad; en esta parte (en lo que respecta al caso mexicano) de *La inmigración...*, el presente sufriría una distorsión en beneficio de un cierto pasado idílico. Eludir el siquiera tratar al mestizo dentro de su esquema, no encuentra más justificación que el de transponer sus funciones (el ser orgánico de la nación) por un tipo ideal ajeno, a la vez moderno que tradicional: el colono español arcaico. Si no, apreciemos la siguiente descripción, ahora en las conclusiones de este pequeño libro,

El problema de la minoría étnica tiene en México una significación especial, cuando se trata, por ejemplo, de la población española, porque ésta tiene un don de individualismo y de penetración especiales que a la vez disgregan y robustecen. La colonia española no es, en México, un haz de obreros que van y vienen, como los emigrantes que van a la zafra en Cuba; sino que es, entre nosotros, como un ejército de sargentos, donde cada uno va a buscar el grupo de indios a quien mandar y gobernar en el campo y en el real minero¹⁰⁵.

¹⁰⁴ Tampoco debe escapárenos la recurrente caracterización del indio como masa, pues es un indicador de la ambigüedad antropológica que destaca en varias de las obras de Reyes.

¹⁰⁵ *Ibíd.*, 468.

Es como si el tiempo se hubiese detenido, como si los indios fueran un ganado a la mano de quien los tome, para fundaciones agrícola; tal como si no hubiese legislaciones al respecto, como si reinara el estado de naturaleza aún. O como si la minería (o el “real minero”; es decir, “de la realeza”) no fuera una empresa, donde el capital financiero y el complicado entramado técnico moderno, tuvieran la voz cantante en la organización social del país, por sobre el don de mando y el voluntarismo típico del carácter de este ficticio neocolono hispano. Sin embargo, la anterior cita evidencia que la herencia biológica no es preponderante en la construcción del texto, sino que encontramos una conformación de su ser a partir de su contacto con el medio histórico: los españoles en Cuba son como obreros; en México, sargentos.

1.5. ¿Qué hacemos con *La inmigración en Francia*?

En el modelo de interrelaciones textuales que propongo para este “periodo” en la configuración del discurso alfonsino, *La inmigración...*, cabe como uno de los textos nodales, pues nos proporciona las claves para inteligir su estructuración. América, al contrario de Europa, no lograría aún la condición de una comunidad orgánica. La heterogeneidad étnica aparece como uno de los principales impedimentos para la realización de una anatomía en común. En cuanto al estatuto de sociedad moderna, las diferencias étnicas serían, por igual, un serio obstáculo; al cual la buena política —cuya base sería científica, al igual que por dispositivos sensibles—, trataría de darle una nivelación.

Todo esto nos revela la escala de valores civilizatorios que se está aplicando a esta serie de textos, lo cual nos permite hablar, propiamente, de un conjunto. Como se puede apreciar, la amenaza principal de la nación francesa, proviene del afuera, de la inmigración; cuya atenuación provendría del sostenimiento, en la medida de lo posible, de su alma nacional o entraña histórica. Caso contrario sería el mexicano, pues aun cuando no atraviesa por una desproporcionada merma poblacional como la ocasionada por una guerra como la del

catorce, los peligros acechan de su “adentro”; en cambio, podrían mitigarse desde su afuera, la inmigración regulada e hispánica.

Cabe señalar la estrecha relación de este texto con tópicos fundamentales del “Discurso por Virgilio”. Encontramos, incluso, series enunciativas que ya prefiguran la trascendental tesis sobre la latinidad/modernidad (su esencial permanencia, a través del cambio) —las cuales, además, persisten en contravenir la mencionada imagen frankiana—, aunque sus atribuciones serán proyectadas en la hispanidad,

Hay pueblos que superan a España en el don de someter a sus colonias y organizarlas mejor como mercados y factorías, centros comerciales de explotación; pero no puede negarse a España (a pesar de los tradicionales errores) cierta fuerza semejante a aquel don de la antigua Roma para unificarse con sus conquistas, derramarse en ellas y seguir —en ellas— siendo fecunda¹⁰⁶.

¿Qué hacer con *La inmigración en Francia*? Esta interrogación surge de lo inasible del texto; en el sentido de que entraña un Reyes incognoscible. El lenguaje científicista, aunado a una presentación cuasi-naturalista de la realidad social, va a contracorriente a las asociaciones utópicas y luminosas de su obra. No creo exagerar en señalar el carácter anómalo de este texto, lo que explica su poca relevancia durante décadas. Si acaso, como mencionábamos, tenemos sólo una paráfrasis de Patout, donde dice, sin una voluntad de adentrarse en el las propuestas del texto que,

En varias ocasiones este texto encierra observaciones, nuevas en sus escritos, sobre la psicología indígena —su inactividad, su desinterés por el bienestar terrestre—, así como testimonios de sus lecturas, reflexiones a las que lo llevaba quizás la difusión de las ideas indigenistas¹⁰⁷.

Creemos que, al demostrar su articulación, de *La inmigración...*, con otros tipos discursivos como ensayos y notas, su significación se hace patente. Ya que no tan sólo se torna evidente la dimensión comprensiva, como acontecimiento, privilegiando así su ángulo excepcional o individualidad entre la obra de Reyes, sino que, también, podemos inteligirla

¹⁰⁶ *Ibíd.*, p.451–452.

¹⁰⁷ *Ibíd.*, Patout, p. 482.

en concordancia dialéctica con el tejido estructural del discurso. Es decir, tenemos elementos para una aprehensión sistemática y permanente (lo que beneficia a los planos explicativos de la enunciación).

Tampoco hay que perder de vista que estamos tratando con un singular modo discursivo en la obra de Reyes; en el cual, los aspectos connotativos, ganan terreno por sobre los de la denotación. Esto se debe a que los escritos diplomáticos de Reyes, no sólo tienen por función principal el dotar de una información veraz, lo más objetiva posible, de lo acontecido en la vida política de los países extranjeros; sino que, a la vez, en algunos de estos textos, es latente la aspiración de incidir, como lo es en *La inmigración...*, en el marco de las políticas públicas del Estado. Esto nos lleva a afirmar que, si en algún sitio se han de encontrar los textos con menor grado de ficcionalización del *corpus* alfonsino, es en los trabajos de la diplomacia (aun cuando en ellos la hay), lo cual nos permite una aproximación alternativa a los asuntos políticos e históricos.

Otro aspecto a destacar es su postrera publicación en el año de 1947, dentro de los escritos agrupados en la “Colección de Archivos de Alfonso Reyes”. Esto es una señal de que el texto no fue insignificante para el propio autor, pues lo puso a la luz pública. Este hecho crea en nosotros la conciencia de la fragilidad de las ya mencionadas (*cfr.* “Introducción general”) propuestas de periodización, aunque no renunciamos a ellas. Tenemos en cuenta que, de haber habido una ruptura precisa y diáfana del contenido enunciativo del momento (1927), muy probablemente se hubiera censurado o, quizá, archivado como muchos (cientos) de los documentos diplomáticos que fueron inspirados durante su servicio en el extranjero. Sin embargo, aunque esto no haya sido el caso, justificamos nuestra periodización en función de que la coherencia del conjunto textual del cuarenta, ya no guarda un entramado significativo con *La inmigración...*, las estrategias y las jerarquías de ese entonces le son demasiado lejanas.

1.6 América en la paradoja

En este punto, vamos a desarrollar la temática de otro orden de heterogeneidad: la composición histórica de las naciones hispanoamericanas. Cuando nos referimos a esta diversidad entre historicidades, estamos haciendo referencia a una ontología histórica de la cual se derivaría un singular espíritu común, así como de un correlato sensible. Estos seres nacionales, en esta concepción, estarían situados en una modalidad jerarquizada, en la cual los criterios políticos —en específico el ideal de una organicidad entre Estado y nación—, como los históricos —sus grados de progresión o evolución civilizatoria—, encontramos como determinantes.

El texto que hemos seleccionado para esta exploración es “Palabras sobre la nación argentina” de 1929, el cual se halla recopilado en el libro *Norte y Sur*, en el tomo noveno de sus obras completas. Este breve ensayo resulta idóneo para explorar los grados de diferenciación histórica en el continente, durante esta etapa del pensamiento de Alfonso Reyes. Se trata de una lectura que pretende ser una contrastación entre dos realidades nacionales (México y Argentina) y que, según este escrito, tendrían la cualidad de ser las más representativas en la naturaleza histórica de la América de habla hispana.

En cuanto a las proposiciones acerca del modo de ser argentino, el texto ofrece poco a lo que José Ortega y Gasset ya había dictado en su par de conferencias “El hombre a la defensiva” y “La pampa... promesas”; incluso, la manufactura de “Palabras sobre la nación argentina” fue, apenas, de unos meses después en que acontecieran aquéllas. Si en el ensayo de “Discurso por Virgilio” podíamos señalar una posición fundamentalmente disonante con la filosofía del asturiano; en “Palabras...” la consonancia resulta a todas luces predominante¹⁰⁸. Ello no debiera parecernos extraño, apenas un año antes de este

¹⁰⁸ Ante el descontento, en parte de la intelectualidad argentina, que provocaron estas tentativas ontológicas, escribe Reyes en su diario el 16 de julio en Rio de Janeiro: “Estoy pergeñando respuesta a la polémica que abre Ramón Doll en *La Vida Literaria* de Buenos Aires, sobre la idea de Ortega y Gasset y mía de que hay en Buenos Aires patricios y plebeyos, y en qué sentido”, [Ibíd., *Diario* (1930-1936)]. En efecto, la réplica de Reyes a Doll aparecería ese mismo año en su *Monterrey. Correo literario*, también se encuentra, como Apéndice del ensayo “Palabras a la nación argentina” en el libro *Norte y Sur*.

texto, en 1928, Ortega había publicado un ensayo titulado “Hegel y América”, en el cual se polemiza con la intelectualidad argentina. En cuanto a las ideas sobre América que se desprenden del escrito orteguiano (la juventud del Continente y su escasa originalidad para la civilización de Occidente), Reyes habría guardado un sospechoso silencio, el cual interpretamos como una tácita aceptación a las proposiciones del pensador hispano. No se puede desdeñar que, en cada ocasión en las cuales había una diferencia con el filósofo español —ya sea por su filosofía perspectivista o de la “tragedia” o sus interpretaciones acerca de la obra de Goethe—, encontramos siempre un registro textual de ello. Todo parece señalar que, en cuanto a temas americanos se refiere y durante este inicial periodo, el filósofo español y el literato mexicano, formaron un poderoso frente común en contra los “profetas de la hora”.

Si bien es cierto que no son muchas las novedades en la caracterización de la Argentina, creemos que hay aportaciones significativas al abordar analógicamente la historicidad mexicana. Ese juego de semejanzas y distinciones, más allá de si sean históricamente precisas, va a ser de gran ayuda para aproximarnos a conocer el sentido que le atribuye a la historia de estas naciones americanas. Uno de los procedimientos a través de los cuales se justifica, en este escrito, el ejercicio comparativo será mediante otra analogía: el despliegue disciplinar de la lingüística. La filología, según Reyes, sólo pudo progresar como ciencia, cuando las diferentes lenguas empezaron a ser comparadas entre sí. Eso mismo sucedería en cuanto al estudio de los casos nacionales, ellos se tornarían más exactos a la luz de otras realidades; en cambio, se estancan al ser abordadas cual si fueran meras entidades autorreferenciales. Pero si es verdad que la tarea comparatista es una forma de interpretación fructífera, en la concreta situación que brinda el contraste entre la realidad argentina y la mexicana, se aportaría algo más,

En nuestro caso, la comparación posee de un interés singular, porque no se establece entre dos países cualquiera de nuestra raza, sino entre México y la Argentina, los dos países polos, los dos extremos representativos de los dos fundamentales modos de ser que encontramos en Hispanoamérica. Y definir un fenómeno por sus extremos es la manera de

abreviar.¹⁰⁹

En efecto, en el texto, se presentan dos modos de ser que, además de contraponerse, sirven para proporcionar un panorama sintético de la actualidad hispanoamericana. Pero antes de comenzar por señalar las diferencias de la analogía —y que serían primarias—, hay que señalar cuál sería la semejanza principal —la cual es secundaria— de este planteo. No hay que olvidar la proximidad de este escrito al de *La inmigración...*, en donde los argumentos buscan el convencimiento de que la esencia hispánica es la más afín a las necesidades de la realidad mexicana; en este caso se nos indica que,

Va siendo tiempo de que nos preguntemos qué significa nuestra América. Todos sabemos que es un injerto del vigor español de la mejor época, trasplantado a otra geografía y encauzado por otras venas. En suma, pueblos de juventud, donde los choques de sangres diferentes no se han equilibrado del todo¹¹⁰.

Dentro de la definición elogiosa del sentido genealógico de América, en el sentido de que provendría de lo mejor del ser español, habría una grieta, producto de la evolución tardía de sus pueblos: el choque de sangres. De esta forma, se retoma el tema indagado en 1927, el de la heterogeneidad étnica; aunque no será central en el asunto del texto. Lo que sí queda claro, es que no hay la nivelación deseada aún, pues América, aunque tiene casta moderna, hispana, todavía le falta camino por recorrer para hablar, ya no de un pasado común (que lo habría), sino de una actualidad homogénea. En ese sentido, en “Palabras...”, se desplaza la semejanza hispana hacia los orígenes de las dos naciones, con la finalidad de remarcar su potencialidad para integrar el orbe civilizado; pero en cuanto a su actualidad, van destacar, por sobre los parecidos, aquello que las distingue.

Sobre la base de aquellas diferencias, se comenzará a edificar la comparación entre lo mexicano y lo argentino. Para introducirse en ello, estratégicamente, se recurrirá al argumento de autoridad. Serán traídas al texto dos conversaciones, una con el poeta argentino Leopoldo Lugones y la segunda con Ortega y Gasset. Para el primero, según la conversación entre los dos poetas americanos, la diferencia principal entre las dos naciones

¹⁰⁹ Reyes Alfonso, *Obras completas* Tomo IX, Fondo de Cultura Económica, México, 1996, p. 29.

¹¹⁰ *Ibid.*, p.29

sería su posicionamiento histórico. Mientras que México tendría que solucionar con los conflictos que ha venido arrastrando con su pasado, el más urgente: civilizar a sus indígenas. En la Argentina, al igual que los Estados Unidos, se viviría de cara al futuro, libre del peso de las tradiciones; por lo cual, se estaría partiendo de la sentencia hegeliana de los pueblos sin historia. En el esquemático cuadro, México no saldría tan bien librado, en términos civilizatorios, como la nación sudamericana.

Sin embargo, la caracterización principal será la de Ortega. En parte, porque la charla con Lugones dataría de su primera estancia parisina en 1914; en cambio, la del español, según dice el texto, habría sido de algunos meses apenas. Por otro lado, las voces del filósofo y la de Reyes terminan por confundirse —se dice, en el texto, no saber si la voz es la de Ortega o la suya—, como se puede apreciarse en la última línea de la cita siguiente,

Hace pocos meses, y en Buenos Aires, tuve con José Ortega y Gasset otra conversación sobre el mismo tema. El filósofo vino a decirme más o menos:

—Vuestra América es una gama. Por el extremo mexicano, el tinte aparece todavía muy semejante al tinte europeo; es decir: la historia nacional es larga y compleja, pesa mucho, y el ser actual del pueblo resulta de la fusión y catequismo, más o menos logrados, entre una raza conquistadora y una raza por conquistar. Por el extremo argentino, el caso americano se da en toda su pureza; historia leve, problemas de raza casi nulos, mezcla reciente de pueblos que se transportan con su civilización ya hecha, a costas. Lo que fue, en el Norte, una conquista a la vieja manera de Europa (y que hoy se presenta allá con un ritmo semejante, por ejemplo, al de ciertos países de la Europa Central o la Europa fronteriza), aquí no es conquista sino, más bien, colonización. En vez de la guerra, la agricultura; en vez de la religión, la institución.

(Es posible que las palabras sean mías, pero respondo de la fiel interpretación del pensamiento.)¹¹¹.

De esta charla con Ortega, se van a agregar dos aspectos a la de Lugones. El primero, es el de un nuevo elemento de comparación: el ser europeo. Ahora, el ser caracterizado como un país que cuenta con una tradición histórica, posibilita que la realidad nacional de México

¹¹¹ *Ibid.*, p.30.

encuentre un parangón con la europea, sobre todo a la etapa de las conquistas —uno supone que, particularmente, con la empresa hispánica. En segundo, la cualidad de tener un denso pasado, ya no supone la detención, un complicado andar de espaldas, sino la consecución de un cierto ritmo —este sería el de una Europa de antaño, “a la vieja manera”. En cambio, los livianos nexos entre la nación argentina y la historia implicaría una menor profundidad civilizatoria. Su lugar estaría entre los pueblos de colonización, lo cual nos lleva a considerarlos en principal relación con la geografía, en cuanto su motor es la ocupación del espacio vacío.

Debido a que, la argumentación del texto, se ciñe a las premisas orteguianas, ese tercero en cuestión, el elemento europeo, viene a tornar paradójica la situación. En primer lugar, tendríamos que México detenta una mayor proximidad a la esencia histórica europea. En segundo, Europa se asemejaría más al modo de ser mexicano que el de Argentina. Por último, el hecho de ser americanos, no implicaría una determinante en la configuración histórica de ambas naciones. Veamos cómo se formula el problema,

Hasta aquí, el nuevo carácter de América (hablo siempre de la América Española) parece ser, pues, privilegio del Sur; en tanto que el Norte nos ofrece una como prolongación europea. ¿Cómo explicar, entonces, que sea el Sur el que da el ejemplo de una estabilidad a la europea, una conformidad aparente con las ventajas de un modo social ya para siempre conquistado, mientras que el Norte se convulsiona entre los ensayos de nuevas filosofías, nuevas políticas, nuevas doctrinas de la felicidad?¹¹²

Las paradojas, entonces, se plantearían de la siguiente forma. Pareciera más lógico que la Argentina, al no estar atada a una historicidad tan condensada, estuviera más dispuesta o fuera más flexible a las novedades civilizatorias; sin embargo ese no es el caso, pues pareciera haber una cierta conformidad con lo ya establecido. En ese tenor, México, que debiera comportarse de manera más conservadora, se ha vuelto un espacio propicio para nuevas tentativas sociales y culturales. Al mismo tiempo, México, que se asemeja más al fenómeno histórico europeo, debiera de gozar de una estabilidad más acorde a la del Viejo Mundo, en cambio, ha atravesado por una revolución social; en cambio Argentina no ha

¹¹² *Ibíd.*, p.30.

sufrido de ese tipo de convulsiones.

La forma de resolver el enigma, va ser mediante una astucia en su concepción filosófica de la historia. La revolución política mexicana, que ha traído consigo la renovación de la vida política y mental de las elites de la nación, se explica a partir de un mayor compromiso con su tradición. No es que ésta termine por estancar la vida de las naciones, sino que las hace renovarse (habría una relación dialéctica entre novedad y tradición). En cambio, a pesar de las apariencias, la ausencia de un compromiso con el pasado, es un síntoma de que el ordenamiento social se ha estancado, se ha vuelto cómodo pero sólo bajo la superficie. Como señala el texto,

Creo, honradamente, que hay motivos mecánicos a la vez que históricos para sospechar que, mientras más historia se acumula (digámoslo así), mientras más resorte de tradición se adquiere, mayor es el empujón con que se adelanta hacia la conquista de caracteres nuevos; al menos, en tanto el organismo está vivo o no ha entrado ya en decadencia¹¹³.

Volvemos a ese doble valoración del desarrollo civilizatorio, la cual es tanto histórica como política. La originalidad de las creaciones de una totalidad nacional, depende de la posesión de una tradición acorde con el sentido de una modernidad que avance conservando lo esencial del pasado. Al contrario, el no ser histórico, está emparentado con el de la repetición, la incapacidad de creación, el de reducirse a la adaptación o copia de formas ajenas (o europeas). México ya habría enfrentado en una situación política que le permita un gobierno orgánico, un estado de correlación del todo con sus partes; en cambio, la Argentina estaría amenazada por el mecanicismo o automatismo de su ser social. Al interior de su tranquila superficie, se estarían elidiendo conflictos ineludibles. Como se señala a continuación, a través de una analogía con la historia política romana,

Y creo, honradamente, que todavía a orillas del Plata tiene que liquidarse la cuenta histórica que ya conocemos por el ejemplo de la Roma clásica: el duelo entre los patricios y el pueblo de procedencia extranjera, que acaso acabe por dar otro carácter inesperado a las

¹¹³ *Ibid.*, p.30-31.

nacionalidades del Sur¹¹⁴.

El conflicto entre una centralidad ya incorporada como nación y una periferia en constante crecimiento, sería una problemática que tendía que saldar la Argentina o, como se dice en el texto, su cuenta histórica. Inclusive, una de las señales de su cualidad todavía informe o, hasta cierto punto, de su inconsistencia histórica, es que el ser nacional aún podría sufrir transformaciones, a causa de la inmigración constante. La hegeliana lucha entre contrarios, y su resolución mediante una configuración dialéctica, pareciera ser la lectura que está aplicándose a lo argentino, aún en espera de suturar sus diferencias.

Si, a partir de lo expuesto en “Palabras...”, trazamos una línea del desarrollo entre los elementos comparados, tendríamos que Europa llevaría la voz cantante, siendo una entidad que cumple con la doble premisa civilizatoria por ser tanto orgánica (naciones con un modo de ser equilibrado), como original (el arte y la ciencia universal serían sus producciones). La situación de México, en dicha escala, sería intermedia; por una parte, su articulación histórica sería como la europea, aunque, tan solo en ciernes —a través de la resolución de sus contradicciones, ya habría ganado su derecho a decirse orgánica—, aunque sin llegar, todavía, a constituirse como una creadora cultural universal. Y, paradójicamente, Argentina estaría sería, por decirlo así, la cenicienta de estas comparaciones, ya que no habría saldado su problemática social (la inmigración y su proceso de adaptación) al ser de la nación, lo cual pone en tela de juicio su organicidad; al mismo tiempo, la nación sudamericana no sería más que una adaptación de la ciencia, el arte y la política que copió de la creada en Europa.

Si bien, resulta trascendental para la justificación del texto, la contrastación entre esos dos orbes históricos americanos; tal procedimiento, en algún punto de la argumentación, termina por ser abandonado para centrarse únicamente en el caso argentino. Sin embargo, tal inconsistencia no es insignificante; es preciso notar que tiene lugar cuando, en el texto, se comienza a describir a la Argentina de una forma elogiosa (desde la lectura de la filosofía heroica de don Alfonso); tal pareciera, que las otras dos instancias (México y Europa) imposibilitaban —debido a la instauración de una concepción jerárquica de las

¹¹⁴ *Ibid.*, p.31.

naciones— que en el discurso se diera una visión más feliz de la vida cultural, histórica y política de Argentina.

1.7 Heterogeneidad espiritual

Por último vamos a tratar, brevemente, el tema de la heterogeneidad espiritual en Hispanoamérica. Si bien a lo largo de mi argumentación, me he servido de textos ajenos a la principal obra americanista, *Última Tule*, ahora voy a hacer uso de uno de los textos que integran este libro. Me refiero uno de sus discursos tempranos, de 1932, “En el día americano”, conferencia que Reyes dio durante su estancia en Rio de Janeiro, como embajador de México.

Dentro del cuerpo del libro, *Última Tule* (cuyo ordenamiento pretende linearse cronológicamente), “En el día americano” será el segundo en aparecer, precedido por “El presagio de América”. Sin embargo, creemos que este último texto, si se aprecia desde su sentido histórico —criterio que, el mismo Reyes, habría tomado para organizar esta recopilación—, no debiera inaugurar el libro. Aunque uno pudiera imaginarse que la ubicación del ensayo tendría su razón en que su escritura comienza en el año de 1920 (con “Américo Vespucio”¹¹⁵) hasta su culminación en 1941; sin embargo, hay que tomar en cuenta que este ensayo no es meramente una superposición textual, sino que toda ella está tramada conforme a una directriz; es decir, que la totalidad de sentido esta intencionada, arrojada, hacia un mundo: el de inicios de la década del cuarenta. Sobre todo, las partes conclusivas, las cuales se escriben a la luz de la experiencia del ascenso del nazismo en Alemania, la derrota de los republicanos españoles y el inicio de la segunda guerra mundial. En ese periodo, el Continente americano es presentado ante Europa como el único

¹¹⁵ La información de los textos que comprende “El presagio de América” se encuentra al comienzo del ensayo, en una nota al pie de página. El último de ellos es “El Cipango y la Antila” (una controversia en mitad del Mar), de 1940. La recopilación, y la última parte del texto, incluyendo el fundamental “El destino de América”, señalan que su realización tiene por fecha la del año de 1941. Ver., Reyes Alfonso, *Obras completas*, Tomo XI, p.11.

reservorio de cultura en todo el orbe de Occidente, eje referencial que no se puede atisbar, obviamente, en los textos del treinta.

Este ordenamiento, ya sea consciente o inconscientemente, conlleva que el lector de *Última Tule* oriente su lectura de en un determinado sentido. Es claro que, si en el primer ensayo del libro (en este caso “El presagio”), los postulados sobre América y el mundo son casi idénticos a los que los que forman su parte conclusiva (las cuatro últimas obras del libro datan del mismo año, 1941), se hace más proclive una interpretación circular de la significación de este libro americanista. Es decir, más que una especie de *work in progress*, pareciera que hay la pretensión de inducir a una comprensión unitaria de la obra, ausente de contradicciones y conflictos, así como de fisuras. Soy de la idea de que si el ensayo “El presagio de América” ocupara su puesto entre los dos últimos textos (con los que culmina *Última Tule*) y se dejara “En el día americano” para su comienzo, podrían visibilizarse aquellos indicios de una discursividad heterogénea en el libro.

No es casualidad, entonces, que nos sirvamos de este texto de 1932; ya que éste, todavía, alcanza a formalizarse bajo parámetros semejantes al conjunto discursivo, que ya hemos venido tratando. Gran parte de la significación de la conferencia “En el día americano” reside, otra vez, en que evidencia la débil homogeneidad de la cultura del Continente. En primera instancia, se indica en el escrito, la fragmentación que se vive entre las naciones, pero desde un punto de vista material (la economía y el comercio). Sin embargo, esta falencia, a su forma de ver, no legitima que tenga lugar en los planos del espíritu. Es más, la unión en los planos de la inteligencia podría incidir en los países hispanoamericanos para la vinculación económica. Tal como se dice en el texto,

Me permitiréis que, dirigiéndome a un auditorio como éste, dé por demostrada la ventaja de crear relaciones espirituales, de información, de conocimiento y de simpatía entre los pueblos, aun en el caso de que no existan entre ellos relaciones mercantiles actuales. Me permitiréis que considere el guarismo y el alfabeto como fenómenos de igual importancia, que se nutren y se alimentan mutuamente. En consecuencia, me permitiréis que no entre aquí en vaguedades y tautologías sobre la prioridad de la gallina o del huevo, a propósito de las concomitancias entre comercios y culturas. Hay, en nuestra inmensa familia americana, muchos países que hoy por hoy no cambian productos entre sí; no hay razón ninguna para

que, por sólo eso, se abstengan de comunicarse sus ideas, sus hechos de cultura. Dejemos nuestras voluntades abiertas al soplo de lo desinteresado y lo gratuito. Que es tal la lealtad de la naturaleza, que ello ha de redundar a la larga hasta en provecho material propio. Prescindamos, pues, por un instante, de esa noción mezquina y utilitaria que en vano procura reducirlo todo al esquema de la compra-venta¹¹⁶.

El vínculo de los pueblos americanos, por intermediación de sus espíritus (la inteligencia o la intelectualidad), no estaría constreñido a determinaciones de orden económica. Este medio sería de una esencia distinta, mientras lo material está sujeto al interés (a la compra-venta), el bien espiritual es desinteresado y, por dicha gratuidad, sería un elemento privilegiado para la comunicación; el papel de la voluntad en este rubro tendría un efecto mayor al de los aspectos materiales, pues dice: “Óiganlo bien los tartamudos que se vengan de la palabra declarándola impotente: este comienzo de solidaridad no ha sido efecto del comercio ni de la política, sino de la poesía, es decir: del espíritu.¹¹⁷”. Sin duda que se percibe en dicha propuesta un aire estetizante (aunque cuando no deseche completamente el aspecto material), muy próxima a la dicotomía de Ariel y Calibán de la cual habló José Rodó. Pero, además, hay un aspecto restrictivo en esta proposición; ya que, al auditorio (virtual o implícito, no el concreto o real¹¹⁸) al que se dirige, es al de las elites letradas de América, en especial a los hombres de letras.

Ahora bien, a pesar de que, en el texto se defiende que los procesos del espíritu tienen más preponderancia —si no se leen solamente desde el beneficio inmediato— que los materiales, de ello no se deriva que, en Hispanoamérica, la intercomunicación de los espíritus aventaje a las relaciones de orden económico-comercial. Inclusive, tampoco, se puede apreciar en el diagnóstico una satisfacción con el estado de conocimiento real entre vecinos; todo lo contrario, dice en “El día americano”,

Mi experiencia de los medios culturales de América no es muy vasta, pero sí ha sido

¹¹⁶ *Ibid.*, p.63-64.

¹¹⁷ *Ibid.*, p.65

¹¹⁸ Hay una referencia de Reyes a la situación real de esta conferencia y la de su auditorio concreto: “Digo yo mis palabras. Público escaso, mala organización, niñas de escuela llevadas a cantar y sentarse a oír. Era para el Municipal. Llegué: puerta cerrada. (...) **Mi discurso no está escrito para aquí, sino para que llegue por ahí a la América donde se atacan los problemas**” [Negritas mías]. Ver., Reyes, *Diario* (1930-1936), p.59.

suficiente para revelarme la incomunicación que existe entre unas y otras de nuestras repúblicas. Todo el que, en América, fatiga una pluma, ha tenido alguna vez ocasión de enfrentarse con este mal y lamentarlo. No nos conocemos. La antología de los errores que, en materia de información precisa, cometemos al hablar unos de otros, avergonzaría al Continente. No digo errores de apreciación, o aquellas deformaciones inevitables de la perspectiva que siempre acontecen (y no siempre son perjudiciales) al mover el punto de vista. Sino errores brutos, de dato, de fecha y de nombre, de desconocimiento de las publicaciones, de los sabios o los escritores de otro país, y aun del mismo carácter del pueblo que tenemos al lado, pasando el río¹¹⁹.

Esta descripción del estado actual en los círculos intelectuales de América, se emparenta con las críticas vertidas en el “Discurso por Virgilio”, donde se increpa a “la inteligencia” (en este caso a la mexicana) el olvido de la trascendencia cultural de los antiguos humanistas (un aspecto paradigmático), con la diferencia de que aquí se estaría refiriendo al desconocimiento actual de la vida histórica y cultural de las naciones vecinas (un plano más sintagmático). Ambas serían formas negativas del nacionalismo —pues conciben lo nacional como una entidad autorreferencial—, que imposibilitan hablar en términos estrictos de la existencia de una esencia americana, sino que la descripción más precisa es la de una composición espiritual fragmentada.

Cabe precisar que, cuando en este texto, se habla de *la inteligencia americana*, no tiene las atribuciones que contendrá el término en su enunciación dentro de “Notas sobre la inteligencia americana” (1936). Cuando en “El día americano” se afirma que: “Sin duda os habéis acordado de que llevo muchos años combatiendo como el último soldado en los empeños de la inteligencia americana”. No se está señalando a la inteligencia americana como el producto, o el saldo, de una historicidad en común, ya que sus alcances son más modestos: una voluntad de conocimiento mutuo entre los espíritus americanos. En ese sentido, la inteligencia americana, aparece como un proyecto, algo echado al futuro, pues, por el momento, la situación es de desconocimiento mutuo. Esto no es nuevo, en la mencionada carta abierta, de 1930, le escribe Reyes a Waldo Frank que,

Hacías palpable la posibilidad de una “inteligencia americana”, mucho más allá de todas las

¹¹⁹ *Ibid.*, *Obras Completas* Tomo XI, p.66.

ramplonerías de la política. Precisabas un poco los contornos de **esa inquietud que todos sentimos por hacer de nuestra América algo que debe ser y que todavía no es**¹²⁰.

Claro, hay que decir, que el texto no es fatalista, sino que pretende ser realista. Ya que se destacan aspectos positivos, como la naciente inquietud entre la juventud americana por conocer las otras realidades de las naciones vecinas. Lo que lleva Alfonso Reyes, en un tono paternal y comprensivo, a convocar los maestros de América para orientarlos, a darles un buen cause a la inquietud juvenil.

1.8 Balance

Es el momento de hacer nuestras propias analogías y conclusiones. En el texto de “Palabras...”, se encuentran diferencias significativas, pero también concordancias con los dos principales escritos que ya hemos tratado, “Discurso por Virgilio” y *La inmigración en Francia*. En cuanto a sus discordancias, se puede notar que no se recurre a un *archivo* extrínseco, como en 1927, aquí la voz es la de un maestro y un civilizador, el cual lee los procesos sociales, a partir del sentido u orientación histórica que le permite la trama cultural de las naciones; sin embargo, en algunos pasajes del “Virgilio”, un año posterior, se vuelve a instrumentar esa jerga científicista.

Es destacable, también, la lectura que se hace de la realidad mexicana (y que podríamos ampliar a la América española), ya que tiene un menor dramatismo en este texto que en el escrito de la diplomacia. Esto podría explicarse en el sentido de que, en “Palabras...”, el mensaje estaría comprometido (en un principio, 1927) hacia un auditorio reducido (Cancillería y otras personas de Estado), al cual había que informar con la mayor

¹²⁰ Este escrito se encuentra en la sección de “Guardianes de la Pluma” de *Monterrey. Correo literario*. La negritas son mías

objetividad posible, ya que éste tiene la capacidad de ejercer políticas públicas; en cambio, habría un auditorio de una naturaleza más amplia, donde los planos de la retórica, sobre todo ese afán sintético (o, *in extremis*, sinecdótico), serían más incisivos, en la argumentación de “Palabras...” —no se tiene que dejar de lado el entramado pedagógico contenido en la obra ensayística de Alfonso Reyes.

Otra de las discordancias, con el “Discurso por Virgilio”, es la concepción del tiempo histórico. Mientras que, en el texto del treinta, hay una idea más apegada a las evoluciones graduales; en “Palabras”, se da un margen de legitimidad para los cambios bruscos. Esto se podría entender, en el sentido de que la Argentina se insertaría en una temporalidad más de corte desarrollista; la historicidad mexicana, al contrario, responde al empujón de su proceso de revolución. No cabe duda de que el ejercicio de contraste realizado en “Palabras” no es neutral; sino que, es evidente una preferencia marcada, hacia la realidad mexicana por sobre la argentina; lo cual determinaría el de sus respectivos ritmos temporales.

En cuanto a las concordancias, “Palabras” continúa con la consideración de que la realidad europea se desempeña como el *telos* de la historicidad americana. Esto queda plasmado con mayor énfasis en la proposición de una mayor cercanía de la realidad histórica mexicana a la de Europa, dejando en un segundo plano a la de Argentina. En los escritos posteriores a 1936 la historia americana va a ser escrita como unidad, a partir de su configuración por un sujeto particular, *la inteligencia americana*, la cual tendría una similitud dentro de todos los contextos nacionales del Continente. En cambio, la potencia civilizatoria de Europa, será puesta en duda, debido al estancamiento de su inteligencia. Lamentablemente, a pesar de la justificación del ensayo de “Palabras...”, el de ser parte de una empresa comparatista entre los distintos seres nacionales de Hispanoamérica, esa labor de analogía no volverá a emprenderse. Es claro que si América es concebida como una entidad histórica uniforme, las comparaciones toman un carácter accesorio, no habría, pues, las condiciones necesarias para un tipo de texto como éste.

En cuanto al ensayo de “En el día americano” queremos subrayar dos importantes planteamientos. El primero, la acepción debilitada que la *inteligencia americana* adquiere

en este discurso, pues no tendría distingo alguno de un conocimiento mutuo entre las realidades nacionales de los pueblos americanos. Lo segundo, sería la importancia que encontramos en su pensamiento entre aquello que *es*, lo real (el ser heterogéneo) y aquello que *debe ser*, la posibilidad (un ser homogéneo) del ser americano; creemos que en posteriores ensayos, estos dos planos ya no guardarán las fronteras debidas, dando una configuración nueva y sugerente al americanismo alfonsino.

Conclusiones

A lo largo de esta tesis, hemos querido caracterizar o individualizar una etapa del pensamiento americanista de Alfonso Reyes. No quisiera hacer de esta conclusión una reiteración de todo lo que ya he argumentado a lo largo de este texto. He preferido más útil hacer una especie de muestreo o recuento de los contrastes que en posteriores textos van a plantearse, en torno a tópicos que han sido esenciales para mi anterior argumentación. Hay que advertir que no nos detendremos en las minucias de los textos, inclusive, las citas que se expongan parecerán descontextualizadas, pero aun así nos parece adecuado señalarlas.

Una primera, como sustancial, indicativo del grado de discrepancias, es el de la situación jerárquica con el orbe europeo. Habíamos visto en el “Discurso por Virgilio” que la esencia de la forma de ser de Europa (la cual no se distinguía aún del ser occidental), era su capacidad de enmendar sus errores, lo que era un indicativo de su capacidad de ser universal. En el ensayo de “Ciencia social y deber social” (*Última Tule*) de 1941, Europa la caracterización no puede ser más contrastante; ya que ésta, no pasaría de ser un proyecto histórico fallido,

Armados de este criterio, acerquémonos ahora a nuestro mundo americano. De tiempo atrás, América viene dando señales de inquietud ante la descomposición de Europa, que primero ensayó en España la virulencia de sus armas para luego entregarse abiertamente a su deporte hoy favorito: el destruir todo lo que construye.

Maestra civilizadora de larga proyección imperial, he aquí que Europa vacila y pierde el juicio. Los americanos, siempre acusados de inquietos y hasta de sanguinarios, han visto con estupefacción que sus mismas revoluciones endémicas aniquilan menos vidas en dos lustros que las asonadas europeas en una semana, para no hablar de los combates¹²¹.

En cuanto al vaciamiento de contenidos significativos que se hace del Oriente (cfr. *La*

¹²¹ *Ibid.*, p.109

inmigración en Francia y “Discurso por Virgilio”); hay un intento de enmendar esa reducción de este bloque, a partir de Scheler. En la parte conclusiva de “Posición de América” (*Tentativas y orientaciones*), escrita en 1942, dice que,

Los tres órdenes del saber que define Scheler han tenido su apogeo respectivo: “En la India, el saber de salvación y la técnica vital y psíquica del poder del hombre sobre sí mismo; en la China y Grecia, el saber culto; en el Occidente, a partir de principios del siglo XII, el saber práctico de las ciencias positivas especiales.” Pero, añade, “ha llegado ya la hora de que se abra camino una nivelación, y al mismo tiempo una integración de estas tres direcciones parciales del espíritu”. El cuadro es algo sumario, pero destaca claramente el sentido que queremos dar a la síntesis americana de que antes hemos hablado¹²².

Incluso, en un texto tan singular como “Esta hora del mundo” (*Tentativas y orientaciones*), hay un intento por rescatar, en los planos del lenguaje, la sabiduría de Oriental, en este caso la dialéctica entre el yin y el yang (las dos palabras que más se reiteran dentro de este texto) de la espiritualidad taoísta. Como se podrá ver a continuación, en este ensayo de 1942, el Oriente ya no sólo es un pretexto o sólo cuenta en la medida de su occidentalización, sino que, hasta cierto punto se le venera,

Límpido y fino, el corazón del oriental creyó percibir hace siglos —en las cosas universales, no sólo en las humanas— una alternancia entre la integración y la desintegración, entre el Yin y el Yang, sílabas sagradas que dicen, en su brevedad, cuanto hay que decir sobre el mundo¹²³.

Habíamos indicado en el comentario que hacíamos de *La inmigración en Francia*, la manera en que se describía la realidad étnica de México, en particular la ausencia del mestizo en ella. En el mismo escrito que hemos venido aludiendo, “Notas sobre la inteligencia americana” (1936), no sólo se integra este elemento étnico, sino que también el problema de la heterogeneidad ya no tiene la gravedad del escrito de la diplomacia, donde se recomienda la incorporación de población ibérica a México. Veamos cuál será la nueva postura,

¹²² *Ibid.*, p.270.

¹²³ *Ibid.*, p. 235.

Hay choques de sangres, problemas de mestizaje, esfuerzos de adaptación y absorción. Según las regiones, domina el tinte indio, el ibérico, el gris del mestizo, el blanco de la inmigración europea general, y aun las vastas manchas del africano traído en otros siglos a nuestro suelo por las antiguas administraciones coloniales. La gama admite todos los tonos. La laboriosa entraña de América va poco a poco mezclando esta sustancia heterogénea, y hoy por hoy, existe ya una humanidad americana característica, existe un espíritu americano¹²⁴.

En ese mismo sentido, en un texto de la misma época, “México en una nuez” (1936), podemos detectar esta admisión del mestizaje en la historia nacional. Al tratar el periodo de la Nueva España, no sólo describe simpáticamente al mestizo, sino que, prematuramente, ya percibe el modo de ser nacional:

Entretanto, sordamente —los indios abajo, los españoles arriba y en medio los criollos señoriales y soberbios y los mestizos astutos y sutiles—, se engendra el nuevo ser de la patria.¹²⁵

En “Notas sobre la inteligencia americana”, la connotación del modo de ser de los americanos apunta hacia un ser homogéneo, al mismo tiempo que cumple una función estructural de un determinado sujeto histórico:

La inteligencia americana es necesariamente menos especializada que la europea. Nuestra estructura social así lo requiere. El escritor tiene aquí mayor vinculación social, desempeña generalmente varios oficios, raro es que logre ser un escritor puro, es casi siempre un escritor “más” otra cosa u otras cosas. Tal situación ofrece ventajas y desventajas. Las desventajas: llamada a la acción, la inteligencia descubre que el orden de la acción es el orden de la transacción, y en esto hay sufrimiento. Estorbada por las continuas urgencias, la producción intelectual es esporádica, la mente anda distraída. Las ventajas resultan de la misma condición del mundo contemporáneo. En la crisis, en el vuelco que a todos nos sacude hoy en día y que necesita del esfuerzo de todos, y singularmente de la inteligencia (a menos que nos resignáramos a dejar que sólo la ignorancia y la desesperación concurren a trazar los nuevos cuadros humanos), la inteligencia americana está más avezada al aire de la

¹²⁴ *Ibid.*, p. 83.

¹²⁵ *Ibid.*, Tomo IX, p.44.

calle; entre nosotros no hay, no puede haber torres de marfil.¹²⁶

La inteligencia americana se convierte en un actor social específico, ya no es la reducción de consistencia ubicua del afán o voluntad de conocimiento interamericano, ahora es un tipo particular de “hombre de letras”. En ese sentido, la heterogeneidad espiritual e histórica se trueca en una humanidad específicamente sintética (acción y espíritu) y unificada. Ella sería más flexible que el modelo tradicional, europeo, pues no se encerraría en la prisión de su oficio, sino que saldría a la vida heroica de la *Polis*.

Esto va de la mano con la inversión de la escala valorativa de esta obra. Si en algún momento Europa era tan preciada que parecía funcionar como la versión plenificada de lo que potencialmente podía ser la realidad mexicana. Inclusive, esa heterogeneidad espiritual, terminará por difuminarse en favor de una esencia internacionalista de los americanos. En el mismo texto de 1936 encontramos que,

En tanto que el europeo no ha necesitado de asomarse a América para construir su sistema del mundo, el americano estudia, conoce y practica a Europa desde la escuela primaria. De aquí una pintoresca consecuencia que señalo sin vanidad ni encono: en la balanza de los errores de detalle o incomprendiones parciales de los libros europeos que tratan de América y de los libros americanos que tratan de Europa, el saldo nos es favorable. Entre los escritores americanos es ya un secreto profesional el que la literatura europea equivoque frecuentemente las citas en nuestra lengua, la ortografía de nuestros nombres, nuestra geografía, etc. Nuestro internacionalismo connatural, apoyado felizmente en la hermandad histórica que a tantas repúblicas nos une, determina en la inteligencia americana una innegable inclinación pacifista. Ella atraviesa y vence cada vez con mano más experta los conflictos armados y, en el orden internacional, se deja sentir hasta entre los grupos más contaminados por cierta belicosidad política a la moda¹²⁷.

En fin, todavía nos queda un gran trecho por recorrer, para darnos una idea, medianamente satisfactoria, de la dimensión y complejidad de la obra americanista de Alfonso Reyes. Como someramente hemos expuesto en esta conclusión, a partir de este maremágnum de citas, algo profundo cambio la concepción del mundo moderno de este pensador, muy

¹²⁶ *Ibid.*, Tomo XI, p.85-86.

¹²⁷ *Ibid.*, p. 87.

probablemente el *shock* de la guerra del cuarenta sirvió para reconfigurar su idea del mundo occidental; pero esta explicación por el contexto histórico, no terminaría por agotar todo este viraje, seguramente hay nuevas discusiones, así como nuevos condicionantes de su discurso, que nos tocará en un futuro dilucidar.

Bibliografía:

Adela Pineda Franco e Ignacio M. Sánchez Prado (eds.), *Alfonso Reyes y los estudios latinoamericanos*, Universidad de Pittsburgh, Pittsburgh, 2004.

Berman Marshall, *Todo lo sólido se desvanece en el aire. La experiencia de la Modernidad*, Siglo XXI, México, 2010.

Beuchot Mauricio, *Tratado de hermenéutica analógica. Hacia un nuevo modelo de interpretación*, Editorial Ítaca/Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM, México, 2000.

De Montaigne Michel, *Ensayos Tomo I*, Casa editorial Garnier Hermanos. Versión disponible en: <http://www.cervantesvirtual.com>

Echeverría Bolívar, *Las ilusiones de la modernidad*, UNAM/Equilibrista, México, 1997

Echeverría Bolívar, *Definición de la cultura*, Ítaca/UNAM, México, 2001.

Foucault Michel, *La arqueología del saber*, Editorial Siglo XXI, México, 1979.

González Echavarría Roberto, *Mito y Archivo. Una teoría de la narrativa latinoamericana*, Fondo de Cultura Económica, México, 2004.

Grondin Jean, *Introducción a la hermenéutica filosófica*, Editorial Herder, Barcelona, 2002.

Hegel Friedrich, *Filosofía de la historia*, Editorial Podium, Barcelona, 1971

Henríquez Ureña Pedro, *Obra Crítica*, Biblioteca Americana, Fondo de Cultura Económica, México, 2001.

Hernández Felipe Ángel, “Depuración de América: notas sobre un libro nunca escrito de Alfonso Reyes”, *Pacarina del Sur* (publicación digital), Número 17, Octubre-Diciembre, Año 2013.

Hobsbawm Eric, *Naciones y nacionalismo desde 1780*, Editorial Crítica/Grijalbo/Mondadorí, Barcelona, 1998.

Houvenaghel Eugenia, *Alfonso Reyes y la historia de América. La argumentación del ensayo histórico: un análisis retórico*, Fondo de Cultura Económica, México, 2003.

Jiménez Marce Rogelio, “La construcción sobre las ideas sobre la raza en algunos

pensadores de la segunda mitad del siglo XIX”, *Revista Secuencia*, núm. 59, 2004. Link: <http://secuencia.mora.edu.mx/index.php/Secuencia/article/view/5580/4208>

Lezama Lima José, *La expresión americana*, Fondo de Cultura Económica, México, 1993.

Kozel, Andrés, *La idea de América en el historicismo mexicano. José Gaos, Edmundo O’Gorman y Leopoldo Zea*, Colegio de México, México, 2012.

Ortega y Gasset José, *Obras completas*, Tomo II, Alianza/Revista de Occidente, Madrid, 1983.

Ortega y Gasset José, *Obras completas*, Tomo III, Alianza/Revista de Occidente, Madrid, 1983a.

Reyes Alfonso, *Diario (1911-1930)*, Universidad de Guanajuato, Guanajuato, 1969.

Reyes Alfonso, *Diario (1930-1936)* Tomo III, Edición a cargo de Jorge Ruedas de la Serna, Fondo de Cultura Económica, México, 2011

Reyes A., *Diario (1936-1939)* Tomo IV, Edición a cargo de Alberto Enríquez Perea, Fondo de Cultura Económica, México, 2012.

Reyes A., *Obras completas*, Tomo II, Fondo de Cultura Económica, México, 1995.

Reyes A., *Obras completas*, Tomo VIII, Fondo de Cultura Económica, México, 1998

Reyes A., *Obras completas*, Tomo XI, Fondo de Cultura Económica, México, 1996.

Reyes A., *Obras completas*, Tomo X, Fondo de Cultura Económica, México, 1996a.

Reyes A., *Misión diplomática*, Tomo I y II, Secretaría de Relaciones Exteriores/Fondo de Cultura Económica, México, 2001.

Reyes Alfonso, *La X en la frente*, UNAM, México, 1993

Patout Paulette, *Alfonso Reyes y Francia*, El Colegio de México/Gobierno del Estado de Nuevo León, México, 2009.

Ricoeur Paul, *Teoría de la interpretación. Discurso y excedente de sentido*, Editorial Siglo XXI/Universidad Iberoamericana, México, 2006.

Sánchez Prado Ignacio, “Alfonso Reyes y la crítica clásica. Notas para una genealogía”, *Revista Anthropos. Huellas del conocimiento*, núm. 221, Barcelona, 2008.

Sontag Susan, *Bajo el signo de Saturno*, Random House Mondadori, Barcelona, 2007.

Stabb Martin, *América Latina en busca de una identidad. Modelos de ensayo ideológico hispanoamericano 1890-1960*, Monte Ávila Editores, Venezuela, 1969

Todorov Tzevan, *Nosotros y los otros. Reflexión sobre la diversidad humana*, Siglo XXI Editores, México, 2007.

Ugalde Sergio, *La poética del Cimarrón*, Fondo Editorial Tierra Adentro, Conaculta, México, 2007.

Urias Beatríz, “Degeneracionismo e higiene mental en el México posrevolucionario (1920-194)”, *FRENIA*, Vol.IV-2-2002

V.A. *Revistas literarias mexicanas modernas. Antena, Monterrey, Examen y Número*, Fondo de Cultura Económica, México.